

EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS

BRANDON SANDERSON

ESQUIRLA DEL AMANECER



NOVA

EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS

BRANDON SANDERSON

ESQUIRLA DEL AMANECER



NOVA

ESQUIRLA DEL AMANECER

UNA NOVELA CORTA DE
EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS

BRANDON SANDERSON

Traducción de Manu Viciano
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia



*Para Kathleen Dorsey Sanderson,
que es la persona a la que conozco que más
merece su propio larkin.
(De momento, tendrá que bastarle con sus gatos.)*

AGRADECIMIENTOS

Este libro hace que me sienta especialmente agradecido, ya que recibió el apoyo directo de la comunidad. Para quienes no lo sepan, esta novela surgió como resultado de una campaña de Kickstarter que se completó con éxito para una edición de *El camino de los reyes* encuadernada en cuero. Por tanto, ¡mi primer agradecimiento es para todos vosotros! Gracias por el entusiasmo activo que mostráis por esta saga, que siempre creí que sería demasiado extraña y demasiado descomunal para hacerse popular.

Terminar *Esquirla del Amanecer* a la velocidad a la que lo hicimos requirió mucho trabajo y tiempo por parte de mucha gente. A la vanguardia de todos ellos está el infatigable Peter Ahlstrom, director editorial de mi empresa y editor principal de este volumen. Junto a él, Karen Ahlstrom, editora de continuidad, hizo un gran y estupendo trabajo ayudando con las complejidades de la línea temporal de este libro. Kristina Kugler ha sido nuestra revisora para esta novela, y lo ha hecho de maravilla, como siempre.

La ilustración de portada y el diseño son obra de Ben McSweeney e Isaac Stewart, el segundo como director y Ben ocupándose de las ilustraciones, entre ellas los iconos que encabezan los capítulos.

El grupo de escritura para este libro estuvo compuesto por Kaylynn Zobel, Ben Oldsen, Alan Layton, Ethan Skarstedt, Kathleen Dorsey Sander-son, Eric James Stone, Darci Stone, Peter Ahlstrom y Karen Ahlstrom.

Quiero resaltar que, para esta novela, contamos con un grupo especial de expertos en accesibilidad y paraplejia que me proporcionaron muchísimos y magníficos comentarios, que llevaron no solo a que el libro mejorara en su campo de especialidad, sino también a que fuese más atractivo e interesante en general. Entre ellos están Eliza Stauffer, Chana Oshira Block, Whitney Sivill, Sam Lytal y Toby Cole.

Nuestro equipo de lectores beta estaba formado, entre otros, por Alice Arneson, Richard Fife, Darci Cole, Christina Goodman, Deana Whitney, Ravi Persaud, Paige Vest, Trae Cooper, Drew McCaffrey, Bao Pham, Lynd-

sey «Lyn» Luther, Eric Lake, Brian T. Hill, Nikki Ramsay, Paige Phillips, Leah Zine, Sam Lytal, Jessica Ashcraft, Ian McNatt, Mark Lindberg, Jessie Bell, David Behrens, Whitney Sivill, Chana Oshira Block, Nathan Goodrich, Marnie Peterson, Eliza Stauffer y Toby Cole.

Entre los lectores gamma había muchos de los beta, además de: Bao Pham, Aaron Ford, Frankie Jerome, Shannon Nelson, Linnea Lindstrom, Sam Baskin, Ross Newberry, Evgeni «Argent» Kirilov, Jennifer Neal, Tim Challener, Ted Herman, Chris McGrath, Glen Vogelaar, Poonam Desai, Todd H. Singer, Suzanne Musin, Gary Singer, Christopher Cottingham, Joshua Harkey y Lingting «Botanica» Xu.

Cabe mencionar que muchos de ellos se pusieron con esta novela justo después de haber terminado la lectura beta o gamma de *El Ritmo de la Guerra*, para que pudiera publicarse a tiempo. Agradezco de verdad su sabiduría, sus meditados comentarios y su esfuerzo.

PRÓLOGO



No había nada que pudiera competir con la experiencia de estar colgando de las jarcias a varios metros del suelo, con el aire fresco del mar en la cara, contemplando una superficie infinita de resplandeciente agua azul. El inmenso océano era un paso franco. Una invitación individual a explorar.

La gente tenía miedo al mar, pero Yalb nunca había comprendido esa actitud. ¡Con lo abierto y acogedor que era! Si le tenías un poco de respeto, te llevaba allá donde quisieras ir. Hasta te daba de comer por el camino y te arrullaba con sus canciones para que durmieras por la noche.

Yalb dio una bocanada plena y profunda, saboreó la sal, observó a los vientospren que pasaban danzando y sonrió de oreja a oreja. En efecto, no había nada que pudiera compararse a esos momentos. Pero la posibilidad de sacarle unas pocas esferas al chico nuevo... bueno, la verdad era que se le acercaba.

Dok se aferraba a los cabos con la tensión de quien no quería caer, en vez de con el relajado control de quien sabía que no lo haría. El chico era competente, para ser un alezi. La mayoría de ellos no ponía jamás el pie en una embarcación excepto para cruzar estanques demasiado anchos para bordearlos. Él, en cambio, no solo distinguía babor de estribor, sino que también sabía tirar de la bolina y arrizar una vela sin ahorcarse a sí mismo.

Pero se agarraba demasiado fuerte. Y echaba mano a la regala cada vez que el barco se escoraba. Y le habían dado náuseas el tercer día. Así que, aunque Dok estaba cerca de ser un marinero de verdad, todavía no lo era del todo. Y como Yalb procuraba tener un ojo echado a los grumetes nuevos en

los últimos tiempos, le correspondía a él ayudar a Dok mediante una buena broma. Si la reina alezi quería tener a más de los suyos entrenados en las tradiciones marinas thayleñas, esa parte deberían aprenderla también. Era educativa.

—¡Ahí está! —exclamó Yalb, asomándose hacia fuera y señalando con una mano mientras se mecía al viento—. ¿Lo ves?

—¿Dónde? —Dok trepó más arriba y escrutó el horizonte.

—¡Ahí mismo! —Yalb señaló de nuevo—. Un spren bien grande, saliendo del agua cerca de donde se refleja el sol.

—No —respondió Dok.

—Vaya. Pues está ahí mismo, Dok. Un marinerospren enorme. Supongo que aún no eres...

—¡Espera! —lo interrumpió Dok, haciéndose visera con la mano—. ¡Ya lo veo!

—¿Ah, sí? —dijo Yalb—. ¿Y cómo es?

—¿Un spren amarillo gigantesco? —respondió Dok—. ¿Saliendo del agua? Tiene unos tentáculos grandotes que se menean en el aire. Y... y una franja roja brillante en el lomo.

—¡Que me arrojen por la borda y me llamen pescado! —exclamó Yalb—. Si puedes verlo, ¡supongo que sí que eres un marinero de verdad! Ganas tú la apuesta, pues.

Por supuesto, se habían asegurado de que Dok los oyera susurrar hablando del supuesto «marinerospren», así que el joven sabía cómo debía describirlo. Yalb sacó unos chips del bolsillo y se los entregó a Dok. Unas ganancias iniciales fáciles para provocar que Dok les siguiera la corriente cada vez más. Vería más apariciones de esos «marinerospren» por todas partes hasta que, después de aceptar una apuesta enorme a que era capaz de vislumbrar alguno, le revelaran que los marinerospren no existían y todo el mundo se echara unas buenas risas.

En opinión de Yalb, si alguien era tan ingenuo como para que le colaran esa broma, iba a terminar perdiendo todas las esferas que tuviera de todos modos, así que ¿por qué no perderlas con sus compañeros? Además, se guardarían las esferas para invitar a unas rondas a todos, Dok incluido, cuando estuvieran de permiso en tierra. A fin de cuentas, cuando uno emborrachaba a sus compañeros de tripulación era cuando se convertía en un marinero de verdad. Eso y que, cuando hubieran bebido lo suficiente, a lo me-

jor entonces *todos* veían un puñado de spren de color amarillo brillante con tentáculos.

Dok se acomodó entre los aparejos.

—¿Es verdad que te fuiste a pique una vez, Yalb?

—El barco se fue a pique —dijo Yalb—. Solo dio la casualidad de que yo navegaba en él.

—No es lo que me contaron —repuso Dok, con un leve acento alezi espolvoreado en su voz—. ¿No dijiste a la gente que el tormentoso barco entero desapareció bajo tus pies?

—Ya, bueno, pero me había tragado medio océano antes de que me sacaran del agua —dijo Yalb—. Para entonces ya no era precisamente un testigo fiable, ¿verdad?

Y Yalb buscaría al marinero que estaba repitiendo esa historia y le cerraría su gran boca. Todos sabían que a Yalb no le gustaba hablar de la noche en que el *Placer del Viento* cayó. Había sido un buen barco, con una tripulación incluso mejor. De ella solo habían sobrevivido tres personas.

Las otras dos contaban la misma horrible historia, tal y como Yalb la recordaba. Asesinos en la oscuridad, algo peor que un amotinamiento. Y luego... el barco entero *desapareció* sin más. Yalb pasó meses creyendo que se había vuelto loco. Pero entonces el tormentoso mundo entero se volvió loco con el regreso de los Portadores del Vacío, una tormenta nueva y guerra por todas partes.

Así que, después de todo eso, Yalb llevaba a marineros alezi en su barco. Y tendría un ojo echado a cualquiera que llegara nuevo, por si acaso. Pero Dok parecía buena persona, de modo que Yalb lo trataría bien... tratándolo mal.

Se asomó más hacia fuera, intentando recobrar el buen humor.

—Ahora que has visto al marinospren, ya puedes...

Frunció el ceño. ¿Qué era *aquello*? ¿Qué estropeaba la infinita hermosura azul?

—¿Ya puedo qué? —preguntó Dok, ansioso—. ¿Puedo hacer qué, Yalb?

—Calla —dijo Yalb, y ascendió por el nido de anguilas para llamar la atención de Brekv, que estaba de vigía—. ¡A tres cuartas de la amura de babor!

Brekv se volvió para escrutar el horizonte en esa dirección, alzando su catalejo. Luego renegó en voz baja.

—¿Qué es?

—Barco. Espera un momento, que justo ahora asoma... Sí, es un barco, con las velas hechas jirones. Se escora a babor. ¿Cómo puedes haberlo visto?

—¿Qué pabellón lleva?

—Ninguno —respondió Brekv, acercándole el catalejo.

Mala señal. ¿Qué hacía aquella embarcación sola allí fuera, en plena guerra? El barco de Yalb era una nave rápida de exploración, así que era lógico que navegara sin compañía. Pero en los tiempos que corrían, a cualquier barco mercante le interesaba llevar escolta.

Yalb fijó la mirada en el barco. No había tripulación en cubierta. Tormen-
tas. Devolvió el catalejo a Brekv.

—¿Quieres informar de él? —preguntó Brekv.

Yalb asintió y se dejó deslizar cabo abajo. Dok lo miró sorprendido cuando pasó junto a él, y al momento Yalb se soltó del cabo, corrió por la cubierta y llegó al puesto de la capitana con tres saltos, subiendo los peldaños de dos en dos.

—¿Qué pasa? —preguntó la capitana Smta. Era una mujer alta, con las cejas tan rizadas como el pelo.

—Barco —dijo Yalb—. Sin tripulación a la vista. A tres cuartas de la amura de babor.

La capitana lanzó una mirada a la timonel y asintió. Hizo llegar órdenes a los hombres de los aparejos y la nave viró hacia la embarcación recién avisada.

—Llévate una partida de abordaje, Yalb —dijo la capitana—, por si hace falta tu experiencia especial.

«Experiencia especial.» Los rumores no eran ciertos, pero todo el mundo se los creía y susurraba que Yalb había navegado durante años en un barco fantasma, motivo por el cual había terminado desapareciendo. Era por eso por lo que nadie quería contratar juntos a los tres supervivientes, así que habían tenido que separarse.

Yalb no se quejaba de que lo trataran así. La capitana ya había hecho bastante aceptándolo. Así que, si le daba una orden, él la cumpliría. De hecho, aunque Yalb era un mero tripulante sin autoridad, hasta el segundo de a bordo lo miró esperando instrucciones cuando por fin llegaron junto al extraño

barco. Tenía todas las velas hechas trizas. Se escoraba en el agua con la cubierta vacía, desprovista incluso de fantasmas.

El barco no desapareció bajo los pies de los marineros mientras lo exploraban. Tras una hora de búsqueda, regresaron con las manos vacías. No había ni rastro del cuaderno de bitácora de la embarcación, ni tampoco de ningún tripulante, vivo o muerto. Solo encontraron su nombre: el *Primeros Sueños*, un barco privado del que el segundo de a bordo recordaba haber oído hablar. Había desaparecido cinco meses antes durante algún tipo de misteriosa travesía.

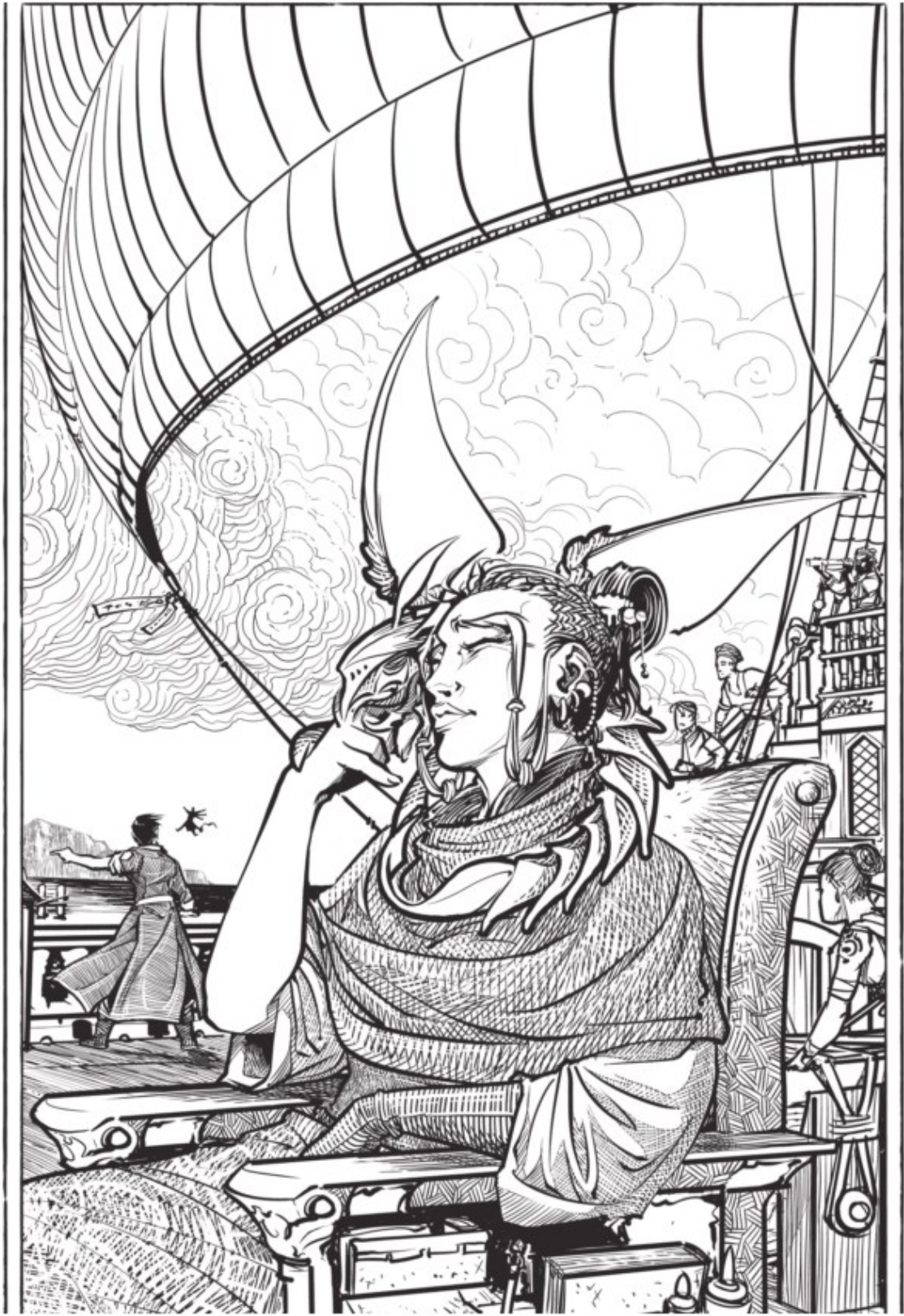
Mientras Yalb esperaba a que la capitana y los demás decidieran qué hacer, se apoyó en la regala y estudió la desdichada nave, solitaria y a la deriva. ¿Había sido el destino quien había querido que él encontrara aquella embarcación? ¿Que el hombre cuyo barco había desaparecido acabara junto a la nave cuya tripulación había desaparecido? La capitana iba a querer largar una vela más y remolcar aquel barco a puerto. Yalb estaba convencido. Necesitaban hasta el último barco para la guerra.

Iban a encargarle a él la tarea. No le cabía ni la menor duda. Seguro que la tormentosa reina en persona lo exigiría.

El mar era una amante extraña, desde luego. Abierta. Acogedora. Tentadora.

A veces un poco demasiado.







QUIZÁ hubiera quienes considerasen que seleccionar una nueva expedición comercial era un trabajo aburrido. Para Rysn, era una emocionante cacería. Sí, lo hacía sentada en una sala entre montones y más montones de papeles, pero se sentía como una cazadora de todos modos.

Entre aquellos informes se ocultaba una infinidad de joyitas interesantes. Detalles sobre mercancías a la venta, rumores de puertos con necesidades que la guerra estaba dificultando satisfacer. En algún lugar de todos aquellos pormenores se hallaba la oportunidad perfecta para su tripulación. Rysn lo revisaba todo como una exploradora arrastrándose entre los matorrales, callada y cuidadosa, buscando la línea de ataque perfecta.

Además, involucrarse en algo tan a fondo la distraía de sus otras preocupaciones. Por desgracia, en el instante en que Rysn lo pensó, no pudo evitar desviar la mirada hacia Chiri-Chiri. Recubierta de caparazón y con grandes alas membranosas, la larkin solía pasarse el día incordiando a Rysn para que le diera comida o metiéndose en líos. Pero ese día, como tantos otros en los últimos tiempos, la larkin estaba acurrucada, durmiendo en el extremo opuesto de la larga mesa, cerca de la maceta con hierba de Shinovar que tenía Rysn.

Chiri-Chiri había crecido hasta una longitud de unos treinta centímetros desde el hocico hasta el nacimiento de la cola, que se extendía otros cuarenta. Ya era tan grande que Rysn necesitaba las dos manos para llevarla en brazos. La larkin tenía un perfil impresionante, con su mandíbula prominente y sus ojos de depredadora. Pero últimamente su caparazón entre marrón y

violeta se había emblanquecido hasta casi el color de la tiza. Demasiado blanco para que fuese una simple muda. Le pasaba algo.

Rysn se deslizó por su banco. Antes había preferido tener un despacho minúsculo y apartado de la gente. Pensaba que había sido una reacción inconsciente por su parte, un intento de esconderse de los demás.

Pero eso se había acabado. Rysn disfrutaba de un despacho bien grande para el que había encargado toda una variedad de mobiliario nuevo. Aunque había perdido el uso de las piernas en el accidente, dos años antes, su lesión no estaba tan arriba en la columna vertebral como la de otras personas con quienes se había escrito. Rysn podía sentarse por su cuenta, aunque hacerlo le forzaba el cuerpo a menos que dispusiera de un respaldo en el que apoyarse. Incluso teniéndolo, prefería practicar sentándose sin utilizarlo para reforzar los músculos.

En vez de una silla, o varias, Rysn prefería sentarse en bancos largos con respaldos altos por los que pudiera desplazarse. Había encargado que se los ensamblaran junto a las distintas mesas largas del despacho, que también contaba con una buena cantidad de ventanas. Daba una sensación tan diáfana y abierta que Rysn se sorprendía de haber preferido alguna vez los espacios más angostos y oscuros.

Llegó al final del banco, cerca del nido de mantas de Chiri-Chiri. Rysn dejó la pluma en la mesa y cogió una esfera de diamante de una copa para acercársela a Chiri-Chiri. La gema tenía un resplandor intenso, que invitaba a la larkin a darse un festín con su luz tormentosa.

Chiri-Chiri solo abrió una rendija de un ojo plateado y apenas se movió. Alrededor de Rysn aparecieron unos pocos congojaspren con forma de cruces negras retorcidas. Tormentas. Los médicos de animales no habían sido de mucha ayuda: suponían que la larkin tenía alguna enfermedad, pero le habían dicho que las dolencias eran muy individuales en cada especie. Y Chiri-Chiri era la única de su especie que todos ellos habían visto jamás.

Rysn trató de impedir que la inquietud la aplastara y dejó la esfera cerca de la boca de Chiri-Chiri antes de obligarse a regresar a su cacería. Ya había enviado una petición por vinculaña a alguien que pensaba que podría ayudar a Chiri-Chiri. No había nada más que Rysn pudiera hacer hasta que ese hombre respondiera, así que se deslizó de vuelta por el banco para seguir trabajando. Pero entonces cayó en la cuenta de que se había dejado la pluma. Empezó a moverse de nuevo para recuperarla.

Al instante, Nikli abandonó casi de un salto su posición cerca de la puerta y corrió hacia la pluma para devolvérsela. Antes de que Rysn pudiera llegar, el hombre, demasiado entusiasta, ya estaba tendiéndole la pluma.

Rysn suspiró. Nikli era su nuevo porteador jefe, el hombre que la llevaba de un lugar a otro cuando Rysn necesitaba ayuda. Procedía de algún lugar en la región makabaki occidental y, aunque hablaba bien el thayleño, le había costado encontrar empleo. Destacaba mucho entre la gente por su cara y sus brazos cubiertos de tatuajes blancos.

Estaba ansioso por conservar ese trabajo, pero, aunque Rysn valoraba la iniciativa...

—Gracias, Nikli —dijo, cogiendo la pluma—. Pero, por favor, espera a que pida ayuda antes de dármele.

—¡Oh! —exclamó él, e hizo una inclinación—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella, indicándole con un gesto que se retirara a un lado del despacho.

La actitud de Nikli no era nada infrecuente. Cuando Rysn había descrito los bancos que quería para su despacho, la reacción inicial había sido confusa. «Pero ¿por qué?», había preguntado el capataz de los carpinteros.

Pues para librarse de los «Pero ¿por qué?».

Todos los demás se extrañaban por los actos de Rysn. Era una maestra comerciante, con su propio barco y su propia tripulación. Podía ordenar a los sirvientes que le llevaran cualquier cosa que quisiera. Y era cierto que necesitaba ayuda de vez en cuando.

Pero el caso era que *no siempre* necesitaba ayuda. Era una lección que la propia Rysn se había visto obligada a aprender, y no le reprochaba el error a Nikli. Se olvidó de la leve irritación y volvió a concentrarse en su tarea, intentando recobrar el entusiasmo.

Aquella iba a ser su segunda travesía como naviera. La primera, concluida dos semanas antes, había sido una expedición mercantil directa, de ida y vuelta, que había permitido que la tripulación y ella se acostumbraran unos a otros. Había ido... bien. Sí, habían obtenido un buen beneficio, cosa que la tripulación siempre agradecía. Los tratos que Rysn cerraba eran su forma de ganarse la vida.

Sin embargo, había algo en los marineros y en su capitana que Rysn aún no terminaba de comprender del todo. Cierta reticencia a relacionarse con ella. Quizá fuese solo que estaban acostumbrados a tratar con Vstim y no

con Rysn, ya que su forma de proceder era un poco distinta a la de su *babsk*. O tal vez hubieran preferido una expedición más atractiva, más provechosa, que el sencillo recorrido que habían hecho.

Rysn estudió sus opciones y terminó reduciéndolas a tres ofertas comerciales distintas. Cualquiera de ellas podía resultar lucrativa, pero ¿cuál elegir? Estuvo meditándolo un tiempo y luego escribió una lista de pros y contras para cada transacción, como Vstim le había enseñado a hacer.

Al cabo de un rato se frotó las sienes, haciendo tintinear un poco las joyas de sus cejas, y decidió dejarlo estar unos minutos. Cogió de la mesa varias comunicaciones por vinculacaña que habían llegado hacía poco, procedentes de mujeres por todo el mundo que, como ella, habían perdido la capacidad de mover las piernas.

Hablar con ellas era conmovedor y estimulante. Sentían muchísimas de sus mismas emociones, y les encantaba compartir con Rysn las cosas que habían aprendido. Mura, una azishiana, había diseñado varios aparatos interesantes que la ayudaban en su vida cotidiana, demostrando una creatividad maravillosa. Ganchos y anillas con objetos colgando de pinzas, para tenerlos a mano. Unos aros, varas curvadas y alambres especializados para que pudiera vestirse sin ayuda.

Al leer las últimas cartas recibidas, Rysn no pudo evitar sentirse motivada. En otro tiempo había estado aislada por completo. Pero luego se había dado cuenta de que existía mucha gente que, pese a ser extrañamente invisible para el mundo en general, afrontaba los mismos retos que ella. Sus historias la animaban, y a partir de sus sugerencias Rysn había encargado que hicieran varias modificaciones a su barco. Un asiento fijo y un parasol en el alcázar, cerca del puesto del timonel. Cambios en su camarote para facilitar que se moviera en él y se vistiera.

Con la nave en puerto, los carpinteros estaban cumpliendo sus encargos. Pero Rysn había recibido muchas miradas confusas. Y la misma pregunta espantosa.

«Pero ¿por qué?»

¿Por qué no quedarse atrás y dejar que algún subordinado se encargara de las negociaciones cara a cara? Rysn podía cerrar los verdaderos acuerdos por medio de vinculacañas. ¿Para qué quería un puesto en el alcázar, en vez de hacer la travesía en la comodidad de su camarote? ¿Por qué pedir un sis-

tema de poleas para subir y bajar del alcázar, cuando había porteadores que podían llevarla?

¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué quieres vivir, Rysn? ¿Por qué quieres mejorar tu situación? Repasó los dibujos que le había enviado Mura. Había un diseño reciente, creado por una fervorosa de Jah Keved, para un tipo distinto de silla con ruedas. Rysn usaba el modelo habitual, que tenía unas ruedecitas en las patas traseras. Requería que un porteador inclinara la silla hacia atrás, como en una carretilla inversa, y la empujara hasta donde quisiera ir. Llevaban usando ese mismo diseño desde hacía siglos.

Pero había algo nuevo. Una silla con ruedas grandes que una misma podía mover con las manos. Tendría que encargarse una de esas. No le serviría de mucho en un barco, y las calles de Ciudad Thaylen serían demasiado abruptas y con demasiados escalones, pero solo poder trasladarse de una habitación a otra en su propia casa ya cambiaría muchísimas cosas.

Escribió una respuesta para Mura y luego revisó sus tres posibles travesías, sopesándolas. Un envío de aceite de pescado, unas alfombras o toneles de agua. ¡Qué prosaicos eran los tres! Su barco, el *Vela Errante*, estaba construido para gestas más grandiosas. Era cierto que la guerra volvía peligrosos hasta los viajes más sencillos, pero a ella la había entrenado el mejor del gremio para quedarse con las oportunidades que nadie más querría aceptar.

«Busca la necesidad —le había enseñado Vstim siempre—. No seas un percebe que se limita a sacar dinero de donde puede, Rysn. Encuentra el deseo incumplido.»

Decidió empezar otra vez de cero, pero la interrumpió una suave llamada a su puerta exterior. Alzó la mirada sorprendida, porque no esperaba tener compañía. Nikli, después de esperar su aprobación, salió a la antecámara para responder a la puerta.

Al cabo de un segundo entró en el despacho un hombre sonriente. Rysn dejó caer los papeles, anonadada.

El hombre reshi tenía la piel muy morena y llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas que le caían por los hombros. Talik llevaba un faldón reshi tradicional y una sobrecamisa con borlas que dejaba su pecho al descubierto. Rysn sabía, por sus dos años de contacto con él, que Talik solía vestir con alguno de sus buenos trajes thayleños cuando viajaba. Si llevaba

puesta su ropa tradicional, era con el objetivo explícito de recordar a la gente de dónde procedía.

Verlo dejó a Rysn sin palabras. Talik vivía a miles de kilómetros de distancia. ¿Cómo había llegado hasta allí? Tartamudeó, buscando las palabras.

—Ah, conque ahora que eres una poderosa naviera —dijo él—, ya no te relacionas con gente como yo, ¿eh? Supongo que tendré que marcharme, entonces.

Pero lo había dicho con una sonrisa cada vez más amplia.

—Ven aquí y siéntate —replicó ella, moviéndose mesa abajo hacia el extremo, que no estaba tan lleno de papeles. Señaló a Talik una silla que había al otro lado de la larga mesa, enfrente de ella—. ¿Cómo narices has llegado tan deprisa? ¡Si te escribí hace solo tres días!

—Ya estábamos en Azimir —explicó él, acomodándose—. El rey quiere conocer a ese tal Dalinar Kholin y ver a esos Caballeros Radiantes en persona.

—¿El rey ha salido de Relu-na? —preguntó Rysn. Notó que se le abría la boca por la sorpresa.

—Son tiempos extraños —dijo Talik—. Con pesadillas caminando por el mundo y con los pueblos reshi unidos bajo un solo estandarte, y nada menos que uno alezi, era el momento.

—No están... No estamos bajo un estandarte alezi —respondió ella—. Somos una coalición unida. Espera, déjame que te ponga un té.

Cogió su palo de agarrar y enganchó con él la tetera por el mango para acercársela sobre la mesa. Talik, que tan adusto se había mostrado en su primer encuentro hacía mucho tiempo, se levantó de un salto para ayudar. Levantó la tetera y sirvió dos tazas.

Rysn lo agradeció. Y también se frustró. No poder andar era irritante, y esa emoción la gente sí que parecía comprenderla. Pero pocos se hacían una idea de la vergüenza que le daba, aun sabiendo que no debería, sentir que era una carga. Aunque apreciaba que la gente se preocupara por ella, dedicaba mucho esfuerzo a poder hacer las cosas por sí misma. Cuando la gente socavaba esos intentos sin querer, se volvía más difícil hacer caso omiso a aquella parte de ella que susurraba mentiras. Que le decía que, al ser menos capaz en unas pocas actividades, era una inútil en general.

En los últimos tiempos lo llevaba mejor. Ya no tenía vergüenzaspren ro-

deándola. Pero aún buscaba la manera adecuada de explicar que no era ninguna niña que necesitara que la mimasen.

—Por los dioses lejanos y cercanos —dijo Talik mientras le daba una taza y volvía a sentarse—. Cómo vuela el tiempo. Han pasado... ¿cuántos, dos años ya, desde que nos visitaste? ¿Desde tu accidente? Es como si fueran solo unos meses.

—A mí se me ha hecho eterno —respondió Rysn, dando un sorbito al té y extendiendo el otro brazo sobre la mesa hacia Chiri-Chiri. Lo normal habría sido que la larkin se acercara a olisquearle la mano. Ese día apenas se movió y soltó un leve trino.

—Luego nos pondremos al día —dijo Talik—. De momento, ¿me dejas verla?

Rysn asintió, dejó a un lado el té y se deslizó para coger en brazos a la larkin. Chiri-Chiri aleteó unas cuantas veces antes de aposentarse. Rysn la sostuvo para que Talik pudiera verla bien después de que él llevara su silla al otro lado de la mesa y se sentara junto a ella.

—La he llevado a muchos médicos de animales —dijo Rysn—, y ninguno tiene ni idea de lo que le pasa. Todos creían que los larkin estaban extintos, si es que habían oído hablar de ellos siquiera.

Talik acercó la mano y acarició con cuidado la cabeza de Chiri-Chiri.

—Qué grande es —susurró—. No se me había ocurrido pensarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rysn.

—Cuando cayó Aimia —explicó él—, los Na-Alind, una familia de los dioses grancaparazón de los reshi, acogieron a los últimos larkin. Los grancaparazones no piensan ni hablan igual que la gente, y las costumbres de nuestros dioses son extrañas. Pero por lo que sabemos, hicieron una promesa entre todos. Prometieron proteger a estos, sus primos.

»Yo solo he visto a otros dos larkin. Los dos tenían décadas de edad, pero eran pequeños, no más largos que la mano de una persona.

—A Chiri-Chiri le gusta comer —dijo Rysn—. Mucho. O por lo menos, antes le gustaba.

—En tiempos antiguos, los larkin crecían hasta ser más grandes que ella —dijo Talik—. En la actualidad, se supone que se quedan pequeños. Ocultos. Para que el hombre no vuelva a cazarlos.

—Pero ¿qué puedo hacer? —preguntó Rysn—. ¿Cómo la ayudo?

—Cuando recibimos tu carta hace tres días —dijo Talik—, escribimos a

la gente de la isla y el rey pidió a su consorte que consultara con Relu-na. La respuesta es sencilla, Rysn, pero no fácil. Nada fácil.

—¿Cuál es?

Talik la miró a los ojos.

—La isla dijo que la lleves al hogar.

—¿A las islas Reshi? Supongo que podría hacer una visita. ¿Cómo cruzaste el territorio ocupado? ¿Bordeando por el este? Tendríamos que... —Dejó de hablar al ver la expresión sombría de Talik—. Ah. Al decir «hogar», te refieres a Aimia. Bueno, tampoco es imposible. La Armada Real ha establecido unos cuantos puestos de avanzada en la isla principal.

—No a la isla principal de Aimia, Rysn —repuso Talik—. Tienes que llevarla a Akinah. A la ciudad perdida. —Negó con la cabeza—. Es una travesía imposible. Nadie ha pisado esa isla desde hace generaciones.

Rysn frunció el ceño, acariciando a Chiri-Chiri y pensando. Akinah. ¿No había leído ese nombre hacía poco? Hizo un gesto a Talik, dejó a Chiri-Chiri en la mesa y regresó deslizándose hacia sus papeles.

Encontró lo que buscaba al cabo de pocos minutos.

—Aquí está —dijo, y sostuvo el papel para que Talik pudiera inclinarse junto a ella y leerlo. Talik no respetaba las prohibiciones vorin al respecto. Bueno, y Rysn tampoco, por mucho que se hubiera acostumbrado a llevar guante sin protestar.

Una nave militar thayleña había encontrado un barco fantasma unos dos meses antes. Los oficiales habían terminado relacionándolo con una expedición a la ciudad semimítica de Akinah. La reina de Urithiru, Navani Kholin, había hecho pública una solicitud de que otro barco viajara a Aimia e investigara cierta región. Una extraña tormenta en el lugar donde se rumoreaba que estaban las ruinas de Akinah.

La reina Navani prometía una recompensa a quienes estuvieran dispuestos a cumplir su encargo, pero hasta el momento nadie había aceptado la oferta. Rysn miró a Talik, que le hizo un asentimiento alentador.

Por lo visto, Rysn tendría que ir de visita a Urithiru.



ALA llegada de Rysn a Urithiru, la recibió un maestro de sirvientes para hacerle de guía acompañado por cuatro portadores; una escolta enviada por la brillante Navani con la intención de hacer patente que esperaban a Rysn y valoraban su visita. Los portadores cargaban un palanquín unipersonal, que dejaron en el suelo. Inspeccionaron su silla con ruedas.

—La brillante Rysn —dijo Nikli desde detrás de la silla— prefiere usar su propia silla como transporte.

Aunque era cierto, y aunque Nikli se esforzaba mucho, había vuelto a equivocarse.

—Es un honor recibir esta escolta —dijo Rysn—. Nikli, ellos conocen Urithiru mucho mejor que nosotros. Es mejor dejar que me lleven. Sin embargo, te agradecería que trajeras también la silla por si la necesito más adelante.

—Cómo no, brillante —respondió él en tono avergonzado.

A Rysn no le gustaba nada tener que corregirlo, pero aquellos hombres considerarían un deber personal ponerse a su servicio. Rysn había aprendido que aceptar la hospitalidad era importante para las negociaciones comerciales.

Hizo que Nikli la trasladara al palanquín. Cuando estuvo dentro, contuvo los sentimientos de falta de confianza e inutilidad que todavía la asaltaban siempre que alguien la manejaba como a un saco de grano de lavis.

«Nada de compadecerte de ti misma —se obligó a pensar—. Ya cumpliste el cupo de eso hace meses.»

Cuando Rysn estuvo acomodada, Nikli abrió la cesta de Chiri-Chiri para que ella pudiera levantarla en brazos y meterla en el palanquín. A pesar de sus tropiezos puntuales, Nikli estaba haciendo un trabajo encomiable en lo relativo a anticiparse a las necesidades de Rysn. Ya iría dominando los detalles a medida que pasaran más tiempo juntos.

—Gracias, Nikli —dijo Rysn.

—Estaremos justo detrás, brillante, si necesitas cualquier cosa.

Los portadores alezi la llevaron por la rampa de descenso de la Puerta Jurada, con las cortinas del palanquín abiertas para que Rysn pudiera contemplar el paisaje. Urithiru, la imponente ciudad-torre de los Caballeros Radiantes, tenía diez plataformas en el exterior, todas ellas conectadas mediante sus Puertas Juradas a distintas ciudades por todo el mundo. Pero el verdadero prodigio era la propia torre, incrustada en las montañas, con diez anillos que se alzaban hacia el sol. Decían que tenía casi dos *centenares* de pisos de altura. ¿Cómo era posible que los niveles inferiores no se derrumbaran bajo todo ese peso?

Curiosamente, no todas las maravillas de la ciudad eran antiguas. Rysn mantuvo los ojos bien abiertos en busca del proyecto secreto alezi del que le había hablado Vstim. Mientras la llevaban al rellano que conectaba las diez rampas de las Puertas Juradas, lo distinguió. La superficie tenía escarpados precipicios a ambos lados, en los que los ingenieros estaban construyendo dos grandes plataformas de madera.

La versión oficial afirmaba que sería un elevador gigantesco. Los dos lados estaban conectados por fabriales parejos en formas nuevas diseñadas por Navani Kholin, de forma que cuando un lado descendiera, el otro se elevara. Pero Rysn, que accedía a información confidencial por su relación con su *babsk*, el ministro de comercio thayleño, había escuchado otra versión de lo más interesante sobre el propósito oculto de aquellas plataformas.

Si lo que había oído era cierto, si esos fabriales podían hacer lo que la reina Navani decía sobre ellos...

Chiri-Chiri se movió en sus brazos y sacó su elegante cabeza de crustáceo por la ventanilla. Hizo un chasquido interrogativo.

—¿Te parece interesante? —preguntó Rysn, esperanzada.

Chiri-Chiri trino.

—En esta torre hay muchos fabriales —comentó Rysn—. Si empiezas a

zampártelos como hiciste la última vez, tendré que volver a encerrarte. Estás advertida.

Rysn no estaba segura de hasta qué punto la entendía Chiri-Chiri. La pequeña criatura parecía capaz de percibir el tono de Rysn y a veces reaccionaba en consecuencia, según lo traviesa que estuviera. Ese día se limitó a acurrucarse y echarse de nuevo a dormir. Qué letárgica estaba. A Rysn casi se le partió el corazón.

Para distraerse, Rysn dejó a Chiri-Chiri en una almohada y empezó a tomar notas de lo que veía en Urithiru. Estaba casi todo igual que en su visita anterior: una gran variedad de etnias mezclándose en los atestados pasillos. El guía maestro de sirvientes respondió a sus preguntas y le dio explicaciones sobre la arquitectura mientras avanzaban hacia el atrio de la torre, con su inmenso ventanal de cristal que revelaba un yermo helado. Rysn no pudo evitar preguntarse qué implicaciones tendría aquel lugar. No todos los días se fundaba un reino nuevo, y mucho menos en la mítica ciudad de los Caballeros Radiantes.

El palanquín era lo bastante pequeño para poder recorrer los pasillos, de modo que también cupo con sus portadores en uno de los maravillosos elevadores fabriles del atrio. Ascendió decenas de pisos. Al llegar arriba, los portadores llevaron a Rysn a una pequeña cámara en la que Navani Kholin, coronada poco tiempo antes como reina de Urithiru, celebraba sus reuniones. Era una mujer intimidante, con su altura alezi y su pelo negro entrecano recogido en complejas trenzas sobre la cabeza, entretejido con brillantes zafiros.

La mayoría de los coetáneos de Rysn afrontaban las conversaciones preguntándose: «¿Qué puedo obtener de esto?». A Rysn le habían quitado esa idea de la cabeza muy al principio de su formación. Su *babsk* defendía otra manera distinta de ver el mundo y le había enseñado a pensar: «¿Qué necesidad puedo satisfacer?».

Ese era el verdadero propósito de todo mercader. Hallar necesidades complementarias y entonces superar la distancia entre ellas de forma que todos se beneficiaran. El secreto del éxito como comerciante no estaba en lo que una pudiera conseguir *de* la gente, sino en lo que pudiera conseguir *para* ellos.

Y todo el mundo tenía necesidades. Incluso las reinas.

Los portadores bajaron a Rysn, que dejó a Chiri-Chiri en el palanquín y

pidió a Nikli que la trasladara a la silla que había delante del escritorio de Navani. Prefería usar los asientos que le ofrecían en situaciones como aquella, aunque su silla con ruedas se quedó guardada con cuidado al fondo de la estancia.

Los portadores y el guía se retiraron, pero Nikli se quedó al lado de la puerta por si Rysn necesitaba alguna cosa. Había una joven en otro escritorio cercano, registrando actas, y dos guardias vigilando la puerta. Aparte de ellos, era como si Rysn estuviera a solas bajo la mirada de aquella mujer tan increíblemente majestuosa.

Menos mal que Rysn había superado casi por completo sus sentimientos de inseguridad. De lo contrario, aquella situación la habría intimidado mucho en vez de solo un poco. Navani estudió a Rysn como si fuese el diagrama de un barco, dando la sensación de que podía leer su misma alma con aquellos ojos perceptivos.

—A ver... —dijo la reina en thayleño—. ¿Me recuerdas quién eres?

—¿Brillante? —respondió Rysn—. Hum, soy Rysn Ftori. Bah-Vstim. Vengo en respuesta a vuestra solicitud.

—Ah, sí, claro —dijo Navani—. Lo del barco fantasma.

Navani extendió la mano con la palma hacia arriba y su ayudante se apresuró a depositar en ella las notas pertinentes. La reina se levantó y paseó por la sala leyendo los papeles mientras Rysn esperaba.

Al cabo de un tiempo la reina se detuvo, fijó la mirada en la silla que había al fondo de la estancia y luego movió su propia silla para sentarse delante de Rysn. Fue un gesto pequeño, pero que Rysn agradeció. No le importaba que la gente se quedara de pie en su presencia, pero había cierta consideración en que Navani se situara de forma que pudieran conversar estando a la misma altura.

—La reina Fen dice que inspeccionaste ese barco en persona, ¿cierto? —preguntó Navani.

—Así es, brillante —repuso Rysn—. Lo visité después de decidir aceptar vuestra propuesta. Lo llevaron a puerto hace semanas y están reparándolo. Ayer lo recorrí para ver si descubría cualquier cosa extraña.

Los ojos de Navani se desviaron hacia la silla con ruedas.

—Me llevaron, brillante —explicó Rysn—. Soy bastante móvil con mis portadores, os lo aseguro.

—No sé si sabes —dijo Navani— que tenemos Radiantes especializados

en algo llamado Regeneración.

—Resulta que mi lesión es demasiado antigua para sanarla, brillante —respondió Rysn, y se le retorció el estómago con cada palabra—. Traté de procurarme su ayuda en el momento en que supe de ellos.

—Por supuesto —dijo Navani—. Lo siento.

—No tenéis que disculparos por ofrecerme ayuda, brillante —dijo Rysn.

«De hecho, me alegro de que te hayas dado cuenta. Porque sí que hay algo que podrías hacer por mí.» Pero el momento de la negociación aún no había llegado.

Rysn tenía una necesidad. Varias, de hecho. Era mejor descubrir qué necesitaba Navani y por qué antes de iniciar la danza.

—Si me permitís volver al tema que nos ocupa, majestad...

—Sí —convino Navani—. El barco. Qué curioso. ¿Encontraste algo al inspeccionarlo?

—Quienquiera que puso el barco a la deriva intentó enviarlo a pique —dijo Rysn—. Pero no estaba al tanto de que las naves thayleñas modernas no se hunden como si nada por un par de agujeros en el casco. Es evidente que se hizo a propósito, brillante. Se llevaron los cuadernos de bitácora.

—¿Sangre en cubierta? —preguntó Navani.

—No encontramos ninguna, brillante.

—¿Y... la moldeadora de almas desaparecida?

Rysn acababa de enterarse de aquel detalle concreto. El barco fantasma, el *Primeros Sueños*, llevaba a bordo a una moldeadora que se había dado a la fuga. No era una Caballera Radiante, sino una mujer adiestrada para utilizar uno de los antiguos artefactos capaces de transformar objetos de un material en otro.

—No la encontramos —respondió Rysn—. Ni a la mujer ni el aparato. Parece probable que alguien supiera que esa fugitiva iba en el barco y lo atacara para asesinar a la tripulación y hacerse con el moldeador de almas.

Aquellos artilugios eran muy escasos y extremadamente poderosos. La mayoría de los reinos disponían de solo un puñado de moldeadores, si es que tenían alguno siquiera. En Thaylenah, mucha gente pensaba que la eficacia bélica de los alezi se debía menos a la capacidad de sus tropas que al número de moldeadores de almas que tenían para alimentar a dichas tropas.

No era la clase de dato que convenía señalar a una aliada. Y mucho me-

nos estando en plena gran campaña conjunta contra antiguos monstruos procedentes del Vacío.

—Sí, quizá —dijo Navani. Enrolló sus notas y se dio con ellas unos golpecitos suaves en la otra mano—. He hablado con el príncipe de Liafor, y según él la fugitiva creía que Aimia, al ser el antiguo hogar de los moldeadores de almas, podría albergar secretos que curaran sus dolencias. Además, el capitán del barco, un hombre llamado Vazrmeb, estaba encandilado con las legendarias riquezas de Akinah, la capital perdida de Aimia.

Qué curioso. Eso era más de lo que sabía Vstim. Al parecer, la reina era tan astuta como sugería su reputación.

—Aimia es un yermo —dijo Rysn midiendo las palabras—. Está explorada de cabo a rabo y centenares de capitanes buscaron misteriosos tesoros en la isla con los ojos haciendo chiribitas. Todos volvieron con las manos vacías.

—De la isla más grande, sí —replicó Navani—. Pero ¿qué hay de las más pequeñas que la rodean? ¿Qué hay de la isla oculta, envuelta de misterio y tormenta?

—La Roca de los Secretos —dijo Rysn—, la mítica Akinah. Hay quienes afirman que no es más que una leyenda.

—Lo mismo afirmaban de Urithiru —repuso Navani—. Algunos eruditos creen que las ruinas halladas en otros lugares son restos de la ciudad, pero no aportan ninguna prueba firme. Nuestros Corredores del Viento informan de un extraño patrón meteorológico en torno a un punto concreto del océano en esa zona, el mismo lugar al que se decía que tenía puesto rumbo el barco fantasma antes de caer.

»Yo estoy convencida de que Akinah de verdad se oculta dentro de ese extraño patrón meteorológico. Pero esté en lo cierto o no, debemos investigarlo. Mi marido teme que los vientos puedan estar escondiendo una fortaleza enemiga.

—¿Vuestros Corredores del Viento informaron de ello? —dijo Rysn—. Entonces... ¿por qué no hacer que desciendan a investigar?

Esa era la parte de la solicitud que más la confundía, la que había hecho que Rysn viajara hasta Urithiru para preguntar en persona. ¿Por qué necesitaban los Caballeros Radiantes la ayuda de un navío convencional?

—Hay... algo en esa isla —respondió Navani—. Algo capaz de subvertir los poderes de los Caballeros Radiantes. Mis soldados afirmaron haber visto

enjambres de pequeñas sombras volando a través de las nubes. Y las leyendas sobre Aimia hablan de criaturas míticas que se alimentan de luz tormentosa.

Por acto reflejo, Rysn desvió la mirada hacia el palanquín en el que estaba Chiri-Chiri. Navani la observó, tranquila, con los labios un poco ladeados. Lo sabía. En fin, claro que lo sabía. Rysn no había intentado ocultar a Chiri-Chiri, y la pequeña larkin tampoco se lo habría permitido de haberlo hecho.

—¿Podría ver a la criatura? —pidió Navani—. Prometo que no intentaré separarla de ti.

Bueno, Rysn ya había previsto que aquella conversación iba a ser difícil de manejar. No siempre se podía negociar desde una posición de poder. Así que hizo una seña a Nikli para que sacara a Chiri-Chiri y se la llevara.

Con el paso de los meses, Rysn había empezado a comprender de verdad la importancia estratégica de la luz tormentosa como fuente de energía tanto para los fabriales como para los Caballeros Radiantes. Y además, el enemigo tenía unas criaturas conocidas como Fusionados que empleaban la luz del propio Vacío. Chiri-Chiri se alimentaba de ella con tanta ansia como lo hacía de luz tormentosa.

¿Era posible que el extraño animal que tenía como mascota fuese en realidad algo más peligroso, y más importante, de lo que jamás se había detenido a plantearse? Rysn tomó a Chiri-Chiri, que se levantó y extendió las alas. Era un elegante monstruo en miniatura, tan majestuoso pese a su palidez como cualquier grancaparazón. De hecho, Chiri-Chiri parecía más vigorosa que antes. Quizá empezara a encontrarse mejor.

Aparecieron unos pocos asombrospren, como anillos de humo azul, alrededor de Navani mientras se agachaba.

—Qué preciosidad —susurró—. ¿Y de verdad puede...?

Como si quisiera responderle, Chiri-Chiri dio un chasquido y se elevó en el aire, aleteando con rapidez. Voló por la sala hasta la pared, donde se aferró a la lámpara. Rysn se llevó la mano a la cara mientras Chiri-Chiri, sin un chasquido avergonzado siquiera, ingirió la luz tormentosa de las esferas, oscureciendo la estancia a ojos vistas.

—Lo lamento, brillante —dijo Rysn—. Estábamos trabajando en que no se comiera la luz de los elementos fijos, pero últimamente ha estado enferma y ha recaído.

Navani se limitó a mirar con los ojos como platos. Sacó unos chips de diamante y los esparció sobre la mesa. Por suerte, Chiri-Chiri los consideró una presa más fácil y se dejó caer de golpe al escritorio para ingerir su luz. Tras consumir unos pocos, acercó el hocico a una esfera y se puso a jugar con ella, haciéndola rodar y saltando para atraparla con la boca antes de que pudiera caer de la mesa.

—¿Es por esto? —susurró Navani—. ¿Es así como los artífabrianos thayleños consiguen ajustar con tanta precisión la luz tormentosa en sus fabria-les? ¿Tu pueblo tiene a docenas de animales como este escondidos?

—¿Cómo? —dijo Rysn—. No, brillante. A mí me dieron a Chiri-Chiri en una expedición mercantil a las islas Reshi. Es la única que he visto en la vida. Es una rareza, no un arma secreta.

—Aun así, me encantaría tener ocasión de estudiar a uno de ellos —dijo Navani.

Sin pensar, Rysn empezó a extender el brazo hacia Chiri-Chiri para recogerla. Se contuvo, pero no antes de que la reina reparase en su ademán. Navani no repitió su promesa de no quedarse con Chiri-Chiri, ni falta que hacía. Rysn confiaba lo suficiente en ella. Navani Kholin no era una ladrona. Pero sí era una mujer que acostumbraba a salirse con la suya tarde o temprano.

Con un poco de suerte, habría otra manera de satisfacer *esa* necesidad.

—Según mis notas, posees un barco extraordinario —dijo Navani—. La tormenta que rodea Akinah es terrible y persistente. ¿Crees que tu barco podría cruzarla?

—Si algún barco puede hacerlo —respondió Rysn—, ese es el *Vela Errante*. Tenemos bombas fabriales y estabilizadores modernos para las tormentas. Pero vuestra información me preocupa. ¿Un lugar que los Radian-tes temen visitar? Debo cuidar del bienestar de mi tripulación.

—Lo comprendo —dijo Navani—, pero no puedo arriesgarme a enviar a Corredores del Viento en solitario si van a quedarse drenados en pleno vuelo y caer al océano para ahogarse. Por tanto, necesito un barco. Creo que descubrirás que tu propia reina está también a favor de esta misión.

»Confío en que podamos minimizar el peligro. Lo único que quiero es que lles a una de mis escribas a ese lugar, que crucéis la tormenta y que le permitas inspeccionar la isla. No debería costarle más de un día completar su exploración y recolectar unos cuantos artefactos. Después de eso, podréis

regresar. Me ocuparé de que estéis bien equipados antes de zarpar y de que se os compense a la vuelta.

Navani le entregó un papel con unas generosas condiciones de remuneración. Rysn no pasó por alto la promesa de los tradicionales pagos de salvamento a la tripulación en caso de que encontraran algo de valor. Pero incluso sin tener eso en cuenta, las cifras la entusiasmaron. De haber tenido que visitar Akinah por su cuenta, Rysn se habría visto obligada a organizar numerosas paradas en puestos mercantiles cercanos para comerciar de camino y procurarse el sustento del barco y la tripulación. Pero teniendo una patrona, podían trazar un rumbo directo.

Rysn anhelaba emprender una aventura como aquella. Durante sus años de formación con su *babsk*, había protestado sin cesar por verse arrastrada de un lado a otro de Roshar. Había esperado que su período de aprendizaje la llevara a conocer a clientes ricos, a negociar con sedas en cortes y palacios. En vez de eso, había visitado una parte perdida del mundo tras otra, llegando a todos los lugares difíciles que nadie más consideraba que merecieran la pena el esfuerzo.

No dejaba de asombrarla que su *babsk* no la hubiera arrojado por la borda después de un solo día, no digamos ya centenares, escuchando sus quejas. Con el paso del tiempo, se había descubierto añorando de verdad aquellas excursiones. ¿Viajar a un lugar nuevo? ¿Investigar las oportunidades comerciales que ofrecía una isla mítica? ¿Y quizá salvar a Chiri-Chiri mientras tanto? La perspectiva la entusiasmaba.

Pero seguía habiendo problemas.

—Brillante —dijo Rysn—. Tengo una buena tripulación, curtida y con mucho mundo. Pero tenéis que entender que los marineros pueden ser supersticiosos. Que vayamos a navegar hacia una isla prohibida tan poco tiempo después del descubrimiento de un barco fantasma que regresaba de ese lugar... bueno, llevo todo un día preguntándome cómo convencerlos. Es intimidante.

—Podría enviar con vosotros a un par de Radiantes para mejorar la moral —propuso Navani.

—Sí que nos vendrían bien —dijo Rysn—. ¿Podríais además pedir una cosa a la reina Fen? Habéis dicho que ella también querría que esta misión se lleve a cabo. Una solicitud personal de nuestra propia reina a mis marine-

ros significaría mucho para ellos. Supondría que esta expedición ya no fuese un trabajo más, sino un mandato real.

Y también ayudaría a reforzar la autoridad de Rysn en el barco. No debería necesitar ese refuerzo, pero, después de la manera tan curiosa en que la habían tratado en su primera travesía... en fin, Rysn agradecería el apoyo que le otorgaría ese mandato de la reina.

—Así se hará —dijo Navani—. La reina Fen y yo llevamos ya un tiempo hablando de una expedición como esta, así que seguro que estará dispuesta a escribir a tus marineros. —Navani entornó los ojos—. Pero ¿qué hay de ti, capitana? La que os estoy proponiendo es una misión difícil de verdad. ¿Mi oferta de pago es suficiente? ¿Hay algo más que pueda ofrecer a la mujer que es dueña de su propio barco y tiene como mascota una criatura mitológica?

Rysn lanzó un vistazo a Chiri-Chiri, que ya se había cansado de jugar y estaba dando golpecitos a la esfera en vez de mascarla. La larkin reparó en la mirada de Rysn y echó a volar hacia el palanquín para descansar.

Necesidades. Y contactos.

—Debería ser sincera con vos, brillante —dijo Rysn—. Chiri-Chiri... no está bien. Creo que esta misión podría ayudarla, así que ardo en deseos de emprenderla por ese motivo. No requiero ningún pago especial. Sin embargo, si estáis dispuesta a escucharme, sí que hay algo que os pediría.

—Habla con toda libertad —respondió Navani.

La forma de volar de Chiri-Chiri... ¿Cómo se sentiría Rysn siendo tan libre? ¿Tan sin cadenas?

—¿Es verdad que habéis desarrollado unas plataformas que pueden elevarse en el aire? —preguntó Rysn.

—Sí —dijo Navani—. Las utilizamos para desplegar arqueros en el campo de batalla.

—Pero estáis intentando hacer más que eso, ¿verdad? ¿Con esas construcciones de fuera, los supuestos elevadores?

—Hice partícipe de mis planes a la reina Fen —dijo Navani—. No sé muy bien qué más quieres que...

Dejó la frase a medias, quizá al fijarse en que Rysn había apartado la mirada de Chiri-Chiri para dirigirla a otra cosa: su silla con ruedas.

El artilugio le proporcionaba cierto grado de libertad, pero seguía siendo necesario que alguien la empujara. Rysn tenía muchas ganas de hacerse con

una que tuviera esas ruedas grandes que podría mover por sí misma. Pero el diseño, sin duda magnífico, era también muy aparatoso. Además, había pocos caminos y suelos contruidos para que se pudiera llevar a alguien rodando. Incluso moviéndose por sus propios medios, su capacidad de desplazamiento seguiría estando muy limitada.

—Tengo a eruditos trabajando en unos prototipos que podrían interesarte —dijo Navani—. Como de todos modos pensaba enviar a una escriba en esta misión, podría disponer que fuese la que tiene experiencia con nuestros nuevos diseños fabriles. Podría llevar a cabo algunos experimentos en el barco para mí, y quizá mostrarte lo que puede hacerse con esta tecnología.

—Me parece conveniente, brillante —respondió Rysn—. Y estas otras condiciones son generosas y las acepto. Considerad cerrado nuestro acuerdo. El *Vela Errante* está a vuestra disposición.



EL Lopen nunca habría pensado que hubiera tantos tipos distintos de personas en el mundo.

Había esperado que fuesen muchos, claro. Pero no tantos tantos. En Urit-hiru podían verse todos ellos. Cómo vestían, cómo hablaban, cómo comían. Ese día pasó volando junto a hombres de Steen con las barbas envueltas en cordeles para alargarlas como salchichas. Mujeres de Tashikk vestidas con coloridas telas. Comerciantes de Nueva Natanan, con azul en la piel, como si corrieran zafiros por sus venas.

Qué diferentes eran. El Lopen suponía que... claro, que la gente debía de ser como las montañas. El caso era que cuando uno estaba muy lejos de las montañas, a grandes rasgos las veía todas iguales. Volando bien alto, pasando sobre ellas deprisa, no había tiempo para los detalles. Puntiagudas. Cubiertas de nieve. Entendido.

Pero al volar cerca, cada una de ellas tenía sus partes escarpadas características y sus lugares en los que asomaba la roca. Él había encontrado hasta *flores* creciendo en algunas, cerca de fumarolas por las que salía aire caliente. El problema de la gente era que todos veían a las demás naciones desde muy lejos. Las veían como grandes pegotes montañosos. Extranjeros. Raros. Entendido.

De cerca, era difícil ver así a la gente. Cada cual era de lo más característico. Todo el mundo debería ponerse un «el» delante del nombre. Lo que pasaba era que él se había dado cuenta el primero.

Rua, su spren, salió volando de un pasillo lateral más adelante y trazó un

bucle, emocionado. Por lo visto, había encontrado a la gente reshi con la que Lopen debía reunirse. ¡Estupendo! Lopen incrementó su velocidad con un enlace y pasó volando medio metro por encima de las cabezas de los ocupantes del pasillo. Algunos se encogieron con expresiones sobresaltadas. Lopen estaba haciéndoles un favor, claro, porque ya deberían estar acostumbrados a que los Corredores del Viento pasaran volando por encima. ¿Qué pretendían que hiciera él, andar?

Rua adoptó una de sus formas preferidas, la de un chull volador con amplias alas, y planeó al lado de Lopen. En la siguiente intersección, Rua lo llevó hacia la izquierda. Salieron al atrio, un enorme espacio abierto que daba la impresión de no tener techo, sino solo decenas y decenas de niveles con terrazas y un gran ventanal.

Allí, Lopen por fin encontró a sus visitantes reshi. ¡Tormentas! ¿Cómo habían llegado tan dentro en tan poco tiempo?

—Así me gusta, naco —dijo a Rua, y se enlazó hacia abajo para aterrizar cerca de los recién llegados.

Anduvo hacia ellos a zancadas, con los brazos abiertos a los lados.

—¡Saludos! Soy el Lopen, Corredor del Viento, poeta y vuestro más humilde servidor. ¡Tú debes de ser el rey Ral-na!

Le habían advertido que el rey sería quien llevara la túnica. Era un hombre bajito con el pelo entrecano, aunque la túnica abierta por delante revelaba unos músculos pectorales bien firmes. Lo acompañaba un grupo de hombres feroces que vestían con telas ceñidas y portaban lanzas.

—Hablo en nombre del rey —dijo uno de ellos en un alezi bastante bueno. Era un hombre alto que llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas—. Puedes llamarme Talik.

—¡Claro, Talik! —exclamó Lopen—. ¿Te gusta volar?

—No sabría decirte —respondió Talik—. ¿Tú eres quien se supone que va a...?

—Ya hablaremos... —lo interrumpió Lopen— después.

Agarró a Talik por el brazo, lo infundió, saludó a los demás con la otra mano y se lanzó a sí mismo y al hombre por los aires.

Ascendieron veloces junto al ventanal, rebasando un piso tras otro. Lopen tenía al hombre bien asido. Ese tal Talik era un funcionario importante y no era plan que se le cayera o algo por el estilo. Estaba rodeado de sorpre-

saspren con forma de triángulos amarillos blanquecinos. Por tanto, parecía estar disfrutando del vuelo.

—Verás, tengo entendido que vivís encima de un cangrejo gigante en el océano, ¿eh? —dijo Lopen mientras seguían elevándose—. Uno de los grandotes de verdad. Un cangrejo de esos más grandes que un pueblo.

»Una vez tuve un primo, ¿sabes?, y ese primo tenía un cangrejo del que juraba que descendía de chulls, aunque yo pensé que era imposible por mucho que me llegara hasta las rodillas. Vamos, que era un tormentoso cangrejo bien grande. Pero no se podía construir una casa encima de él. Eso es de locos, vilo. Merecéis todo el respeto por vivir en un cangrejo gigante. ¿Quién vive encima de un cangrejo? La gente normal, no. Solo la gente como vosotros.

Lopen redujo la velocidad al acercarse a la cima, donde por fin terminaba el atrio, quizá a trescientos metros de altura o más. Allí estaban las mejores vistas a través del ventanal, un asombroso campo de montañas con nieve en la cumbre. Lopen podía apreciar desde allí arriba que se veían todas iguales. No había que olvidar que no lo eran, claro, pero la distancia sí que proporcionaba una perspectiva, distinta de cuando se contemplaban las cosas de cerca.

De cerca, las diferencias podían acabar escociendo. Pero si se recordaba que de lejos todo el mundo parecía igual... bueno, eso también era importante.

—¿Qué es esto? —exigió saber Talik—. ¿Pretendes intimidarme?

—¿Intimidar? —preguntó Lopen, y miró hacia Rua, que hizo crecer seis brazos y los usó todos para darse palmadas en la frente ante la estupidez de esa idea—. Vilo —dijo Lopen a Talik—, vives en lo alto de un cangrejo gigante. Había supuesto que te gustarían las alturas.

—No me asustan —repuso Talik, cruzándose de brazos.

—Bien, estupendo. Escucha, mira. Las vistas son una maravilla, ¿verdad? Una cosa que no habías visto nunca, ¿a que no? Sé cosas del mar Reshi porque mi primo vivía en la costa, y decía que allí hace muchísimo calor. Nada de nieve.

Talik lo observó mientras los dos flotaban en el aire. Entonces el hombre giró la cabeza para mirar por el ventanal y contempló la hermosa cordillera.

—Eso es... bastante espectacular.

—¿Lo ves? —respondió Lopen—. Le dije a Kaladin que iba a llevarme a

esos reshi a lo alto, y él me dijo: «No creo que sea buena...», pero no dejé que terminara porque iba a ponerse gruñón, así que le dije: «No, ya me ocupo yo, gancho. Seguro que les encanta». Y te encanta.

—Yo... no sé qué pensar de ti —reconoció Talik.

—Qué va, vilo, claro que lo sabes. Soy el Lopen. —Se señaló a sí mismo. Rua se apareció a Talik, gesticuló con los seis brazos y luego hizo que le crecieran dos más para incrementar el efecto—. Bueno, ¿qué opinas? ¿Debería subir a tu rey hasta aquí arriba? Yo fui rey durante... claro, solo durante un par de horas. Así que tampoco sé muy bien qué cosas les gustan a los reyes.

—¿Tú... fuiste rey?

—Durante dos horas —repitió Lopen—. Es una historia larga. Pero por aquel entonces se me acababa de regenerar el brazo, así que durante un tiempo ese brazo solo había sido rey. Nunca había sido no-rey. De locos, ¿eh?

Talik miró hacia abajo y meneó los pies.

—¿Cuánto tiempo...?

—Ah, estás a salvo —respondió Lopen—. Si caes, tardarías un montón en dar contra el suelo. Te atraparía antes.

—Eso no es muy tranquilizador —dijo Talik. Respiró hondo y entonces estudió a Lopen—. Lo normal para mí sería dar por hecho que, si alguien me hace subir hasta aquí, es para ponerme nervioso en las negociaciones. Pero tú... no estás haciendo eso, ¿verdad?

—Podemos bajar si quieres —repuso Lopen—. Es solo que pensaba... O sea, te gusta, ¿verdad?

—Así es —dijo Talik, y sonrió—. Debo reconocer que me... anima la presencia de un herdaziano entre los Caballeros Radiantes. Pasé varios años viviendo entre los tuyos, Corredor del Viento. Déjame hacerte una pregunta. En tu opinión, ¿de verdad les importamos? A los alezi, los veden, los azishianos. Pasaron siglos sin hacer caso a la gente de las islas. ¿Y ahora, en plena guerra, nos escriben? ¿Solicitan reunirse con nuestro rey?

»Somos un pueblo orgulloso, el Lopen, pero también un pueblo pequeño e insignificante. Los extranjeros nos prestan atención porque nos ven pintorescos, o porque buscan formas de explotarnos. Yo estudié en Thaylenah. Sé lo que piensan de nosotros. Y sé que a lo largo de la historia a vosotros

os trataron igual. Así que ¿puedes decirme por qué de pronto los reyes más importantes de Roshar muestran interés por nosotros?

—Ah, eso —dijo Lopen—. Sí, creen que a lo mejor el enemigo empieza a desplazar tropas por mar para desembarcar e invadir Jah Keved en el este. Así que Dalinar y Jasnah han pensado que sería buena idea teneros de su parte.

—Por tanto, es solo una jugada política —dijo Talik.

—¿Solo? —Lopen se encogió de hombros y Rua lo imitó—. Intentan ser buenas personas, vilo. Pero son... ya sabes, alezi. Conquistar pueblos viene a ser su principal acervo cultural. Está llevándoles tiempo aprender a ver las cosas de otra forma, pero sí que empiezan a escuchar. Aceptaron dejarme hablar con vosotros, cuando les expliqué que prácticamente éramos primos, por eso de que las islas Reshi están cerca de Herdaz.

Talik asintió.

—Yo fui de los que les dijeron que os llamaran —dijo Lopen—. Verás, muchos de nuestros pueblos, como Herdaz, Reshi o incluso Thaylenah hasta cierto punto, somos pequeños. Pero está invadido el mundo entero, no solo los sitios grandes. Y muchos pueblos pequeños terminan siendo mucha gente, vilo. Por eso quería hablar con vosotros primero, para pedirlos que escuchéis lo que tienen que decir los alezi.

—Recomendaré al rey que acepte tu consejo, el Lopen —dijo Talik, y le tendió la mano—. Agradezco que seas sincero. No es lo que esperaba encontrar en esta ciudad.

Lopen le estrechó la mano.

—Antes de que me bajes —dijo Talik—, tengo una pregunta un poco... delicada para ti. Nuestro rey, que es uno de mis progenitores, ha pasado por unos cambios físicos bastante extraordinarios en tiempos recientes. Lo han transformado de formas muy drásticas, y al principio creíamos que era un don de nuestro dios, ya que no nació con el aspecto que tiene. Pero ahora sabemos que su transformación está relacionada con un spren al que ha estado viendo. Es por eso por lo que aceptamos hacer un viaje tan largo.

—¡Tu rey es Radiante! —exclamó Lopen—. ¿De qué tipo?

—Puede hacer que el mismo aire parezca incendiarse —dijo Talik—. Y ve a un spren que arde por el interior de los objetos con curiosas pautas en forma de árbol.

—Portador del Polvo —respondió Lopen—. Ya queríamos encontrar a al-

gunos más. Escucha, esto es estupendo. Pero no habléis con los que ya tenemos, ¿de acuerdo? Es complicado, pero nos encantaría que encontréis vuestro propio camino, sin que nadie interfiera.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien, la verdad —dijo Lopen—. Que tu rey hable de ello con Dalinar, ¿de acuerdo? Pero no se lo digáis a nadie más. Es por política. De esa que es un incordio.

—¿Hay alguna que no lo sea?

Lopen sonrió.

—Me caes bien, vilo.

Cogió a Talik de la mano y descendieron hasta el suelo... donde varios amigos de Talik estaban discutiendo a viva voz con unos soldados de Dalinar. Estaban todos rodeados por charcos de furiaspren y gesticulando hacia el cielo. Pobrecillos. Seguro que estaban tristes por no haber podido volar también.

Había llegado Kaladin, así que Lopen tiró de Talik hasta él y se lo presentó.

—Este es mi primo Talik —dijo Lopen, señalando—. Es el hijo del rey, claro. Trátalo bien, gancho.

—Lo intentaré —respondió Kaladin con voz seca—. Espero que la visita a la torre que os ha hecho Lopen haya sido informativa.

—¿Visita a...? —dijo Talik desviando la mirada hacia Lopen, que le hizo unos gestos disimulados para que callara. No era culpa de Lopen que hubiera tardado demasiado en comer y no hubiera llegado a tiempo de recibir a los reshi a su llegada. La culpa era de cómo cocinaba Cuerda—. Sí... ha sido informativa.

—Excelente —dijo Kaladin—. He concertado una reunión de vuestro rey con Dalinar y Navani Kholin, los gobernantes de esta torre. Aunque quizá antes deberíamos ocuparnos de lo que sea que está ocurriendo ahí.

Señaló hacia la discusión que mantenían los soldados del rey reshi. Talik fue hacia ellos a toda prisa para tranquilizarlos, pero Kaladin se quedó con Lopen.

—¿Donde está Huio? —le preguntó.

—Tenía cosas que hacer, así que he venido yo solo.

Kaladin le lanzó una mirada sufrida. Huio y Lopen le habían convencido

de que los reshi reaccionarían mejor si los recibían unos herdazianos, lo cual era cierto. Por tanto, ¿qué problema tenía?

—Contaba con que Huio te refrenaría un poco, Lopen —dijo Kaladin—. No has hecho ninguna estupidez, ¿verdad? Le has preguntado antes de llevártelo volando ahí arriba, ¿no?

—Esto...

—Lopen —dijo Kaladin con voz suave—, tienes que empezar a pensar más en lo que haces y dices. Por favor. Ten más cuidado.

—Lo tendré —prometió Lopen enseguida—. Mira, ha salido todo bien, gancho. Ese tal Talik es buen tipo. Cuida bien de él. Estos reshi tienen un secreto que te interesará, y hasta podrían contártelo, si te portas bien con ellos.

—¿Qué? ¿Y por qué no me lo dices tú?

—No puedo, gancho —respondió Lopen—. Me lo han contado en confianza.

—Lopen —dijo Kaladin con otro de sus suspiros sufridos de capitán del mundo entero—, te envié con este grupo *precisamente* en misión de reconocimiento.

—Claro, y eso he hecho. Pero no puedo revelar sus secretos. Son primos míos, gon.

—No son primos tuyos.

—Herdaz está al lado de Reshi. Así que somos primos.

—Alezkar también está al lado de Herdaz —dijo Kaladin—. Así que yo soy tan primo tuyo como esta gente.

Lopen le dio una palmadita en el hombro y guiñó el ojo.

—Por fin vas dándote cuenta, gancho. Así me gusta.

—Bueno, creo que estamos desviándonos del tema. Tengo que pedirte una cosa. La reina quiere que envíe a unos pocos Corredores del Viento para una misión en...

—¡Oh! —exclamó Lopen—. Elígeme a mí. Quiero hacerlo.

—Pero si no sabes ni cuál es la misión, Lopen.

—Aun así, me presento voluntario —dijo Lopen—. Suena especial.

—Vamos a hacer otra expedición a Akinah.

—¿El sitio ese donde Leyten cayó al océano?

Lyn y Sigzil a duras penas habían podido rescatarlo después de que algo absorbiera su luz tormentosa.

—Ese mismo —dijo Kaladin—. No tenemos muchos recursos libres ahora mismo, pero Navani está convencida de que esa isla esconde algo importante. Así que enviaremos una misión de exploración por barco. Le sugerí que los Corredores del Viento que vayan sepan nadar, por si acaso. Es decir, Huio y tú.

—¡Elígeme a mí!

—Acabo de hacer justo eso.

—Lo sé. Lo decía por recordar viejos tiempos.

—Navani enviará también a una escriba —prosiguió Kaladin—, y deberías hacer caso a sus consejos. También he pensado que estaría bien enviar a Roca. Es de los pocos otros miembros del Puente Cuatro que sabe nadar, y Leyten decía en su informe que había visto unos spren muy raros en las nubes. Podrían tener algo que ver con lo que sea que absorbe luz tormentosa. Convendría llevarlo para que vea a los vacíospre, si intentan ocultarse.

—Roca no querrá ir —objetó Lopen—. La semana que viene es su aniversario de bodas. Podemos llevarnos a Cuerda. Ella también puede ver a los spren, y quiere recorrer más mundo. Además, a Rua le cae bien.

Kaladin lanzó una mirada hacia el honorspren, que estaba dando brincos por el suelo con la forma de un sabueso-hacha a tamaño completo.

—Lopen, estoy preocupado por esta misión. Hay algo que no acaba de encajar. Iría yo mismo, pero...

Lopen lo comprendía. Kaladin ya tenía que repartir su tiempo entre los frentes del sur de Alezkar y Azir. Además, tenía que organizar patrullas para vigilar las flotas de la coalición desde el aire y ocuparse del entrenamiento allí en la torre. Cada vez había más Corredores del Viento, desde que buena parte del grupo original estaba reuniendo sus propios escuderos.

Era demasiado para que un solo hombre le siguiera la pista. Habían superado hacía mucho el punto en el que Kaladin aún podía acompañar a cada equipo para supervisarlos en persona. Parecía que lo destrozaba por dentro tener que soltar riendas.

—Oye, gancho —dijo Lopen, con una mano en el hombro de Kaladin—. Me encargaré de que todo el mundo regrese, ¿de acuerdo? Tú no te preocupes.

—Encárgate de regresar tú también —respondió Kaladin—. Ve a hablar con Huio y Cuerda, a ver si les parece bien. Luego informa a Rushu, la fervorosa a la que acompañaréis. Tiene información sobre unos detalles secre-

tos de vuestra misión que no quiero comentar en público. Después de eso, que tu equipo viaje por Puerta Jurada a Ciudad Thaylen y presentaos en los muelles mañana por la mañana. Y ten cuidado.

—Gancho, yo siempre tengo cuidado.

—¿Ah, sí?

—Pues claro —dijo Lopen, señalándose a sí mismo—. ¿Qué pasa, crees que *esto* sucede por casualidad?

Sonrió de oreja a oreja, hizo una seña a Rua para que lo acompañara y se marcharon a chincar a Huio diciéndole que enviaban a Lopen a una misión especial... antes de ablandarse y contarle que él también podría ir.



RYSN estaba avisada de que no debía confundir nunca las tradiciones navales thayleñas con las *regulaciones* navales thayleñas. Al fin y al cabo, las regulaciones estaban escritas, lo cual las volvía muchísimo más fáciles de modificar. Estaba pensando en eso cuando Nikli y su ayudante la llevaron a bordo del *Vela Errante*. Su barco. Y no su barco. Las dos cosas a la vez.

Era una nave increíble, perfectamente aparejada y construida pensando en la velocidad a partir de una madera creada por moldeado de almas, ligera pero recia. Tenía balistas con braseros para encender los proyectiles e incendiar barcos enemigos, y podía arriar velas con rapidez y maniobrar a remo si se enfrentaba a un arma similar. Era temible en la guerra y veloz en el comercio. Y una parte de Rysn aún no podía creerse que le perteneciera.

Y le pertenecía. Rysn era su dueña, aunque la propiedad de las naves mercantiles thayleñas podía ser un asunto complejo. Vstim, su maestro y amigo, había ordenado que construyeran el barco, pero aceptando fondos de inversión de varias otras personas. Cuando pasó a ser ministro de comercio, había regalado el barco a Rysn, transfiriendo la propiedad pero manteniéndose como el principal inversor.

Buena parte de los beneficios que obtuviera la embarcación irían a los inversores, entre ellos Vstim o sus herederos, pero su maestro le había entregado a ella la escritura de propiedad y el simbólico galón de capitana para colgar con sus colores. Esa era la definición más estricta de propiedad, y nadie iba a disputársela.

Y sin embargo, Rysn jamás había tocado el timón de la nave. No era tan

inocente como para suponer que podría pilotar el barco en persona, pero a Vstim, cuando viajaban juntos, solían ofrecerle timonear la embarcación durante un rato al principio de las travesías. Era un ritual simbólico, pero que Vstim siempre había parecido disfrutar.

Rysn había solicitado ese mismo privilegio en su primera expedición como propietaria, el mes anterior. Aún no comprendía que su *babsk* se había ganado esa prerrogativa después de años y años cuidando de las tripulaciones de sus barcos. La capitana había explicado la diferencia a Rysn con todo lujo de detalles, y sin pararse a tomar aire le había prohibido que volviera a pedirlo nunca más.

Rysn podía ordenar que el barco navegara hasta su destino, pero no podía timonearlo. Era una distinción que nunca había asimilado hasta entonces. Y significaba que, dijeran lo que dijeren los papeles, el barco no era de Rysn. Ella era su dueña. El barco estaba a su disposición. Pero, al menos según la tradición marítima, no era suyo.

Tradición. Era más fuerte que la madera moldeada. Si logaran encontrar la manera de construir barcos a partir de ella, no temerían ningún viento ni oleaje.

La capitana, Dlrwan, era una mujer de corta estatura con la nariz puntiaguda y un cabello inusualmente rubio. Rysn no había reparado hasta hacía muy poco en que las oficiales mujeres eran muy poco habituales en otras armadas. En la thayleña, aunque el grueso de los marineros eran hombres, entrenados para operar las balistas y rechazar abordajes, era frecuente que los barcos estuvieran capitaneados por mujeres. Además, la tradición dictaba que fuesen mujeres tanto la contramaestre como la oficial de derrota.

En el *Vela Errante* los soldados estaban a las órdenes de Kstled, el condestable del barco, que era hermano de la capitana. Tanto la capitana como el condestable hicieron una inclinación formal a Rysn cuando la subieron al alcázar de la nave. Nikli y su ayudante la llevaron en su silla con ruedas hasta su nuevo puesto, un asiento alto atornillado a la cubierta, bajo un parasol. Estaba apartado del timón, pero daría a Rysn una vista excelente tanto de la cubierta principal como del océano a su alrededor.

—¿Qué te parece? —preguntó Rysn a Nikli.

—Tiene muy buen aspecto, brillante —dijo él, frotándose la barbilla—. Tal vez te interese tener una mesa al lado. O mejor, algo con la superficie plana y cajones que puedas cerrar con pestillo.

—Sí que es buena idea —respondió ella.

—Podemos traer una mesita de noche de tu camarote, si quieres —propuso él—. Solo habría que hacerle unos arreglos básicos de carpintería. Intentaremos no molestarte demasiado mientras la instalamos.

Rysn asintió en agradecimiento y luego pidió a Nikli que la trasladara desde su silla con ruedas, que tenía un sitio cerca para atarla, hasta su nuevo puesto. La silla alta contaba con un cinturón de sujeción, que resultaría conveniente para el vaivén de las olas en el océano. También había, a petición de la propia Rysn, unas correas que podía ajustarse en torno a las piernas para que no se movieran si había mala mar, aunque no tenía intención de utilizarlas durante la navegación cotidiana.

Nikli guardó la silla mientras Rysn se ceñía el cinturón. El fornido porteador no dijo nada, pero lanzó una mirada dura a la capitana cuando se acercó. Saltaba a la vista que no le gustaba el trato que recibía Rysn en el barco, aunque nunca había abierto la boca al respecto.

—*Rebsk* —dijo la capitana, dirigiéndose a Rysn mediante su título formal. Significaba «naviera» o «propietaria»—. Te doy la bienvenida a bordo.

—Gracias —respondió Rysn.

—Querría sugerir, de todas formas, que te quedaras en puerto —dijo Dlrwan—. No eres necesaria para esta misión.

Rysn sintió un instantáneo arrebato de frustración.

—¿Qué te hace pensar eso, capitana?

—Tu trabajo es ocuparte de las negociaciones comerciales —dijo Dlrwan—. Esta travesía no va a presentarnos tal necesidad. Es una misión de exploración. Podría haber peligros y, en consecuencia, lo más sensato sería que permanecieras a salvo en el puerto. Podemos transmitirte lo que experimentemos por vinculacaña.

—Tu preocupación por mi bienestar es encomiable —repuso Rysn, controlando la voz con esfuerzo—. Pero me han encomendado esta misión a mí, y pretendo llevarla a cabo.

—Muy bien —dijo la capitana. Se volvió para regresar a su propio puesto, ya que por tradición no necesitaba el permiso de Rysn para retirarse. Y nunca esperaba a recibirlo.

Nikli se acercó y le puso en el regazo a Chiri-Chiri, que estaba dormitando.

—No creo que a la capitana le importe lo más mínimo tu seguridad, bri-

llante —dijo en voz baja—. Lo que pasa es que no le gustas.

—Estoy de acuerdo —convino Rysn, rascando distraída la garganta de Chiri-Chiri mientras miraba a la capitana charlar con el condestable.

—¿Crees que es por... tu situación?

—Es muy posible —dijo Rysn—. Pero lo normal es que la gente se ponga incómoda o condescendiente con las personas como yo, no abiertamente hostil. No todo en la forma en que la gente se relaciona conmigo tiene que ver con mi estado.

Por tanto, ¿cuál era el motivo de que tantos tripulantes estuvieran molestos con ella? Rysn no estaba segura de poder soportar una travesía completa más sin dejar de notar sus ojos puestos en ella.

—Me duele sugerir esto —dijo Nikli—, pero quizá sería mejor retrasar el viaje y buscar una tripulación nueva. Así también tendríamos más tiempo para instalarte la mesa.

Rysn negó con la cabeza.

—Debo aprender a trabajar con esta tripulación. Está compuesta por los marineros más leales y consumados de mi *babsk*. Además, tienen dominado este barco. Ya navegaban en él haciendo trayectos de prueba antes de su encargo formal.

Nikli asintió y se retiró hasta su posición cerca de los escalones a esperar órdenes de Rysn, que siguió rascando a Chiri-Chiri absorta en sus pensamientos. Más abajo estaba llegando el equipo de la reina Navani, compuesto por dos Corredores del Viento, una escriba fervorosa y una joven mujer comecuernos, que tendría alrededor de veinte años y Rysn pensó que debía ser la sirvienta de los demás. Los marineros los saludaron y unos pocos estallaron en vítores.

—Qué reacción más rara —musitó Rysn. Aunque su asiento estaba elevado, la barandilla del alcázar le tapaba la vista en parte. Por desgracia, era una experiencia habitual para ella—. No me esperaba hurras.

—Siempre viene bien tener a un par de Corredores del Viento cerca, *rebsk* —le dijo el condestable, que pasaba por allí—. No se me ocurriría en la vida negar el pasaje a ninguno de ellos.

La presente guerra había demostrado lo vulnerables que eran los barcos a enemigos capaces de volar. Las piedras grandes soltadas desde muy alto podían hundir hasta la embarcación más fuerte. Pero aquella reacción, el entusiasmo de los tripulantes... ¿era posible que encubriese algo? Rysn estaba

entrenada para buscar una emoción desmedida en los negocios. A veces alguien se esforzaba demasiado en vender un producto o una idea. La reacción de los marineros le había recordado a eso.

—¿Capitana? —llamó de nuevo Rysn a Dlrwan—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué tiene tan nerviosos a los marineros?

—Es... No es nada, *rebsk* —respondió la capitana.

Rysn entornó los ojos. Aunque al principio no le había chocado, porque la capitana podía ser una mujer bastante ostentosa, ese día Dlrwan llevaba su uniforme formal de vestir, de un riguroso blanco y centelleante por las medallas. También se había puesto un tricornio avasallador, bajo el que ondeaban sus rizadas cejas. Aunque Dlrwan se había retirado del servicio militar oficial, la armada y la marina mercante eran en realidad dos lados del mismo naípe, que compartían rangos y condecoraciones.

El uniforme que llevaba puesto ese día era una demostración de fuerza. Un símbolo.

—Dímelo de todos modos —insistió Rysn.

Dlrwan suspiró.

—La mascota del barco ha aparecido muerta esta mañana.

La mascota en cuestión era una anguila aérea, conveniente para cazar ratas. Rysn sabía por su anterior travesía que a casi toda la tripulación le había gustado tenerla.

—Mal augurio —murmuró Kstled desde atrás.

El comentario hizo que Dlrwan lo fulminara con la mirada. Los thayleños modernos no eran tan supersticiosos como sus antepasados, o por lo menos se suponía que no debían serlo. En los últimos tiempos se habían vuelto devotos vorin. Y la llegada de los Portadores del Vacío, cuyas costumbres y cultos se parecían demasiado a las Pasiones y a la pompa thayleña, no había hecho ningún favor a las antiguas religiones. La misma Rysn se había apartado de esa forma de pensar, y procuraba dar más intencionalidad a sus creencias.

De todos modos, en teoría los thayleños no hacían ningún caso a los augurios. Se suponía, sobre el papel, que esas cosas eran solo paparruchas. Pero la tradición era poderosa y, allá fuera en el mar, los logispren podían parecer unos seres muy lejanos.

—¿Y tener a Corredores del Viento a bordo es buen augurio? —preguntó Rysn.

Kstled asintió, sus cejas lisas y sujetas tras las orejas.

—Podría decirse que son... un sustituto de la anguila aérea muerta. Un augurio que contrarresta el de esta mañana.

—Son todo bobadas —terció la capitana—. He avisado muchas veces a la tripulación de que no toleraré ese tipo de habladurías.

—Ciertamente eres sabia —repuso Rysn—. Dime, ¿la tripulación está informada de nuestro destino?

—Lo está.

—¿Y han expresado alguna inquietud?

La capitana dio un bufido.

—Tenían instrucciones, previas a la revelación, de que no habría debates ni protestas. La reina Fen en persona envió un mandato en apoyo de esta misión. Por tanto, estamos comprometidos con ella.

—Ya veo —dijo Rysn—. Haz saber mi voluntad a la tripulación. Explícales que, si alguien tiene recelos sobre nuestro destino, pueden quedarse atrás sin castigo alguno y volver con nosotros cuando regresemos.

Dlrwan apretó los labios. No le gustaba que Rysn diera órdenes sobre los tripulantes, por mucho que estuviera en su derecho.

—Así se hará, *rebsk* —respondió Dlrwan, e hizo un asentimiento a su hermano, que se inclinó hacia Rysn y se marchó a hacer correr la voz. La capitana añadió—: Esto podría retrasar la misión.

—Pues que así sea —dijo Rysn—. Sé que los marineros aún no están muy convencidos de seguirme, por mi inexperiencia.

—Vstim te escogió y te entregó este barco como señal de su favor. Ningún tripulante hablaría en tu contra.

«Pero eso no desmiente del todo lo que acabo de decir, ¿verdad, capitana?»

En ese momento se le ocurrió una idea. Había estado analizando toda aquella experiencia, la de que Vstim le regalara el barco y su ascenso a *rebsk*, desde su propio punto de vista. Pero le habían enseñado que debía estudiar las interacciones de otro modo. ¿Qué era lo que quería la capitana? ¿Por qué estaba insatisfecha?

«Has pensado la respuesta hace un momento —se dijo Rysn—. El barco se encargó mucho antes de que te lo dieran. Esta tripulación ya llevaba meses navegando en él. Y entonces...»

—Capitana —dijo Rysn—, ¿sabías que Vstim iba a retirarse antes de que

lo hiciera?

—Él... me habló de ello. Y a otros que estaban a su servicio.

—Y sin embargo, encargó un barco nuevo. Uno muy costoso, la joya de su flota. El mejor que ningún mar había conocido jamás. Te pidió que entrenaras a una tripulación, que practicarais navegando en él.

—¿Y?

—Creíste que iba a dártelo a ti, ¿verdad? —preguntó Rysn, suavizando el tono—. No caíste en la cuenta de que planeaba regalármelo a mí.

La capitana se envaró.

—Ningún marinero supondría jamás que un hombre como Vstim iba a darle un barco sin más.

—Pero debió de comentarte que iba a limitarse a una posición de inversor, ¿me equivoco? —insistió Rysn—. Sabía que iba a recibir un nombramiento de la reina y no podría seguir haciendo expediciones. Así que os preparó a todos por adelantado. Siempre cuida de sus empleados.

La capitana, sin mirar a Rysn a los ojos, hizo un atisbo de asentimiento casi imperceptible.

«Tormentas, eso es. Ya sé el motivo.» El ascenso repentino de Rysn y su llegada al barco como su nueva propietaria debía de haber pillado por sorpresa a toda la tripulación. Seguro que Vstim no los había preparado para eso, no sin estar convencido de que Rysn aceptaría el puesto.

Rysn llevaba todo el día dando vueltas en la cabeza a que el barco no era suyo de verdad. Dlrwan debía de haberse pasado la travesía anterior entera pensando exactamente lo mismo.

—¿Se te ofrece alguna otra cosa, *rebsk*? —preguntó la capitana.

—Nada más —dijo Rysn—. Gracias.

La capitana se marchó a observar mientras su hermano reunía a los tripulantes para transmitirles la orden de Rysn. Nikli, que siempre intentaba ser útil, le llevó una copa de algún vino naranja, nada embriagador.

—¿Has oído eso? —le preguntó Rysn.

—¿Que son todos unos críos mimados, furiosos porque alguien se ha atrevido a ganarse una posición por encima de la suya?

—Esa es una forma muy superficial de verlo, Nikli —dijo Rysn, dando un sorbito al vino.

—Eh... Lo siento, brillante. Solo quería mostrarte mi apoyo.

—Puedes apoyarme sin descalificar a otros —respondió Rysn—. En vez

de eso, piensa en cómo estarán sintiéndose. No llevas mucho tiempo trabajando para mí, así que es posible que no estés al tanto de mi reputación.

—He oído que fuiste una aprendiz complicada.

—¿Complicada? —dijo Rysn, sonriendo—. Yo sí que era una cría mimada, Nikli. Protestaba por todas las expediciones a las que me unía, a pesar de estar recibiendo el mejor trato posible por parte de mi maestro, uno de los mercaderes de más renombre en toda la nación. Los marineros que servían a Vstim tuvieron que ver con sus propios ojos qué clase de persona era yo por aquel entonces. Aunque ninguno de estos lo hiciera, seguro que lo habrán oído.

—Todo el mundo es un poco engreído de joven.

—Cierto —respondió Rysn—, pero aun así no te haría mucha gracia que a esa joven engreída le dieran el barco que creías que iba a ser tuyo.

Rascó a Chiri-Chiri bajo el cuello un poco más, obteniendo a cambio unos leves trinos de satisfacción.

—Entonces... ¿qué hacemos? —preguntó Nikli.

—Haré lo que hizo Vstim —dijo Rysn—. Dedicaré mi vida a ganarme la confianza de quienes me rodean. Supongo que la capitana cree que podría hacer el trabajo de una maestra comerciante, pero encontraría las negociaciones mucho más difíciles de lo que espera. Vstim tiene sus motivos para confiar en mí. Solo tengo que demostrar a la tripulación, por medio de mis actos, que esa confianza es acertada.

—No sé yo, brillante —dijo Nikli. Se volvió para mirar hacia la tripulación congregada alrededor del condestable, que estaba hablándoles en voz muy alta—. Creo que les concedes demasiado el beneficio de la duda. Recuerdo cómo me trataron estos marineros en nuestro viaje anterior. No les caigo bien. Llevo unos tatuajes raros y soy extranjero. He intentado hablar con ellos, pero...

—La tripulación de un barco es una familia —dijo Rysn—. Pueden mostrarse hostiles ante los extraños. Yo también lo he notado. Pero si de verdad quieres encajar entre ellos, pregunta a Flend, que es quien tiene turno de día en el nido de anguilas, si ha visto alguna vez un marinerospren.

—¿De qué servirá eso? —preguntó Nikli, frunciendo el ceño.

—Debería hacer que Flend iniciara una pequeña jugarreta ritual que suelen hacer a los marineros nuevos. Les encanta hacer novatadas con ese viejo truco.

—Novatadas —dijo Nikli—. Brillante, me parece una idea de muy mal gusto. No deberíamos incentivar ese comportamiento.

—Tal vez —respondió Rysn—. A mí al principio me pareció una crueldad. Pero entonces oí hablar de las novatadas que hacían antes. Eran casi siempre humillantes, y a veces peligrosas. Después de hablar con mi *babsk*, empecé a darme cuenta de una cosa. A veces tienes que aceptar un trato que no quieres, porque es mejor que la alternativa.

»En un mundo perfecto, no se harían novatadas a nadie. Pero al leer sobre los intentos de los militares de acabar con esas prácticas, me enteré de que hacerlo provocó más percances. Prohibir las novatadas hizo que los marineros temieran ser descubiertos, pero no les impidió seguir actuando a escondidas y sin previo aviso, lo que las volvía más peligrosas. Así que lo que hicieron fue fomentar unos actos mucho más seguros, a los que los oficiales hacían la vista gorda.

—Una cesión en términos éticos —dijo Nikli.

—Una solución imperfecta para un mundo imperfecto —replicó Rysn—. No voy a obligarte, por supuesto. Pero si quieres empezar a conocer a los demás, prueba con mi consejo. Hazte el tonto con su broma y yo te incrementaré el salario para compensar la cantidad que te estafen, que no será grande. Saben que no deben pasarse mucho.

Nikli se retiró, con aspecto pensativo, mientras Kstled por fin volvía al alcázar. La capitana llegó también mientras el condestable informaba a Rysn.

—Solo tres tripulantes han aceptado la oferta, *rebsk* —dijo Kstled—. Y creo que podemos zarpar sin ellos. Últimamente llevamos una dotación mayor por si nos atacan, y esos dos Radiantes compensarán con creces la pérdida de tres espadas. Aunque Nlan, el cocinero, está entre los que han decidido quedarse en tierra.

—Eso supondrá un problema —dijo Dlrwan.

—Lo mismo pensaba yo —convino Kstled—, pero los Radiantes dicen que su acompañante es una cocinera de primera categoría. Podría servirnos.

—Solucionado, entonces —dijo Rysn—. ¿Capitana?

—La tripulación está lista, *rebsk*. Solo tienes que dar la orden.

—Zarpemos, pues.



INCLUSO con los vientos más favorables, llegar por mar desde Thaylenah a Aimia costaría semanas enteras. Por suerte, Rysn tenía cosas de sobra con las que mantenerse ocupada. Había futuros acuerdos comerciales que empezar a preparar, y comunicaciones de personas paralizadas a lo largo y ancho del mundo que responder. Rysn esperaba con toda su alma tener algún día la ocasión de conocer en persona a aquellas corresponsales tan amistosas.

El barco se refugiaba en calas durante las altas tormentas y las tormentas eternas, lo que permitía a Rysn hacer breves desembarcos para enviar cartas por vinculacaña. Aunque el *Vela Errante* estaba construido para sobrevivir a las tormentas, navegar por ellas seguía siendo algo que solo estaban dispuestos a hacer en caso de emergencia.

Con el paso de los días, Rysn intentó saber más sobre la gente del barco, aunque era difícil entablar conversación con los tripulantes. Identificaba su resentimiento como una forma de empatía hacia su capitana, a quien creían que debía haber pasado el barco. Pero incluso sin ese resentimiento, hablar con ellos habría resultado incómodo. Ella era su *rebsk*, más inaccesible que un oficial. Cuando intentaba conversar con ellos, le daban respuestas vagas o iban quedándose callados.

El Lopen no tenía ese problema en absoluto.

Era un hombre fascinante. Rysn había imaginado cómo serían los Radiantes y los había visto desde lejos, pero no había conocido a muchos. Con el que había tenido más experiencia era el hombre solemne y parco en palabras al que había visitado para ver si podía sanarle las piernas. El Radiante

le había explicado que no podía curar lesiones que tuvieran más de unos meses. Se había mostrado distante, a pesar de su evidente compasión por el estado de Rysn.

Había visto a los Corredores del Viento volar por los aires y los había tomado por poderosos guerreros. Leyendas del campo de batalla que inspiraban al resto con sus actos audaces y sus gestas heroicas. Míticos. Como tallados en piedra, esculpidos igual que las estatuas de los templos de los Heraldos en Ciudad Thaylen.

—El caso —le dijo el Lopen, haciendo cabriolas a cuatro patas alrededor de la silla de Rysn— es que hacen falta dos manos para ir por el suelo como es debido. A mí se me ocurrió una versión propia, claro, cuando era manco. Pero era más bien como arrastrarme. ¿Lo ves?

Empezó a moverse con una sola mano en el suelo y la otra detrás de la espalda.

—A mí... me resulta muy parecido a ir por el suelo, Radiante el Lopen —repuso Rysn.

—Pero es distinto —afirmó el Lopen—. Créeme, echaba mucho de menos poder hacerlo.

—¿Echabas de menos ir a cuatro patas?

—Claro. Estaba tumbado en la cama y pensaba: «Lopen, antes eras todo un prodigio de ir a cuatro patas. Estos patanes no saben la suerte que tienen, pudiendo ir a cuatro patas siempre que les da la gana».

—Si yo recuperara el uso de las piernas, no me imagino deseando hacer algo tan tonto como arrastrarme por ahí.

El Radiante se dejó caer a la cubierta junto a la silla de Rysn, rodó y se quedó mirando hacia arriba.

—Ya, puede ser. Pero está bien que la gente se ría de ti por las cosas que haces, no por cosas que no puedes controlar, ¿sabes?

—Eh... Sí. Creo que lo sé.

El barco se escoró por una ola. Ese día el mar estaba algo picado, aunque no había ninguna tormenta prevista. Los olaspren danzaban sobre las puntas de cumbres blanquecinas en un campo de titilante azul. Rysn estaba sentada en su acostumbrado puesto del alcázar, muy a popa, apartada en su rincón bajo el parasol y con las correas apretadas. Nikli había cumplido su palabra y Rysn disponía de una mesita de noche a su derecha, atornillada a la cu-

bierta, con un gabinete que se podía cerrar con pestillo para guardar libros y material de escritura.

La capitana lanzaba una mirada al asiento cada vez que pasaba, y Rysn podía percibir lo que estaba pensando. Qué lugar más poco práctico. Sentada allí, Rysn estaba expuesta al viento y a la esporádica salpicadura de agua marina. ¿Por qué no se quedaba en su camarote, como le había sugerido Dlrwan?

La gente decía cosas como esa sin inmutarse, mientras a ellos mismos los azotaban el aire y el agua salada, sin ver jamás la hipocresía en sus palabras. Rysn quería estar arriba, donde los demás pudieran verla y ella pudiera contemplar el horizonte. Quería escuchar los sonidos del mar, las rociadas, los golpes y las voces de los marineros mientras faenaban.

Cerca de ella, la escriba de la reina Navani, una esbelta fervorosa llamada Rushu, estaba arrodillada delante de una caja, trasteando con unos fabriales. Aunque llevaban ya unas semanas de travesía, Rysn aún no había recibido la demostración de esos fabriales que se le había prometido... pero ojalá sucediera ese mismo día.

—En fin... —dijo el Lopen en alezi, todavía tumbado cerca del asiento de Rysn y mirando las nubes—. ¿Te sabes algún chiste bueno sobre thayleños sin piernas?

—Ninguno que merezca contarse.

—Seguro que los chistes de cojos son más fáciles —dijo el Lopen—. ¿Cómo se llama un thayleño al que le falta una pierna? ¿Thaytocón? Qué va, no sirve: no se parece lo bastante a un nombre de verdad. A ver, que piense...

—Lopen —intervino Rushu mientras trabajaba—, no deberías atormentar a la brillante Rysn con tu cháchara.

El Lopen asintió con aire distraído. Entonces abrió los ojos de sopetón.

—¡Ya lo tengo! ¿Por qué estaba despierto el thayleño sin piernas? Porque no podía pier-noctar. ¡Ja! ¡Eh, Huio, escucha esto!

A Rysn se le escapó una sonrisa mientras el Lopen contaba el chiste en herdaziano a su primo, un hombre bajito y calvo con la cara ancha y redonda y los brazos musculosos. Tuvo la impresión, por sus limitados conocimientos del idioma herdaziano, de que a continuación el Lopen tuvo que explicar la gracia, lo que arruinó el chiste por completo. Pero aun así, la for-

ma de hablar que tenía el Lopen, su entusiasmo, su insistencia en ser visto y no ignorado, relajó a Rysn. Incluso la animó.

Su primo, en cambio, era un hombre callado. Rysn se había sorprendido al ver que el Radiante Huio pasaba casi toda la travesía hasta el momento ayudando con diversas tareas de a bordo. Hacía nudos y manejaba los aparejos como si hubiera nacido en un barco. Huio se limitó a responder con una sonrisa amable al chiste del Lopen y siguió desenredando la soga en la que trabajaba. Era una labor degradante, que solía asignarse a algún marinero que hubiera dormido hasta tarde, pero allí estaba todo un Caballero Radiante haciéndola sin que nadie se lo pidiera.

—Lopen —intervino de nuevo Rushu—, eso no ha sido nada apropiado.

—No pasa nada, fervorosa Rushu —dijo Rysn.

—No deberías tener que escuchar esas cosas, brillante —respondió la fervorosa—. No está bien burlarse de tu dolencia.

—Lo que no está bien —dijo el Lopen— es cómo nos trata la gente a veces. Rysn, ¿alguna vez te preguntan cómo ocurrió? ¿Y luego se enfadan si no quieres hablar del tema?

—A todas horas —dijo ella—. Por los ojos de Ash, no paran de pincharme, como si yo fuese un acertijo que existe solo para entretenerlos. Otros se quedan callados conmigo, incómodos.

—Exacto. A mí antes me molestaba mucho que la gente pensara que iba a romperme en cualquier momento.

—Como una especie de jarrón muy frágil que se caerá del estante si lo mueves. No pueden verme a mí. Solo ven la silla.

—Se incomodan un montón —prosiguió el Lopen—. No quieren mirar, y no quieren sacar el tema, pero se queda flotando sobre la conversación como un tormentoso spren. Pero si te sabes el chiste adecuado...

—La brillante Rysn no debería tener que contar chistes sobre ella misma para que los demás estén más a gusto con sus propias inseguridades personales.

—Ajá, muy cierto —dijo el Lopen—. No *debería* tener que hacerlo.

Rushu hizo un escueto asentimiento, como si acabaran de darle la razón. Pero Rysn había captado el tono en la voz del Lopen. Ella no debería tener que hacer esas cosas, pero la vida era injusta, así que una tenía que controlar la situación como mejor pudiera. Era raro hallar tanta sabiduría en un

hombre al que al principio había tomado por tonto. Lo observó tendido en cubierta y el Radiante alzó un puño en gesto de solidaridad.

—Radiante el Lopen —dijo Rysn—. Esto... ¿Qué se le dice a una thayleña que no puede andar?

—Ni idea, gancha.

—De todo. Pero desde lejos.

El Lopen sonrió de oreja a reja.

—Claro que... yo dormiría a pierna suelta igualmente —añadió Rysn.

El Lopen casi se murió de la risa. Llamó a su primo de nuevo y le tradujo los chistes. En esa ocasión Huio soltó una risita.

Rushu dio un bufido, pero se acercó a Rysn llevando una caja de gemas y jaulas de alambre.

—Muy bien, brillante. Ya estoy lo bastante preparada para hacerte una demostración.

—Conociéndote, sela —dijo el Lopen a la fervorosa—, seguro que ya estabas preparada ayer, y anteayer, y el día antes. ¿Qué ha pasado? ¿Te distrajiste preguntándote cómo pueden respirar los peces?

—Ya sabemos cómo respiran los peces, Lopen —respondió Rushu mientras colocaba su equipo en la mesa de Rysn. Entonces se sonrojó—. Me... distraje leyendo un estudio nuevo sobre una curiosa interacción entre los llamaspren y los logispren. Están haciéndose unos descubrimientos interesantísimos. Mis disculpas, brillante. Tiendo a dejar que los días vuelen de vez en cuando. Pero ya estoy preparada.

Entregó a Rysn un aro plateado con medio rubí resplandeciente engarzado.

—Sostenlo delante de ti, con el brazo recto. Exacto, justo así.

Rushu dio un paso atrás y levantó otro aro muy parecido.

—Ahora gira el armazón de la gema para emparejarlos.

Rysn obedeció. Rushu soltó su aro, que se quedó flotando en el aire. Rysn notó el aro que sostenía un poco más ligero que antes de conjuntarlos.

—Seguro que ya conocías esta aplicación práctica de los rubíes —dijo Rushu, metiéndose bajo el parasol—. A partir de esto se crean las vincula-cañas. Es posible hacer que las dos mitades de un rubí, conteniendo las dos mitades de un mismo spren, se muevan en armonía una con la otra.

»No obstante, poca gente sabe que las gemas también pueden emparejarse para que sus movimientos sean *opuestos* entre sí. Lo normal es usar ama-

tistas para eso, pero los rubíes también funcionan, y tenemos de sobra gracias a las haciendas de las Llanuras Quebradas. Ahora mueve tu aro como te parezca, pero con cuidado, porque el otro rubí parejo podría no hacer lo que esperas.

Y en efecto, cuando Rysn hizo bajar su aro, el que estaba flotando se elevó en el aire. Al mover el suyo hacia la izquierda, el otro se desplazó a la derecha. Parecía ser una transposición perfecta.

—Esto lo sabemos desde hace tiempo —explicó Rushu—. Nuestras creaciones recientes tienen más que ver con la aplicación que con la innovación. Hemos dedicado meses a desarrollar armazones para fabriales que no fuerzan las gemas en exceso, y estamos empezando a crear entramados que permiten a un gran número de ellas funcionar en conjunto.

»Así es como construimos las plataformas voladoras. Cada una tiene un entramado de rubíes emparejados con otra estructura situada en una posición conveniente, como por ejemplo en una meseta con un precipicio escarpado. Podemos hacer que descienda el entramado del precipicio y, al hacerlo, elevar el que está en un campo de batalla lejano y proporcionar así una plataforma para vigías o arqueros.

—Pero las vinculacañas no funcionan en barcos que están navegando —objetó Rysn, sin dejar de mover su aro y observar cómo reaccionaba su otra mitad—. ¿Por qué esto sí?

—Bueno, el problema de las vinculacañas es que un barco no para de balancearse y desplazarse —explicó Rushu—. Si pones una en tu regazo y escribes, quizá te dé la impresión de que está muy estable, pero, como el barco se mueve tanto, la caña del otro extremo se bamboleará de un lado a otro y también de arriba abajo. Hemos establecido que, sencillamente, hay demasiado movimiento para poder usar bien las vinculacañas de este modo. En cambio, ahora mismo los dos aros están en el mismo barco. Se balancean juntos, se desplazan juntos.

—Pero cuando el barco desciende —dijo Rysn, y señaló el otro anillo—, ¿ese de ahí no debería subir?

—Sí, en teoría sí —respondió Rushu—. Pero no lo hace. Solo se ve afectado por tus movimientos. Creemos que ese efecto está relacionado con el marco de referencia, aplicado a la persona que mueve el aro. Cabe resaltar aquí que los spren tienen una relación muy peculiar con nuestra percepción de ellos y de sus movimientos. *Tú* ves los dos aros en el mismo marco de

referencia, así que actúan juntos. Es por eso mismo por lo que la traslación y la curvatura del planeta no influyen en las vinculacañas.

»Se ha demostrado imposible que una persona que opera una vinculacaña en un barco se vea a sí misma en el mismo marco de referencia que la persona que recibe la comunicación. Quizá exista alguna forma de poder entrenarnos para hacerlo, pero nadie la ha descubierto. De hecho, incluso el tamaño del barco puede influir en estas cosas. Si probaras este experimento en una barca de remos, por ejemplo, el resultado podría ser distinto.

Eso... no tenía mucho sentido para Rysn. Pero aun así, era evidente que el vaivén del barco no afectaba a los dos aros. Ambos se movían con él, en lugar de que un aro se quedara atrás, o de que se viera impulsado decenas de metros en la dirección opuesta a medida que el barco avanzaba.

Fabriales. Al *babsk* de Rysn siempre le habían fascinado. Tal vez ella debiera haberlo imitado en eso.

—¿Y de qué servirá todo esto? —preguntó el Lopen, incorporándose junto al asiento de Rysn—. ¡Ya sé! Vamos a pegarle esas cosas en las piernas y luego haremos que otra persona camine por ahí, ¡y así parecerá que ella está andando!

—Hum... —dijo Rysn—. Pensábamos más bien en hacer que su asiento levitara.

—Oh —dijo el Lopen—. Tiene mucho más sentido.

Pero parecía decepcionado de todos modos.

Rysn negó con la cabeza.

—Ya entiendo por qué la brillante Navani se resistía a prometerme nada. Si hiciéramos que mi silla flotara, tampoco me serviría de mucho, ¿verdad? La silla tendría que estar conectada a un entramado de gemas, y si entonces yo quisiera avanzar, alguien tendría que mover ese entramado. Así que seguiría necesitando porteadores y ayudantes.

—Por desgracia, sí, brillante —dijo Rushu.

Rysn trató de que no se le notara la decepción en la cara. El mundo estaba convirtiéndose en un lugar rebotante de maravillas, de hombres y mujeres que volaban por los aires, de barcos contruidos con pararrayos en los mástiles. A veces, parecía que todo estaba progresando a un ritmo demencial.

Y sin embargo, nada de ello parecía servir para ayudarla a ella. La sanación era impresionante... siempre que las heridas fuesen recientes. Los fa-

briales eran increíbles... siempre que se dispusiera de personal para operarlos. Rysn se había permitido empezar a soñar con una silla que pudiera dirigir bajo su propio poder, sin necesidad de que la llevaran de un lado a otro como un rollo de lona.

«Ten cuidado —pensó—. No vuelvas a hundirte en ese letargo de inactividad.» Lo cierto era que su vida había mejorado. Había aprendido a cambiar su entorno para adaptarlo a sus necesidades. Por las mañanas se vestía con facilidad utilizando sus ganchos. ¡Y tenía su propio barco! Bueno, era propietaria de un barco. En cualquier caso, seguía siendo mejor que estar sentada en un soso despacho haciendo cuentas.

—Gracias por la demostración, fervorosa Rushu —dijo—. Es una tecnología fascinante, aunque su aplicación no parezca encajar con mis necesidades.

—Bueno, la brillante Navani me encargó hacer una lista de experimentos —respondió Rushu—. Ha estado pensando en cómo podría ayudar esto en tu situación concreta. A lo mejor querrías tener una vista tan espectacular como desde el nido de anguilas. O quizá podamos fabricar un pequeño elevador para subirte y bajarte del alcázar. Eso sería posible con unos contrapesos y un cabestrante al que dé cuerda cada cierto tiempo un marinero.

Resultaba una propuesta insulsa en comparación con sus sueños, pero Rysn se obligó a sonreír.

—Gracias. Me gustaría estar disponible para esos experimentos.

Rushu desactivó los aros y los devolvió a su caja, junto con varias otras piezas de maquinaria entre las que se encontraban varias láminas de un metal plateado con distintos grosores.

—Aluminio —explicó al ver que Rysn echaba un vistazo al interior de la caja—. Bloquea la comunicación por vinculacaña, hecho que hemos descubierto hace muy poco. Navani quiere que experimente para determinar lo grueso que debe ser el aluminio para funcionar, y también que estudie si afecta de algún modo a cómo los rubíes parejos reaccionan, o no reaccionan, a los movimientos naturales de un barco. Hasta tengo una lámina del grosor del papel, para... Vaya, estoy poniéndome demasiado técnica, ¿verdad? Lo siento. Tengo cierta tendencia a hacerlo.

Miró a Rysn y luego al Lopen, que estaba sentado rascándose la barbilla.

—Un momento —dijo él—. Vuelve atrás. Necesito una explicación.

—Lopen —respondió ella—, no creo que sea capaz de...

—¿Cómo respiran los peces?

Rysn sonrió al ver la irritación de la fervorosa. Rushu creía que era broma, pero el Lopen parecía interesado de verdad mientras la agobiaba con sus exigencias.

Un movimiento repentino distrajo a Rysn en el momento en que Kstled subió al alcázar a toda prisa y susurró algo a la capitana, que había estado charlando con el timonel de turno. Rysn se fijó en ellos, en el rostro preocupado de Kstled y en lo rápido que la capitana torcía el gesto.

¿Se acordarían de informarla a ella, ocurriera lo que ocurriese? La capitana dio una orden y empezó a bajar los peldaños. A media escalera se detuvo para echar un vistazo a Rysn... y reparó en que Rysn tenía la mirada fija en ella.

Así que la capitana, con cara de fastidio, subió de nuevo y trotó hacia ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rysn, ansiosa—. ¿Algo va mal?

—Moldeado de alma oscuro —dijo la capitana—. Y malos augurios. Quizá deberías verlo con tus propios ojos, *rebsk*.



CUERDA, la joven comecuernos, metió la mano en el tonel y la sacó para dejar que los gruesos granos de lavis se escurrieran entre sus dedos. Al hacerlo se revelaron los gusanos, que, aunque en general eran del mismo color que el grano, empezaron a desenroscarse y retorcerse en la superficie antes de hundirse de nuevo.

—¿Están en todos los toneles? —preguntó Rysn.

—En todos y cada uno de ellos —respondió Kstled, e hizo un gesto con la cabeza a sus marineros para que abrieran otros dos toneles.

—Vine a coger grano para comida —dijo la comecuernos en un alezi con mucho acento—. Y descubrí. Están... todos esta cosa.

Rysn miró atribulada cómo los marineros confirmaban la presencia de gusanos en los otros toneles. Llevaba tiempo queriendo charlar un rato con Cuerda, pero la mujer apenas salía de la cocina, donde ayudaba a alimentar a la tripulación. Eso había reforzado la suposición inicial de Rysn de que era una sirviente. Pero los Radiantes no trataban a Cuerda como tal. Por tanto, ¿quién era y por qué estaba allí?

—El grano está maldito —murmuró Kstled—. Moldeado de almas oscuras, provocado por las Pasiones malvadas durante la tormenta.

—O bien —dijo Rysn, tratando de mantener la sensatez— es solo que compramos suministros que tenían larvas y no nos dimos cuenta.

—Lo revisamos todo a conciencia —replicó Kstled—. Siempre lo revisamos. Y fíjate, este primer tonel lo traíamos desde el principio, subido a bor-

do en Ciudad Thaylen. Este otro era de los primeros reabastecimientos, y este de aquí lo compramos anteayer. Ahora todos tienen gusanos.

Rysn vio que los otros dos marineros asentían y murmuraban sobre el moldeado de almas oscuro. El grano con gusanos no era lo peor que podía ocurrirles; muchos marineros habían comido cereal en ese estado durante trayectos largos. Pero ¿la aparición repentina, tan pronto después de abastecerse por última vez, de unos gusanos que habían infestado todos sus toneles? Eso lo considerarían un augurio.

Era un concepto antiguo, procedente de la superstición thayleña. Se decía que las Pasiones cambiaban el mundo.

—La generación espontánea está más que refutada, condestable —dijo Rysn a Kstled—. Esto no ha ocurrido porque tenemos una especie de moldeador de almas oscuro a bordo.

—Puede que haya ocurrido por el rumbo que llevamos —respondió él—. Los hombres tienen unos sueños terribles, llenos de premoniciones, y sus Pasiones temerosas crean augurios.

Los otros marineros asintieron de nuevo. Tormentas, entre aquello y la muerte de la mascota del barco la víspera de hacerse a la mar... bueno, hasta la propia Rysn casi se lo creía.

Tenía que dar la vuelta a aquella actitud, y deprisa.

—Kstled, ¿cuántos de la tripulación están al corriente de esto?

—Todos ellos, *rebsk* —respondió él, lanzando una mirada a la mujer comecuernos.

—Mis lamentos —dijo Cuerda—. No sabía que esta cosa era... que era malo... Pregunté a los otros...

—Lo hecho, hecho está —zanjó Rysn, y se volvió hacia Nikli—. A mi camarote, deprisa.

El porteador tatuado y su ayudante se apresuraron a llevarla desde la bodega a las cubiertas superiores. Sí, Rysn podía imaginar lo conveniente que sería tener un pequeño elevador que funcionara mediante fabriales.

Cuando llegó a la puerta de su camarote, encontró al Lopen esperándola.

—¿Ocurre algo, gancha?

—La comida se ha echado a perder en la bodega —dijo Rysn. Nikli sostuvo su silla mientras el ayudante abría la puerta—. Tengo que hacer algo al respecto rápido.

—Podría ir volando a algún puesto de avanzada —propuso el Lopen, si-

guiéndola al camarote—. Enlazar más grano al aire y traerlo hasta aquí.

—Es una sugerencia viable —dijo Rysn mientras Nikli la acomodaba en su escritorio. Empezó a rebuscar entre los cuadernos que tenía en el cajón de abajo. Chiri-Chiri asomó la cabeza de su caja, medio dormida, y dio un trino preocupado—. Pero me parece que necesitamos una solución distinta.

Sacó un cuaderno concreto y asintió mirando a Nikli, que hizo una inclinación y se retiró con su ayudante para esperar fuera. El Lopen se quedó en el camarote, apoyado al lado de la puerta, que se cerró con un chasquido. Rysn lo observó. Parecía siempre tan relajado que era fácil subestimarle.

—Esto no es solo por la escasez de comida, gancha —adivinó.

—Una observación astuta —dijo Rysn, pasando páginas de su cuaderno—. Uno de los peligros más graves en el mar es permitir que tu tripulación se aparte de ti.

—Como aquella tripulación del barco fantasma —dijo Lopen—, que parecía haberse apartado de todo el mundo.

—No me refería a algo tan drástico —respondió Rysn—. Pero nuestra situación podría volverse arriesgada muy deprisa si la tripulación empieza a pensar que los he traído a una misión suicida.

Era uno de los problemas de la vida marítima. A veces una tripulación excelente y bien entrenada se amotinaba. Su *babsk* le había hablado de ello, y Rysn se había dedicado a leer una historia tras otra sobre el tema. Cuando una tripulación pasaba tanto tiempo en el océano, aislada, sus emociones empezaban a influir unas en otras. Cosas que resultaban irracionales en los buenos tiempos empezaban a parecer razonables. Las emociones podían adoptar una vida propia, como los spren, y de pronto una buena tripulación se ponía histérica.

Las mejores defensas contra eso eran la disciplina y actuar deprisa. Buscó en el cuaderno las notas de una expedición mercantil concreta a la que había ido con Vstim unos años antes. En esos tiempos Rysn era una niña malcriada, pero al menos había sido el tipo de niña malcriada que apuntaba lo enfadada que estaba.

«Aquí está», pensó al encontrar las anotaciones. Había sido una expedición a las tierras salvajes de Hexi. Vstim había comprado grano con gusanos en Triax por unos pocos chips, y Rysn había pensado que estaba loco. ¿Quién querría comprar un grano lleno de gusanos?

Pero, como de costumbre, los actos de Vstim habían incluido una lección

explícita para ella. El comercio no consistía solo en comprar cosas y venderlas, había insistido su *babsk* una y otra vez. Consistía en buscar una necesidad que no estuviera satisfecha. Era una especie de moldeado de almas: coger unos restos sin valor y transformarlos en la más brillante de las gemas. Vstim había hecho que Rysn apuntara una lista de lugares que...

—Tráeme a la capitana —dijo Rysn distraída mientras desenrollaba un mapa.

No se dio cuenta hasta después de que el Lopen se marchara de que acababa de dar una orden a un Caballero Radiante. ¿Quizá se sentiría insultado? Pero cuando el Lopen regresó acompañado de Dlrwan, no parecía ofendido en absoluto. Solo puso cara de curiosidad al mirar el mapa por encima del hombro de Rysn.

—¿*Rebsk*? —preguntó la capitana.

—Tenemos que hacer un pequeño desvío —dijo Rysn, señalando en el mapa.

Rysn se aseguró de que la tripulación entera estuviera en cubierta para mirar cuando invitó a los nómadas de Hexi a bordo. Eran una gente tranquila, sin el menor interés en las maniobras políticas del mundo. Llevaban el pelo trenzado y olían un poco a los animales que consideraban bestias sagradas. Sus sacerdotes habían hecho voto de no comer carne, pero consideraban que los gusanos y los insectos eran plantas, no animales.

Eran uno de los seis grupos que Vstim le había hecho apuntar en su lista de gente a la que podría vender grano agusanado. Para iniciar las negociaciones, Rysn leyó las frases que Vstim le había pedido que anotara. Los nómadas examinaron el grano y les resultó más que aceptable, apenas devorado por los gusanos, que estaban sanos y rollizos.

Con cuidado de no aprovecharse, Rysn emprendió una negociación breve pero firme. El resultado fue una buena cantidad de cecina, que los nómadas curaban a partir de sus animales que morían y reservaban para tratos como aquel. También regalaron a Rysn unas mantas «para una persona de Honor», agradeciendo el lenguaje respetuoso que había empleado, por las que obtendrían un buen precio. Los nómadas se marcharon con los toneles de grano, entonando su cántico de despedida.

—Acaban de comprarnos un cereal lleno de gusanos —se maravilló la capitana, rascándose la cabeza—. Tengo que reconocer, *rebsk*, que no te había creído hasta ahora mismo.

—Supongo que Vstim nunca te trajo aquí —dijo Rysn.

—Ah. Esto ya me olía a una de sus tretas. No me entra en la cabeza que esto no lo sepa todo el mundo. Este lugar debería estar rebosante de mercaderes intentando librarse de su grano viejo y sacarle beneficio.

—Sería de esperar —dijo Rysn—, pero eso no es lo que aprendí de Vstim. Hay que ser cauteloso en los tratos con las tribus de Hexi, y su idioma es difícil de aprender. Si te comportas con arrogancia, harás que se marchen. Además, el grano tiene que ser bueno y fresco, pero con gusanos. No comprarán nada que esté podrido y lleno de deteriorospren.

—Aun así... —dijo la capitana.

Y tenía razón. Era cierto que aquel era un mercado casi sin explotar. Pero ¿quién querría comerciar con grano agusanado habiendo lujosas alfombras y joyas de las que presumir? ¿Quién querría visitar las tierras salvajes de Hexi teniendo tan cerca los grandiosos bazares de Marat?

Solo alguien que comprendiera la necesidad y la auténtica alma de un mercader. «Gracias, *babsk*», pensó Rysn mientras observaba a su tripulación y encontraba muchos menos congojaspren que antes. Aquel trato los había apaciguado. Los últimos días habían sido muy tensos, pero los marineros estaban más joviales cuando regresaron a sus puestos.

Con un poco de suerte, Rysn habría dado la vuelta al augurio. Era la manera tradicional de disipar aquellas cosas: obtener algo positivo de ellas. Para quienes seguían las Pasiones, hacerlo demostraba que el destino estaba de tu parte, incluso si un augurio intentaba oscurecer el camino. Siempre era posible derrotar a las Pasiones sombrías con optimismo y determinación. Hasta la peor alta tormenta dejaba caer agua fresca.

Con el tiempo, Rysn había pasado a opinar que eran todo paparruchas, pero del tipo más intrigante de todos, por su verdad subyacente. Los presagios no eran reales. Pero las reacciones de la gente a ellos sí que eran de lo más reales. Invertir aquello era solo cuestión de perspectiva, igual que un tonel lleno de gusanos podía ser basura o tener un gran valor dependiendo del punto de vista.

Nikli cargó con ella a petición de Rysn. Para traslados sencillos como aquel, solía llevarla en brazos sin más en vez de usar el cabestrillo en el que

Rysn iba sentada. Mientras Nikli caminaba hacia el alcázar, un par de marineros lo saludaron con el brazo y le echaron una pulla bienintencionada, a la que Nikli respondió con una sonrisa.

—Veo que ha funcionado —dijo ella mientras Nikli la colocaba en su asiento bajo el parasol—. Parece que has hecho amigos a bordo.

—Eh... —Nikli agachó la cabeza—. Supongo que no debí dudar. Sí, brillante. Ahora comen conmigo y me preguntan por mi tierra natal. No tienen tantos prejuicios como pensaba.

—Los tienen y no los tienen —repuso ella—. Como te decía, los marineros de un barco pueden ser un grupo muy cerrado. Pero los del *Vela Errante* escogieron este trabajo porque prefieren las travesías largas que los llevan a sitios nuevos. No son de los que rechazan a alguien porque su aspecto es un poco distinto, o al menos, no más de lo que desconfían de quienes no pertenecen a su familia del barco. Solo te hacía falta entrar en esa familia.

Nikli se arrodilló junto al asiento mientras Rysn se ajustaba el cinturón.

—Tú tampoco eres lo que esperaba, brillante. Creía que trabajar para una mercader implicaría... En fin, te doy las gracias. Por la forma en que has tratado a esos nómadas antes, y por la forma en que me tratas a mí. Por tu sabiduría.

—Ojalá esa sabiduría fuese mía, Nikli —dijo Rysn—. Me enseñó muy bien un maestro que no me merecía, y al que nunca podré hacer justicia.

—Brillante —respondió Nikli—, en mi opinión estás cumpliendo con creces.

Rysn agradeció esas palabras, pero, sabiendo lo que pensaba de ella la tripulación, le costaba más acallar la vocecilla interior. La vocecilla que le susurraba que no merecía poseer aquel barco. No se había ganado su puesto. No se había procurado el dinero, ni demostrado su perspicacia, ni trabajado para ascender hasta convertirse en naviera. Todo lo que Rysn poseía, se lo habían dado.

Había una verdad incómoda en la manera que tenía la capitana de verla. Era cierto que Rysn no había demostrado su valía. Que no merecía su puesto. Incluso las victorias como la de ese día las había logrado apoyándose en Vstim y sus lecciones. No iba a dejar de hacerlo, por supuesto. Hacer caso omiso a lo que le habían enseñado por una especie de despecho engreído era precisamente como habría reaccionado su yo más joven.

La voz persistía de todos modos.

—¿Sabes? —dijo Nikli, todavía arrodillado junto a su silla y contemplando el barco—. Tengo una parte rara y puede que egoísta dentro de mí que no quería caerle bien a la tripulación. Era más fácil considerarlos a todos unos intolerantes. —Bajó la mirada a sus pies—. Era mezquino por mi parte.

—No, solo era humano por tu parte —respondió Rysn—. Oye, aún me debes la historia de por qué te marchaste de tu tierra natal. No te pienses que me he olvidado.

—No es una historia muy buena, brillante —dijo él—. Somos un pueblo pequeño, sin mucha cosa de interés.

—Querría oírla de todos modos.

Nikli se quedó pensando un momento. Rysn había viajado por buena parte del mundo y nunca había visto unos tatuajes como los suyos, trazados con tinta sobre algún tipo de tejido cicatrizal, como si le hubieran cortado la piel, la hubieran dejado curarse y luego la hubieran recubierto con los tatuajes blancos.

—Me traicionó alguien en quien confiaba —dijo Nikli por fin—. Poco después surgió la necesidad de que uno de nosotros viajara a Thaylenah. A mi pueblo, por pequeño que sea, le gusta saber lo que ocurre en las grandes naciones del mundo. Me presenté voluntario. Para no tener que estar cerca de quien me había tratado así.

Eso solo sirvió para despertar más preguntas en la mente de Rysn. Pero no presionó a Nikli. No le parecía apropiado.

—¿Tu maestro tenía alguna sabiduría que compartir sobre los traidores? —preguntó Nikli—. ¿Sobre cómo lidiar con alguien en quien confías que se vuelve en tu contra?

—Vstim decía que siempre hay que leer con mucha cautela los contratos firmados con amigos —respondió Rysn en voz baja.

—¿Y ya está?

—Más adelante le pedí que se explicara. Me dijo: «Rysn, que te estafen es una sensación horrorosa. Que te estafe alguien a quien quieres es peor. Descubrir tal engaño es como encontrarte en un océano profundo y oscuro sin nada más a tu alrededor que las sombras sin forma de cosas que antaño creías comprender y disfrutar. Es un dolor inexplicable. Pero eso jamás es motivo para fingir que no puede suceder. Así que esos contratos, léetelos otra vez. Por si acaso».

Nikli dio un gruñido.

—Es... una sabiduría distinta a la que había esperado. Pensaba que ese hombre quizá llevara una vida de caridad absoluta.

—Vstim es bueno y sincero —dijo Rysn—. Pero nadie se gana una reputación de nada de eso sin que haya quienes vean su naturaleza como una oportunidad.

Vstim también le había advertido de ese hecho, y Rysn se había preguntado muchas veces qué experiencia concreta le habría enseñado unas lecciones tan dolorosas. Vstim nunca había revelado los detalles.

—Brillante —dijo Nikli—. Me duele mencionarlo, pero... creo que debes saberlo. Soy la clase de persona en la que la gente no se fija, y sé escuchar bien. Oigo cosas. Creo... Brillante, creo que los Radiantes y sus amigas están ocultándote algo.

—¿Por qué iban a hacerlo? —preguntó Rysn.

—No lo sé. Pero estaban hablando y la fervorosa pidió a uno de ellos que bajara la voz para que no lo oyera ningún tripulante... o tú. Era algo relacionado con la misión. No oí nada más. Pero creo que debo señalar que la come cuernos ha sido la primera en encontrar los gusanos. Y los Radiantes aún no han dado ninguna buena explicación de por qué viene en esta travesía.

—¿Qué estás insinuando? —dijo Rysn.

—No insinúo nada. Solo te transmito lo que he oído.

—Creo que podemos confiar en los Caballeros Radiantes —afirmó Rysn.

—Seguro que la gente también pensaba lo mismo hace dos mil años —dijo Nikli. Entonces suspiró y se levantó—. Pero quizá no debería haber dicho nada. Tengo que ir al retrete, pero volveré enseguida, brillante.

Rysn descartó la idea de que los Caballeros Radiantes hubieran metido esos gusanos en los toneles. Pero sí que había dudas que la acosaban. ¿Cómo habían aparecido los gusanos tan de repente? ¿Y qué había matado a la mascota del barco? Rysn cayó en la cuenta de que no lo había preguntado.

Pero mientras el barco soltaba amarras, se lo planteó. Era evidente que no estaría sola en comprender que los augurios, pese a ser paparruchas, podían tener efectos muy poderosos en la gente que los apreciaba. Si alguien pretendía sabotear aquella misión, unos pocos augurios bien situados podían ser una manera excelente de hacerlo.

«No saques conclusiones prematuras», se dijo. La solución era estar atenta.

Porque, si tenía razón, no tardaría en llegar un nuevo «augurio».

Nikli se metió en el retrete, cerró la puerta con pestillo y apagó el sentido del olfato del cuerpo para evitar que lo bombardeara el hedor de aquel lugar. Levantó la mano de aquel cuerpo y cerró el puño, satisfecho de lo mucho que podía mantener la forma. Pero entonces Nikli se relajó y las juntas que había en la piel del cuerpo se abrieron, dejando llegar el aire fresco al interior que se retorció... y tembló, aliviado por tener permitido el movimiento libre por fin después de pasar tanto tiempo apretado.

Al mismo tiempo, Nikli cerró el par de ojos más visible del cuerpo, sus ojos humanos, que eran funcionales de verdad, algo que lo enorgullecía. La mayoría de los Insomnes usaban ojos falsos. Eso hacía que sus líneas de visión se desviaran y fueran más fáciles de descubrir.

Con los ojos del cuerpo cerrados resultaba más fácil sentir las partes lejanas del yo. Las que estaban dispersas por todo Roshar. Y Nikli podía hacer que zumbaran para comunicarse con los demás, hablando sin trabas de una mente a otra gracias a unos hordinos criados con ese propósito concreto que interpretaban los zumbidos.

Tenemos un problema, envió Nikli a los demás.

Ciertamente lo tenemos, Nikliasorm, envió Alalhawithador, que tenía un zumbido grave y furioso. *No están respondiendo a tus incentivos para dar media vuelta. Has fracasado. Será necesario tomar otras medidas.*

El problema no es ese, envió Nikli. *El problema es que están empezando a gustarme.*

No es algo inesperado, envió Yelamaiszin. Su zumbido era suave y tranquilizador. Yelamaiszin era Primero, el enjambre más antiguo en Roshar. Nikli era el Vigésimo Cuarto, el más joven de todos. *A mí me gusta el Forjador de Vínculos, por ejemplo, aunque sé que nos destruiría.*

No lo haría, objetó Zyardil. *Ha tomado la decisión de Honor.*

Y por eso nos destruiría, replicó Yelamaiszin. *Ahora es más peligroso, no menos.*

Ese es un tema distinto, dijo Alalhawithador, que era Tercero, un enjam-

bre casi tan viejo como Yelamaiszin. *Te gustan esos humanos, Nikliasorm. Eso es bueno. Se nos da muy mal imitarlos y tú aprendes mucho de tus viajes. Deberíamos ser más quienes dedicáramos tiempo a estudiar a los humanos, para volvernos como ellos.*

Además, dijo Yelamaiszin, deberíamos sentir compasión por aquellos a quienes debemos sacrificar. Sí que es bueno que te gusten los humanos.

Pero ¿debemos sacrificarlos?, preguntó Nikli.

Los humanos son un fuego que debe contenerse, dijo Yelamaiszin con su zumbido tranquilo. Eres joven. Todavía no estabas Separado durante la purga.

Me gustaría hacer otro intento de alejarlos, envió Nikli.

Esto es un desastre, dijo Alalhawithador, el enjambre más iracundo. No debería haber llegado tan lejos. Tendrías que haberlos matado antes de esto.

No deberían haber encontrado el barco, envió Zyardil. La situación no se habría descontrolado si no lo hubieran descubierto.

Se envió a que se hundiera, replicó Alalhawithador. Es imposible que sobreviviera a las tormentas sin ayuda. Su descubrimiento no es ninguna coincidencia.

Arclomedarian se opone a nosotros de nuevo, dijo Yelamaiszin, el Primero. Cada vez se entromete más. Ha tenido trato con estos nuevos Radiantes.

¿Estamos seguros de que fuese un error tenerlo?, preguntó Nikli. Quizá fue un acierto por su parte.

Eres joven, envió Yelamaiszin, con un zumbido calmado y convencido. La juventud tiene algunos aspectos beneficiosos. Aprendes más deprisa que nosotros, por ejemplo. Nikli imitaba mejor a los humanos que los demás. Cuando el enjambre que luego se convertiría en Nikli había sido Separado, ya contaba con hordinos evolucionados para esa clase de subterfugio. Nikli los había hecho evolucionar más, y estaba convencido de que el cuerpo ya no necesitaba los tatuajes para cubrir las grietas en la piel.

Arclomedarian es un peligro, envió Nikli. Eso lo comprendo. Pero no es tan peligroso como los verdaderos traidores.

Ambos son peligrosos en igual medida, envió Yelamaiszin. Confía en nosotros. Tú no ostentas las cicatrices de recuerdo que llevamos los enjambres más antiguos.

Debemos escuchar a los jóvenes, restalló Zyardil. ¡No son esclavos de

sus costumbres! Los humanos que vienen esta vez, Primero, no son piratas que buscan solo lucrarse. Son más insistentes. Si los matamos, habrá más.

Mi plan es el mejor, envió Alalhawithador con unos enérgicos zumbidos. Dejemos que crucen la tormenta.

No, dijo Yelamaishzin. No, eso debemos impedirlo.

Llegado aquel punto de la discusión, se envió la pregunta a todos los enjambres, a los veinte que todavía aceptaban el liderazgo del Primero. ¿Había llegado el momento de enviar a pique el barco humano?

Hicieron el conteo de las respuestas y decidieron que había un empate. La mitad quería permitir que los humanos llegaran a la tormenta, momento en el que, o bien caerían presa de los vientos, o bien entrarían en los dominios de los Insomnes. La otra mitad quería matarlos de inmediato, antes de la tormenta. Unos pocos, entre ellos Nikli, se abstuvieron de votar.

El enjambre del propio Nikli zumbó de alivio y satisfacción al constatar la incertidumbre de los demás. Allí había una abertura.

Querría hacer otro intento de apartarlos, repitió Nikli. Tengo una idea que creo que funcionará, pero voy a necesitar ayuda.

La propuesta se sometió a otra votación, y los cuerpos de Nikli, los más lejanos, los que no estaban en el barco, vibraron todos de anticipación.

El resultado fue afirmativo. Sí, debería permitirse que Nikli volviera a intentarlo.

Nos duele matar a Radiantes, y mucho más a alguien de los Videntes, dijo Yelamaishzin, el Primero. Puedes probar con ese plan. No obstante, si fracasa, convocaré otra votación... y deberás disponerte a adoptar medidas más drásticas.



HAY algo en la tripulación que te parezca raro? —preguntó Lopen, tumbado en el aire a un metro aproximado de altura, con las manos en la nuca, flotando al lado de Cuerda.

La fornida comecuernos estaba mezclando algo que olía bien. Tenía el olor intenso de las especias que Lopen asociaba con la cocina de Roca, no demasiado picante, sino solo... llena de otros sabores. De sabores interesantes. Ese guiso, en cambio, también tenía un aroma a océano que según Cuerda procedía de las algas. ¿Quién comía algas? ¿No se suponía que la gente de Cuerda comía caparazones?

—¿Raro? —preguntó ella—. ¿Tripulación?

—Sí, raro.

Vio pasar a varios marineros por delante, pisando fuerte la cubierta, y todos le lanzaron miradas. Rua iba tras ellos en el aire, invisible para todo el mundo excepto Lopen y Cuerda, que, como su padre, podía ver a todos los spren.

—Todos vosotros raros —reconoció ella. Las palabras le salían titubeantes, pero su alezi iba mejorando.

—Mientras yo sea el más raro, todo bien —dijo Lopen—. Es uno de mis rasgos más adorables, claro.

—Tú eres... muy raro.

—Perfecto.

—Muy *muy* raro.

—Y lo dice la mujer a la que le gusta zamparse algas —replicó Lopen—.

Eso no es comida, misra, es lo que come la comida. —Frunció el ceño cuando pasó otro grupo de marineros y un par de ellos hicieron unos extraños gestos thayleños en su dirección—. ¿Tú has visto eso? ¡Pero si nos vito-reaban cuando subimos a bordo! Y ahora se han puesto todos raros.

Las cosas habían mejorado después del desembarco en Hexi para vender aquel grano, y a Lopen le gustaba la cecina. Pero luego, aproximándose al ecuador de su travesía, todo se había descarrilado. Había un tono extraño en todas las interacciones y Lopen no acertaba a adivinar qué significaba.

Alzó la mirada cuando Huio llegó volando al barco y descendió a la cubierta. Entregó una carta a Cuerda, casi seguro que de sus padres, y se guardó unas cuantas más en el bolsillo interior de su uniforme para dárselas a Rysn, que le había pedido que fuese a una isla cercana y recibiese las comunicaciones del día.

—Gracias —dijo Cuerda a Huio, levantando la carta—. Es felicidad tener esto.

—De nada —respondió Huio—. Fue fácil. No problema.

Verlos hablar en alezi era gracioso. ¿Por qué había tantos idiomas, y por qué no hablaba todo el mundo en herdaziano y listos? Era un idioma estupendo. Tenía nombres para todas las distintas clases de primos.

—Huio, ¿a ti la tripulación te ha estado tratando raro? —preguntó Lopen en alezi para no dejar fuera a Cuerda.

—No —dijo él—. Hum, ¿no seguro?

—¿No estás seguro? —dijo Lopen.

—Sí. No seguro.

Dejó en el suelo su morral, que contenía vinculacañas y otro material. Metió la mano dentro y sacó la cajita de láminas y papeles de aluminio que Rushu le había pedido que se llevara, para hacer unos experimentos intentando comunicarse con ella en el barco.

—¿Sabéis esto? —les preguntó.

—Aluminio —dijo Lopen, que seguía flotando unos palmos por encima de la cubierta—. Sí, es una cosa muy rara. Puede parar una hoja esquirlada, según Rua, si es lo bastante grueso. Lo crean por moldeado de almas, aunque solo unos pocos pueden hacerlo, así que es bastante difícil de encontrar.

—Puede salir de comercio —dijo Cuerda—. En Picos. Comerciamos.

—¿Comercio? —preguntó Huio—. ¿Comercio quién?

—Gente de mundo spren —respondió Cuerda.

Huio ladeó la cabeza y se rascó la barbilla.

—Es metal extraño —dijo Cuerda—. Hace cosas raras a spren.

—Raras —convino Huio.

Volvió a guardar el material en su morral y se marchó. Con un poco de suerte se lo entregaría a Rushu, en vez de ponerse a jugar con él. A veces Huio se metía en líos por esas cosas.

—Tu pueblo, Cuerda... —dijo Lopen, girando en el aire como si estuviera reclinado en un diván—. En lo alto de esos picos tenéis agua. ¿Cómo puede ser? Hace frío, ¿no?

—Frío lejos pueblo —respondió ella—. Calor cerca pueblo.

—Vaya. Parece interesante.

—Es. —Cuerda sonrió—. Yo encanta nuestra tierra. No quería salir. Tuve que salir con madre. Para encontrar padre.

—Podrías volver, si quisieras —dijo Lopen—. No costaría mucho hacer que te llevara volando un Corredor del Viento.

—Sí —repuso ella—. Pero ahora, aquí fuera, es peligroso. Peligroso bueno. No quiero ir. Quiero mucho casa, ¿sí? Pero ahora veo esto, no puedo volver. No con peligro aquí, para gente. Peligro que irá a mi casa. —Dejó de hacer puré y miró hacia el océano—. Yo estaba asustada de sitios no casa. Y ahora... encuentro que cosas que hacen asustada son también cosas que hacen interesante. Yo gusta cosas peligrosas. No supe esto antes.

Lopen asintió con la cabeza. Qué forma tan interesante de ver el mundo. Disfrutaba bastante escuchándola: le gustaba la forma en que el acento de Cuerda confería una cadencia a sus palabras, y también cómo alargaba algunas vocales. Además era alta, y las mujeres altas eran las mejores. Le había interesado mucho enterarse de que solo tenía unos pocos años menos que él. Eso no se lo había esperado.

Por desgracia, Lopen había pegado a Huio a la pared para ella en tres ocasiones distintas y Cuerda no había parecido encontrarlo impresionante. También le había cocinado chouta, pero Cuerda ya la preparaba mejor que él. Tendría que buscar la forma de demostrarle lo bueno que era jugando a las cartas.

—Qué curioso —dijo—. ¿Te gustan las cosas que te asustan?

—Sí. Pero no di cuenta de esta cosa. Cosa asustada. ¿Sí?

—No te habías dado cuenta de que algo temible, algo diferente, pudiera ser tan embriagador. Creo que entiendo lo que dices.

Se quedó pensando un momento mientras se bebía la luz tormentosa de un granate enorme. Los demás decían que era una bobada, pero a él le parecía que cada color tenía un sabor distinto.

Miró a Cuerda. ¿Estaría impresionada por la despreocupación con que flotaba? No había forma de saberlo sin señalarlo, cosa que sería lo contrario de estar despreocupado. Así que se puso las manos en el cogote y meditó un poco más sobre las palabras de ella.

—Cuerda —dijo—. ¿Tu padre está en peligro de verdad por lo que hizo? ¿Por salvar a Kaladin y matar a Amaram?

Habían pasado unos meses desde aquello, y Kaladin había convencido a Roca de quedarse en Urithiru por el momento. Sobre todo, para dejar a su familia que descansara una temporada después de un viaje tan largo. Pero no duraría para siempre. Roca estaba cada vez más empeñado en regresar a su tierra natal para someterse a juicio.

—Sí —respondió Cuerda en voz baja—. Pero por culpa él. Su acto. Su voluntad.

—Él tomó la decisión de ayudar a Kaladin —dijo Lopen—, pero no decidió su orden de nacimiento.

—Pero su decisión de volver. Su decisión de pedir... No sé palabra. ¿Pedir decisión?

—¿Juicio?

—Sí, puede. —Cuerda le sonrió—. No asustes por mi padre, Lopen. Él decidirá su decisión. Si tiene que ir casa, yo quedaré. Y Don quedará. Haremos su trabajo. Veremos por él.

—Veréis —dijo Lopen—. ¿Te refieres a ver spren?

Ella asintió.

—¿Hay alguno por aquí cerca ahora mismo? —preguntó Lopen.

—Rua —dijo ella señalando al spren de Lopen, que se acercaba deprisa con la forma de un rocambolesco barco volador—. Y Caelinora. —La spren de Huio, que rara vez se aparecía a Lopen—. Vientospren en aire, olaspren en agua. Congojaspren siguiendo al barco, casi invisibles. Y...

Negó con la cabeza.

—¿Y qué? —preguntó Lopen.

—Cosas raras. Dioses buenos, pero no comunes. *Apaliki'tokoa'a*.

Cuerda buscó las palabras adecuadas un momento y luego sacó un papequito de los que solía llevar encima e hizo un bosquejo rápido.

—Un suertespren —dijo Lopen, reconociendo la forma de punta de flecha.

—Cinco —lo corrigió ella—. Hubo ninguno. Luego hubo tres. Luego cuatro. Más cada pocos días.

Caramba. Bueno, Lopen se alegraba de que estuviera atenta, porque Cuerda se había resistido a unirse a la expedición argumentando que no iba a servir para nada. Él la había animado, ya que sabía que Cuerda quería ver más mundo. Y allí estaba, viendo spren interesantes.

—No sé si los suertespren son algo que deba preocuparnos —dijo—, pero me ocuparé de que Rushu informe de ellos de todos modos. A lo mejor a la reina Jasnah o a algún otro se les ocurre algo sobre ellos.

Cuerda asintió, así que Lopen cortó su enlace. Eso hizo que cayera a la cubierta con un golpetazo, algo más fuerte de lo que había pretendido. Dio una palmadita en la madera y sonrió, sintiéndose idiota. Lástima que Huio no estuviera mirando. Le habría gustado verlo.

Lopen se marchó al trote en busca de su primo, que, como había temido, estaba en el camarote que compartían trasteando con las vinculacañas de la fervorosa Rushu. Parecía haber desmontado una por completo.

—Lopen —dijo Huio en herdaziano—, este aluminio tiene unas propiedades fascinantes. Creo que los spren cautivos están reaccionando a su presencia, casi como la presa reacciona a un depredador. Cuando pongo en contacto esta lámina tan fina con la gema, se aprietan contra el otro extremo de sus confines. Tengo la hipótesis de que el aluminio no solo interfiere con su capacidad de sentir mis pensamientos sobre ellos, sino también los pensamientos de su mitad pareja.

—¿Sabes, primo? —dijo Lopen en el mismo idioma—. Esas vinculacañas son mucho más valiosas que las cerraduras que te gustaba desmontar. Podrías meterte en líos.

—Tal vez —respondió Huio, manipulando un destornillador pequeño para abrir una parte del engarce de la gema—, pero estoy convencido de que puedo reensamblarlo. Resultará imposible que la fervorosa sepa de mis investigaciones.

Lopen se dejó caer en su catre. Había pedido una hamaca como las que usaba la tripulación, pero todos habían reaccionado como si estuviera loco. Por lo visto, había muy pocas camas en un barco. Lo cual tenía sentido.

¡Pero si todos los demás tenían tormentosas hamacas! ¿Quién iba a querer una cama?

—En esta misión hay algo que me da muy mala espina —dijo Lopen.

—Es solo que te aburres, primo pequeño —respondió Huio—, porque los tripulantes están demasiado ocupados con su trabajo para que los diviertan tus revoltosas excentricidades.

—Qué va, no es eso —dijo Lopen, con la mirada fija en el techo—. Y puede que ni siquiera sea este viaje. Es que las cosas están... raras últimamente, ¿sabes?

—Por extraño que parezca, aunque todos los demás confíen siempre en que sea capaz de descifrar lo que dices, la mayoría de las veces me descubro perdido. Y no solo cuando hablas en alezi. Por suerte, en general sueles andar cerca para explicarte. Largo y tendido. Con muchísimos adjetivos.

—¿Sabes? Cuerda está mejorando bastante en el alezi.

—Me alegro por ella. Quizá pueda aprender herdaziano después, y así tendré por fin a alguien que pueda hacerme de intérprete cuando me pierdo.

—Terminarás pillándolo, primo mayor —dijo Lopen—. Eres, claro, la persona más lista de nuestra familia.

Huio gruñó. Su incapacidad para dominar el idioma alezi era toda una frustración para él. No terminaba de encajar en su cabeza, decía. Llevaba años intentándolo y no había progresado mucho. Pero no pasaba nada. A Lopen, claro, le había costado años aprender a que volviera a crecerle un brazo después de haberlo perdido.

Pero ¿qué era lo que inquietaba a Lopen? ¿Era lo que había dicho Cuerda? Se sacó la pelota de goma del bolsillo y practicó a infundirla, pegarla al techo y atraparla de nuevo cuando caía.

Los Portadores del Vacío habían regresado. Pero en realidad no eran los Portadores del Vacío. Eran solo parshmenios, solo que distintos. Y había estallado la guerra, como en las historias antiguas. Había una tormenta nueva y el mundo, a grandes rasgos, había terminado. Parecía todo muy intenso.

Pero en realidad, era tormentosamente lento.

Llevaban meses y más meses combatiendo, y en los últimos tiempos daba la impresión de que hacían menos progresos que Huio con el alezi. Si mataban a unos pocos de aquellos cantores nuevos con los poderes raros —Fusionados, se llamaban—, solo conseguían que renacieran. Luchaban y luchaban y luchaban, y tal vez lograban conquistar unos pocos metros de te-

rreno. Menuda fiesta. Si seguían así durante un millón de siglos, con un poco de suerte tendrían un reino entero.

¿El fin del tormentoso mundo no debería ser más... dramático? La guerra contra los invasores se parecía tanto a la guerra por las Llanuras Quebradas que resultaba deprimente. Y claro, Lopen procuraba mantener una actitud animada. Eso ayudaba a todo el mundo. Pero no podía evitar hacer esa comparación en su cabeza.

Estaba en el bando de los buenos. Los Radiantes. Urithiru. Todo eso. Lopen había decidido que eran los buenos, a pesar de las malas decisiones que pudieran haber tomado algunos Radiantes en el pasado.

Pero seguía pensando en las Llanuras Quebradas. En lo estúpida que había sido esa contienda, prolongada a lo largo de tantos años. ¿Con cuánta gente buena había acabado? Era imposible no sospechar que estuvieran metiéndose en un lodazal de aguacrem igual de malo, si no peor.

—Ojalá este barco navegara más deprisa —dijo—. Ojalá pudiéramos estar *haciendo* cosas. Esto tarda demasiado.

—Yo estoy haciendo cosas —replicó Huio. Se volvió en su asiento junto a la mesa, sosteniendo en alto la vinculacaña reparada—. ¿Lo ves? Ha regresado indistinguiblemente a su estado anterior.

—¿Ah, sí? ¿Aún escribe?

Huio hizo unos garabatos circulares en un papel que había sacado del morral. La vinculacaña conjuntada, en cambio, se desplazó por el papel en línea recta, adelante y atrás.

—Huy —dijo Huio.

—¡Serás persona-que-tiene-fruta-podrida-en-vez-de-cabeza! —exclamó Lopen, levantándose de un salto—. ¡Ya la has roto!

—Huy —repitió Huio, e hizo otro garabato. La caña reaccionó igual que antes, desplazándose a izquierda y derecha según los movimientos de Huio, pero no subía ni bajaba por la página cuando él movía su caña arriba y abajo—. Vaya.

—Estupendo —se lamentó Lopen—. Ahora voy a tener que contárselo a la jefa fervorosa. Y ella me dirá: «Lopen, me doy cuenta de lo cuidadoso que eres tú, y de que no sueles romper cosas, pero aun así preferiría que tu primo mayor *no* tuviera fruta podrida dentro del cráneo en vez de sesos». Y yo le daré la razón.

—Tienen un montón de trastos de estos —dijo Huio—. Hay como míni-

mo, claro, veinte pares en la caja que nos enviaron. Dudo que vaya a ser un contratiempo excesivo que uno funcione mal. —Hizo otro garabato. Mismo resultado—. Tal vez podría...

—¿Intentar arreglarlo? —terminó la frase Lopen, escéptico—. Supongo que sí. Eres, claro, un tipo listísimo. Pero...

—Pero es fácil que lo rompiera aún más. —Huio suspiró—. Creía que lo tenía claro del todo, primo pequeño. No parecen ni siquiera tan complicados como un reloj.

—¿Y cuántos de esos has conseguido volver a juntar después de desmontarlos?

—Estuvo el de aquella vez que... —empezó a decir Huio.

Lopen lo miró a los ojos y los dos sonrieron.

Huio le dio una palmada en el brazo.

—Devuélvele todo esto a la fervorosa. Dile que pagaré la caña estropeada, si supone un problema. Pero tendrá que ser el mes que viene.

Lopen asintió. Ellos dos, y también Punio, entregaban la mayoría de su estipendio como Radiantes a la familia para ayudar a los primos más pobres. Un buen pedazo iba para la familia de Rod. Los Radiantes tenían un buen salario, pero había muchos primos que necesitaban ayuda. Era su manera de hacer las cosas y, cuando Lopen había sido el pobre, siempre le habían echado una mano.

Salió a la cubierta, orgulloso de lo bien que se había adaptado al cabeceo del barco. Pero se detuvo en seco al ver un numeroso grupo de marineros congregándose en el lado izquierdo de cubierta. ¿En... estribor? Se acercó hasta allí y se enlazó hacia arriba para mirar por encima de sus cabezas.

Había algo flotando cerca en el agua. Algo grande. Y algo que estaba muy muy muerto.



ARYSN se le encogió el corazón mientras Nikli la llevaba hasta la borda del barco. Los marineros se habían amontonado allí, acompañados de congojas-pren con forma de cruces negras retorciéndose y de unos pocos pegotes de miedospren. Abrieron paso a Rysn, y Plamry, el ayudante thayleño de Nikli, se apresuró a colocar un taburete alto para ella. Rysn se aferró a la regala para equilibrarse mientras Nikli la situaba en el taburete, y luego le hizo un asentimiento para que se retirase.

La marcha de Nikli dejó espacio para que la capitana se acercara y se quedara de pie a su lado. Allí sentada, Rysn alcanzaba a mirar por encima de la borda y ver aquello sobre lo que el resto llevaba ya tiempo susurrando: un santhid muerto. Caparazón y cáscara a medio descomponer, girado de lado, con su ojo blanquecino contemplando el cielo. Era gigantesco, con casi un tercio de la longitud del propio barco.

Aquellas enormes criaturas marinas eran increíblemente escasas. Rysn las había creído extintas, pero aun así había disfrutado de las historias que contaba su *babsk* sobre ellas. Se suponía que rescataban a los marineros que se ahogaban, o que seguían a los barcos durante días, mejorando el humor de quienes iban a bordo. Más spren que animales, de algún modo eran capaces de magnificar la paz y la confianza.

Lo más probable era que todo aquello fuese tan imaginario como las Pasiones. Pero ella aún no había conocido a ningún marinero que hablara mal de los santhidyn, y encontrar uno se contaba entre los mejores augurios del

océano. Rysn no tenía que preguntar a nadie para saber cómo afectaría encontrar uno *muerto* al estado de ánimo de su tripulación.

«Los marineros ya sentían que esto estaba por llegar —pensó—. Llevan unos días muy nerviosos, esperando.» Tal vez se habían fijado en la pauta, igual que Rysn, y habían anticipado que vendría un tercer augurio, el peor de todos. Para ellos, el santhid muerto sería la prueba definitiva de que aquella travesía estaba maldita.

Y mientras miraba aquel inmenso cadáver antinatural, Rysn se descubrió cuestionándose a sí misma. Estaba claro que los augurios, en efecto, parecían bobadas. Pero también había dado por sentado que los Portadores del Vacío eran solo cuentos y luego habían regresado. Su madre siempre se había burlado de la idea de unos Radiantes Perdidos vagando por la tormenta como espíritus, pero en esos momentos Rysn llevaba a dos Radiantes en su barco. ¿Quién era ella para afirmar qué era realidad y qué mito?

«No —pensó—. Tiene que haber otra explicación. ¿Es posible que esto lo haya colocado alguien ahí?»

Había esperado un tercer presagio parecido al grano o a la mascota muerta. Algo que una persona pudiera organizar en secreto. Pero aquello... aquello superaba con mucho a tretas tan sencillas como esas. ¿De verdad creía que alguien oculto en su tripulación pudiera habérselas ingeniado para encontrar una criatura casi mítica, matarla y dejarla en el océano sin levantar sospechas?

«No tiene por qué haberlo colocado nadie —se dijo con firmeza—. Esto aún podría ser una mera desgracia aleatoria.»

Miró hacia abajo de nuevo, y habría jurado que ese ojo gigantesco estaba mirándola. Desnudándole el alma, incluso después de muerto. Mientras los trozos podridos del santhid empezaban a alejarse flotando del cadáver, Rysn tuvo la sensación de que la observaban. Y de pronto fue consciente de la actitud que tenían los marineros congregados. Oscura. Demasiado callada. No había menciones de lo malo que era aquel augurio. Todos lo sabían ya. No había nada más que decir.

—Después de esto sí que daremos media vuelta —dijo Alstben, un marinero alto al que le gustaba llevar las cejas en punta. Miró a Rysn—. No hay forma de que continuemos.

Tormentas, no era una pregunta. Rysn buscó apoyo en la capitana, pero Dlrwan se cruzó de brazos y no contradijo al tripulante. Lo más probable

era que hacerlo hubiera provocado un motín. Seguramente aquella tripulación era demasiado leal para hacer algo como matar a su capitana, pero... bueno, si el *Vela Errante* regresaba a puerto con su capitana, su condestable y su propietaria encerrados porque se habían «vuelto locos», ¿quién iba a reprochárselo a los marineros? Y mucho menos después de un augurio tan claro como un santhid muerto.

Rysn estuvo a punto de dar la orden. Sabía cuándo una iniciativa comercial estaba enfangada en crem, cuándo era mejor marcharse con la mercancía que intentar forzar un acuerdo.

Pero... eso significaría rendirse a las supersticiones. Y era cierto que había alguien intentando asustar a su tripulación, aunque aquel acontecimiento concreto fuese casual. Volver implicaba rendirse a quienquiera que estuviese haciéndolo.

Y lo más importante de todo, volver significaría renunciar a ayudar a Chiri-Chiri. A veces el negocio era demasiado importante para dar media vuelta. A veces no había más remedio que negociar desde una posición de debilidad.

—¿Por qué flota? —preguntó Rysn a los marineros—. ¿No debería haberse hundido después de morir?

—No necesariamente —dijo Kstled, llegando de entre la multitud—. Una vez pasé cerca de un barco que habían hundido embistiéndolo. Días más tarde, los cadáveres hinchados aún flotaban en el agua, mordisqueados por los peces desde abajo.

—Pero ¿algo tan grande como esto? —preguntó Rysn—. ¿Con ese caparazón?

—Los cadáveres de grancaparazones pueden flotar —aportó otro marinero—. O partes de ellos, después de muertos. Yo lo he visto.

Condenación. Rysn no sabía lo suficiente para seguir apoyándose en ese razonamiento. Y sin embargo, parecía muy improbable que hubieran topado por azar con aquello en su rumbo. Quizá hubiera otra opción. Quizá no fuese una sola persona la que intentaba sabotear la misión, sino un grupo más numeroso. El enemigo tenía Fusionados, criaturas con poderes similares a los de los Radiantes. Aquello podía ser un tejido de luz, o una imitación creada por moldeado de almas, o vete a saber qué.

No quería rendirse. No sin tener más tiempo para pensar, y tal vez la

oportunidad de inspeccionar aquel cadáver. Así que respiró hondo. A veces negociar se basaba por completo en la actitud.

—Muy bien —dijo—. Hagamos lo correcto, pues. Sacad los ganchos de abordaje y preparaos para remolcar ese cuerpo.

—¿Remolcarlo? —preguntó un marinero—. No intentaremos sacar provecho vendiendo el caparazón, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Rysn—. ¿Por qué clase de alimaña me tomáis? Vamos a dar a la criatura un funeral como debe ser. Y si parece que es la voluntad de la bestia, nos quedaremos el caparazón por la suerte que simboliza y se lo regalaremos a la reina. Es una suerte que pasáramos por aquí, para que podamos incinerar el cuerpo como corresponde a la majestuosidad de este ser.

—¿Suerte? —dudó Kstled.

—En efecto —dijo Rysn.

Se había entrenado a sí misma para no acobardarse estando sentada entre un grupo de gente de pie, pero fue difícil que no la asaltaran sus viejas inseguridades cuando casi todos ellos se volvieron y bajaron la mirada hacia ella, incrédulos o incluso enfadados.

«Actitud —se recordó—. Nunca venderás nada si no crees que vale el precio que pides.»

—Alguien mató a esta pobre criatura —prosiguió Rysn—. Mirad las heridas que tiene en ese lado.

—Mala suerte —dijo un marinero—. Trae una mala suerte atroz matar a un santhid.

—Cosa que nosotros no hemos hecho —replicó Rysn—. Lo hicieron otros, y se ganaron ellos la mala suerte. Nosotros somos afortunados por haber encontrado la criatura, y así poder ser testigos de lo que le hicieron... y ocuparnos del cuerpo.

—No deberíamos tocar un cadáver de santhid —dijo Kstled, cruzándose de brazos.

—He visto caparazones de santhidyn expuestos con orgullo en Ciudad Thaylen —repuso Rysn—. ¡Hay uno en la escuela naval!

—A esos no los mataron con mala intención —objetó Kstled—. Además, llegaron por sí mismos a la orilla. Encontraron su camino hasta allí.

—Igual que este de aquí —dijo Rysn— ha encontrado su camino hasta nosotros. ¿Qué extensión tiene el océano? ¿Y aun así, resulta que *nosotros*

encontramos este cuerpo, relativamente pequeño? Es evidente que el alma del santhid nos ha traído hasta aquí para que podamos ser testigos de su muerte y ocuparnos del cadáver. —Calló un momento, como si acabara de ocurrírsele algo—. Esto es un buen augurio. El santhid ha venido a nosotros a propósito. Es una señal de que confía en nosotros.

Ocultó la incertidumbre que sentía, sabiendo que su argumento hacía aguas por todas partes y se hundiría rápido. Con lo mucho que Rysn criticaba la superstición, ¿estaba apoyándose en ella para defender ese argumento?

De todos modos, parecía funcionar. Unos pocos marineros asintieron. Era lo que tenían los presagios, que eran inventados. Señales imaginadas de algo nebuloso. Así que ¿por qué no inventarlos de modo que fuesen positivos?

—Siempre nos parece buena señal que llegue uno a la orilla —dijo un hombre—. ¿Qué diferencia hay con esto?

—Tenemos que hacer correr la voz —dijo otro— de que hay alguien ahí fuera matando santhidyn. Este quería que lo encontráramos para que se supiera.

—Enganchemos el cadáver —insistió Rysn— y llevémoslo a la costa.

—No —dijeron varias voces de la multitud, aunque Rysn no pudo ver quiénes eran—. ¡Trae mala suerte!

—Si trae mala suerte —dijo Rysn levantando la voz—, entonces ya la tenemos encima por dejar que nuestro casco haya tocado el cadáver. Yo digo que lo mejor que podemos hacer ahora es cuidar del cuerpo. Quemaremos el cadáver y dejaremos el caparazón en alguna isla cercana. A la vuelta, compraremos unas balsas en un puerto y lo remolcaremos hasta Ciudad Thaylen. Es lo que querría el santhid: que nos quedemos el caparazón como muestra del respeto que nos ha mostrado.

La tripulación quedó en silencio. Rysn había participado en un buen número de negociaciones tensas, pero aquella hizo que contuviera el aliento, con el corazón atronando. Como si estuviera intentando contener una tormenta en su interior.

—Yo creo —terminó diciendo la capitana— que sí que veo un buen augurio en esto. Siempre he querido ver un santhid en el océano. He quemado plegarias pidiendo que alguno viniera a mí algún día. El alma de esta criatura debía de saberlo.

—Eso —dijo otro marinero—. ¿Os habéis fijado en que no apesta? Debe-

ría oler, así de podrido. Y no veo ni un solo putrispren. Eso es un buen augurio. Quiere que nos acerquemos.

—Sacad los garfios —ordenó la capitana—. Si de verdad su espíritu está inquieto, ¡desde luego no quiero que piense que no hacemos caso a su último deseo!

Los marineros, por fortuna, obedecieron la orden. Rysn les había ofrecido una escapatoria de su mala suerte, y la capitana la había certificado. Con eso bastaba. Algunos fueron a buscar los ganchos de abordaje, que llevaban cabos para sujetar el *Vela Errante* a las naves enemigas. Otros volvieron a sus puestos, para impedir que el barco se alejara demasiado del cadáver.

La capitana se quedó junto al asiento de Rysn. Alta, orgullosa, al mando. Rysn había aprendido a mantener una postura y una actitud semejantes, pero no pudo evitar envidiarle la capacidad de estar allí de pie sin más. Resumar control y confianza en una misma era muchísimo más fácil cuando no se era varios palmos más bajita que todos los demás.

—Gracias —le dijo Rysn.

—La reina nos encargó llevar a cabo esta misión —respondió la capitana—. Viraría en redondo ahora mismo si me preocupara perder mi barco, pero no lo haré por una corazonada.

—¿Crees de verdad en lo que he dicho de que esto es buen augurio?

—Creo que la gente apasionada provoca su propia suerte —respondió la capitana.

Lo cual no era del todo una respuesta. Las Pasiones, como religión, promovían la creencia de que querer algo cambiaba el destino para proporcionártelo. Para muchos thayleños, la superstición y la confianza estaban tan entretrejididos como los hilos de una sogá.

—Gracias de todos modos —dijo Rysn.

—De momento, confío en tu determinación de seguir adelante, *rebsk* —dijo la capitana Dlrwan mientras los marineros regresaban con los garfios—. Ve con cuidado. Esta tripulación me es muy querida. No desperdiciaré sus vidas si esta misión se pone fea.

«Si resulta que estos augurios eran certeros», dejó sin decir.

Rysn asintió y se apoyó en el respaldo, preocupada, viendo a los marineros lanzar las sogas para enganchar el cadáver del santhid. Si no lograban fijarlos, alguien tendría que descender por el casco y...

Los marineros chillaron, retrocedieron y soltaron los cabos como si de

pronto hubieran estallado en llamas. Rysn se sobresaltó y se apoyó en la regala para mirar hacia abajo. ¿Estaría vivo el santhid? Estaba moviéndose. Ondulaba, temblaba y...

Se desintegraba.

Ante sus ojos, el santhid se deshizo en centenares de partes que correteaban. El agua se llenó de cremlinos, crustáceos del tamaño de un pulgar humano. Rysn no alcanzaba a comprender lo que estaba viendo. ¿Los garfios habrían perturbado a las criaturas que estuvieran comiéndose el santhid muerto? Pero había demasiadas, y la bestia entera estaba haciéndose pedazos. Incluido el caparazón.

Tormentas. Era como si... como si el cuerpo estuviera *compuesto* de cremlinos. O de marlinos, como se llamaba a veces a los que vivían en el océano. El agua se arremolinó y espumeó, y al cabo de unos instantes ya no quedaba nada del santhid. Hasta el globo ocular que Rysn había sentido que la observaba se había disgregado en varias piezas, revelando patas y caparazones en la parte de abajo, piezas que desaparecieron nadando en las profundidades.



ESA noche, Rysn estaba sentada en una pequeña cala, contemplando la hoguera que enviaba humo hacia los Salones en lo alto. El aire gélido olía bien a océano, bien a humo, dependiendo de los caprichos del viento.

Se arrebujo en su chal. Solía tener más frío del que aparentaban sufrir los demás, aunque no llamó a Nikli para que la acercara más al fuego. Necesitaba un poco de soledad. Así que se quedó en su silla, apartada unos siete u ocho metros del resto.

Escuchó las historias que el Lopen contaba a los marineros. Por suerte, los esfuerzos del Radiante para levantarles el ánimo parecían funcionar. Después de consultarlo con la capitana, Rysn había ordenado una parada en tierra para quemar plegarias en honor al santhid. Habían abierto unos barriles de una cerveza especial thayleña y Cuerda estaba preparando estofado. Los esfuerzos acumulados de todos daban la impresión de estar apaciguando a la tripulación.

Pero esa noche, de todos modos, seguía habiendo una corriente submarina de confusión. Todo el mundo parecía tan perplejo como Rysn. ¿Qué clase de augurio era aquel? ¿Un cadáver que aparecía y luego se esfumaba? ¿Había sido un cadáver en absoluto?

Nikli estaba sentado cerca. Chiri-Chiri dormitaba en el suelo al lado de Rysn. La larkin parecía estar empeorando. Dormía cada vez más. Comía cada vez menos. El corazón de Rysn temblaba siempre que pensaba en ello.

Su vinculacaña por fin empezó a emitir una luz intermitente. Rysn la levantó, orientó el tablero y la pluma y dejó que empezara a funcionar.

«Tengo respuestas para ti —escribió la caña. Vstim estaba dictando a su sobrina Chanrm, a juzgar por la letra—. Los alezi te han estado ocultando un secreto, y a mí también, aunque la reina Fen sí que estaba al corriente. Todo lo que te dijo la reina Navani sobre la misión es cierto, pero existe otro motivo más crítico por el que encargó esa expedición. Antaño hubo una Puerta Jurada en Akinah.»

Rysn leyó las palabras de nuevo mientras dejaba que las implicaciones se filtraran en su mente. Una Puerta Jurada. Rysn no había investigado sus ubicaciones. Quizá debería haberlo hecho.

«¿Por qué había una en Aimia? —preguntó—. ¿No era terreno baldío ya mucho antes de la Traición?»

«No —escribió Vstim por medio de su sobrina—. La purga tuvo lugar después de eso, aunque ambas cosas sucedieron hace tanto tiempo que no conocemos muchos detalles. Pero, por lo visto, la capital tenía una Puerta Jurada, igual que Ciudad Thaylen y Azimir. Se supone que el equipo que envió la reina Navani con tu barco debe investigar qué ocurrió con ella.»

«¿Y abrirla?», envió Rysn de vuelta.

«Tengo entendido que no están seguros de que quieran abrirla. Dominar Aimia, y en particular Akinah, requeriría una fuerza militar considerable. Ahora mismo, la reina solo quiere información. ¿Está allí la Puerta Jurada? ¿Hay señales de que el enemigo haya estado investigando allí? ¿La isla es habitable?»

Así que Nikli tenía razón y los Radiantes de verdad habían estado ocultándole cosas. Por lo menos, su secreto era bastante inocente.

«¿Qué hay de lo otro que te he preguntado, *babsk*?», escribió Rysn a Vstim.

«En ese tema no he salido tan airoso —dictó él—. Ningún erudito de entre los que he consultado sabe cómo tomarse tu historia del santhid desintegrado. Aunque lo cierto es que huele un poco a algunas de las antiguas historias que se contaban sobre los aimianos.»

«¿Que podían quitarse los brazos y las piernas? —escribió Rysn—. Conocí a uno de ellos durante la expedición en la que tuve el accidente. Esa criatura parecía muy distinta de lo que hemos presenciado.»

«Cierto —dictó Vstim—. Pero he hablado con la reina Jasnah Kholin sobre lo que me has contado y ella lo encuentra de lo más curioso. Dice que

antiguamente había dos tipos de aimianos. Uno de ellos es la variedad que viste. Hay unos pocos moviéndose entre los pueblos de Roshar.

»En cuanto a la otra... la reina me ha leído una historia antigua sobre unos seres que eran montones vivientes de cremlinos. Crecían en los desvanes de los edificios y devoraban a sus ocupantes. Dice que antes consideraba esas historias como pura fantasía, no más reales que Danzapenumbra o las arpías marinas de la mitología thayleña. Sin embargo, también recalca que desde hace poco ha empezado a recibir más informes sobre sucesos similares, y de fuentes creíbles. Aconseja precaución.»

«Agradecería cualquier otra información que pueda encontrar la reina —escribió Rysn—. Si esto fuese lo único extraño que nos ha ocurrido, no estaría tan alterada. Pero después de los otros hechos que te mencionaba, *babsk*, parece que existe una pauta. Creo que hay alguien en el barco que intenta asustar premeditadamente a mi tripulación. Y podría haber una explicación más plausible que esas historias antiguas.»

«¿A qué te refieres? —respondió Vstim—. ¿Como podría ningún saboteador crear un cadáver de santhid como ese?»

«¿Recuerdas lo que encontré hace seis meses? —preguntó Rysn—. Justo antes de la Batalla de la Explanada Thayleña. ¿Y si el santhid lo ha creado algo como eso?»

«Un Tejedor de Luz enemigo —dijo Vstim—. Crees que tal vez alguien ha invocado la ilusión de un cadáver de santhid y luego ha montado en pánico al darse cuenta de que pretendías remolcarlo en vez de alejarte de él.»

«Exacto —escribió Rysn—. Y entonces ha hecho que la ilusión se descompusiera en cremlinos para encubrir sus actos.»

«Pero si eso es cierto —dictó él de vuelta—, ¿no significaría que tienes cerca a un Tejedor de Luz enemigo? ¿Posiblemente en el barco?»

Rysn no respondió. Significaría justo eso, aunque debía reconocer que no tenía mucha experiencia con lo que podían hacer los potenciadores ni con el alcance de sus capacidades.

«Tengo aquí una vinculacaña emparejada con la reina Jasnah —dictó Vstim—. Espera un momento. Estoy explicándole tu teoría. Ya he advertido a los demás que iba a contarte lo que he averiguado sobre las Puertas Juradas. Les he dejado claro que no me hace ninguna gracia que a una amiga mía la envíen a una misión peligrosa sin toda la información disponible.»

Rysn se quedó mirando la página. ¿Amiga? Vstim era su mentor, su

maestro. A decir verdad, su ídolo. ¿De verdad él la consideraba una amiga, ahora que era más mayor? Había algo en eso que hizo que empezaran a llenársele los ojos de lágrimas.

«Muy bien —dijo Vstim, ignorante de lo mucho que la había afectado una sola palabra suya—. La reina Jasnah está de acuerdo con tu hipótesis. Me ha escrito: “Desde luego, es una observación astuta. Debería haberme planteado esa posibilidad. Nuestro acceso a estos poderes es demasiado reciente y seguimos pasando por alto estas cosas. Da la enhorabuena de mi parte a tu naviera. Y dile que, si de verdad lleva a uno de ellos a bordo, su misión es incluso más importante, ya que implicaría que el enemigo intenta impedirnos que estudiemos Akinah”. Viniendo de esa mujer, creo que es toda una alabanza, Rysn.»

Al ver que la caña no escribía más, Rysn envió una respuesta.

«Bueno, estuve a punto de que me matara uno de esos Tejedores de Luz hace unos meses. No es astucia por mi parte tenerlos en mente, sino más bien instinto de autoconservación.»

«Sí —dijo Vstim—. Rysn... quizá no haya sido sabio por mi parte enviarte a esta misión en particular. Cuantas más vueltas le doy, más me convenzo de que debería haber enviado una flota y no un solo barco.»

«¿Podíamos destinar una flota?», escribió Rysn, aunque sabía la respuesta. Su armada había sufrido un duro revés cuando los parshmenios, los Portadores del Vacío, habían cambiado de bando. La mayoría de los barcos que les quedaban eran necesarios para escoltar los transportes de tropas y para impedir un bloqueo a Ciudad Thaylen. Por tanto, no, era imposible destinar una flota a una expedición como aquella.

Como no llegaba respuesta, Rysn desvió la mirada hacia Chiri-Chiri, que dormía en las piedras a su lado. Entonces empezó a escribir de nuevo.

«*Babsk*, me entrenaste para hacer un trabajo difícil en lugares remotos. Convertiste a una niña egoísta en una mujer, y ahora esa mujer está preparada para aprovechar su experiencia. Puedo hacer esto.»

«No dudo que puedes —dictó Vstim de vuelta—. Pero no quiero que te ocurra nada más estando a mi servicio.»

Rysn miró sus piernas paralizadas, debajo de la tablilla.

«Tendré cuidado —escribió—. Y ya has hecho muchísimo por mí.»

«Me despido, entonces —dijo Vstim—. Confío en tu buen juicio, pero necesito que comprendas que si decides que lo correcto es dar media vuelta,

deberías hacerlo diga lo que diga cualquiera. Debes encabezar esta misión según tu sabiduría.»

Ojalá su tripulación tuviera esa misma fe en ella. Se despidió de Vstim y guardó la vinculacaña. Después, alzó la mirada hacia el cielo oscuro, buscando estrellaspren y escuchando el suave rumor de las olas. En sus primeros viajes acompañando a su *babsk*, había estado tan centrada en sí misma, tan frustrada por perderse fiestas y negociaciones con casas poderosas, que jamás había apreciado aquella belleza. Las estrellas por encima, la brisa marina y los arrulladores susurros de un océano llamándola a su abrazo.

Un leve suspiro anunció que Nikli estaba levantándose y desperezándose cerca de ella. Se acercó.

—Brillante —dijo—, creo que la cena está preparada. Tengo curiosidad por ver si el estofado de Cuerda es mejor que el mío. Voy a ponerme un cuenco. ¿Quieres otro tú?

—Dentro de un rato —respondió Rysn, sin dejar de mirar el océano. Unos pequeños olaspren, con forma de criaturas con cuatro patas, piel lisa y ojos grandes, cabalgaban la espuma hasta llegar a la playa y luego se retiraban a toda prisa con el agua—. Tu pueblo estaba en... Alm, ¿verdad?

—Sí, brillante —dijo él—. En el interior, contra las montañas.

—Eso está cerca de Aimia. ¿Tu gente tiene alguna leyenda o historia sobre ese lugar?

Nikli se sentó en una piedra grande junto a su silla.

—Así es. Muchos supervivientes de la purga terminaron viviendo cerca.

—¿Uñas azules? —preguntó Rysn—. ¿Y ojos de un azul intenso?

—No, también había gente corriente en Aimia —dijo Nikli—. Aunque sí que llevan la barba de esa forma tan rara que es popular en Steen.

—Ah —dijo ella—. ¿Y qué te han contado? Sobre la purga, sobre su país de origen.

—Brillante... la purga fue hace mucho, muchísimo tiempo. Lo que sabemos son sobre todo mitos, transmitidos de generación en generación a base de historias y canciones. No creo que haya nada en ellas que pueda serte útil.

—Me gustaría oírlas de todos modos —dijo Rysn—. Si te parece bien.

Nikli observó las olas durante un tiempo.

—Sucedio por culpa de la caída de los Radiantes —dijo por fin—. Aimia siempre había sido... diferente. La gente que vivía allí tenía mucha relación

con los Radiantes, y es posible que guardara demasiados secretos. Dieron por sentado que esos secretos los protegerían, pero entonces sus aliados cayeron. Y los secretos no pueden empuñar espadas.

»De pronto se quedaron solos en el mundo, y poseían grandes riquezas. Era solo cuestión de tiempo. Quizá algunos invasores temieran de verdad las extrañezas de Aimia. Pero la mayoría veían solo el botín. Los fabriales, las criaturas capaces de detener las armaduras esquiradas, de absorber luz tormentosa. —Titubeó y sus ojos se enfocaron en Chiri-Chiri—. O sea... es lo que cuentan las leyendas. No les daba mucho crédito hasta que te conocí a ti.

—Es fascinante —dijo Rysn, sacando un papel en blanco para registrar las palabras de Nikli—. Los eruditos de todo el mundo hablan de Aimia en susurros. Pero me pregunto si alguna vez han ido a entrevistarse con tu pueblo.

—Seguro que han hablado con los supervivientes humanos —dijo él, bajando la mirada—. Y hay inmortales que vivían en la isla y ahora vagan por el mundo. Soy muy mala fuente de información sobre este tema, brillante.

—Sigue de todos modos —pidió ella—. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo se purgó el lugar?

—No sé si mi conocimiento inadecuado tendrá alguna utilidad para...

—Por favor —insistió Rysn.

Él siguió mirando las olas. Un olaspren valiente trepó por toda la playa de grava hasta los dedos de sus pies antes de volverse y corretear de vuelta al agua.

—Aimia no debería haber existido, brillante —dijo Nikli—. Debería... bueno, debería haber sido siempre como está ahora. Yerma. Demasiado fría como para que crezca gran cosa. No es como Thaylenah, con las corrientes oceánicas favorables tan cerca.

»Pero los antiguos aimianos conocían formas de hacerla exuberante, viva. Hay... historias sobre unos aparatos fantásticos que transformaron Aimia de un erial en un paraíso. Supongo que sería hermosa. La imaginaba así, al escuchar las historias. Pero...

—¿Pero? —lo animó Rysn.

—Bueno, la gente que atacó Aimia tardó poco en darse cuenta de que destruir esos artefactos debilitaría el lugar de manera catastrófica. —Se encogió de hombros—. En realidad, eso es todo lo que sé. Sin esos... fabria-

les, supongo que serían... En fin, sin ellos, la isla no podía mantener una nación.

»Muchos murieron en las guerras. Otros huyeron. Y el lugar siempre ha estado sometido a unas tormentas muy inusuales, así que se volvió inhabitable. Lo saquearon y lo abandonaron. Los supervivientes vinieron a vivir cerca de nosotros. Y sollozaron por su paraíso condenado.

La melancolía en la voz de Nikli hizo que Rysn levantara los ojos de su escritura. Él le lanzó una mirada, se excusó y se fue a buscar la cena. Rysn lo vio marcharse, dando golpecitos con la pluma contra el papel. «Qué curioso...»

Unos pasos en las piedras hicieron que alzara la mirada de nuevo y encontrara una figura solitaria, silueteada contra la hoguera, acercándose. Era la comecuernos, Cuerda, con un cuenco de estofado en la mano.

—Estofado —declaró en alezi, haciendo un gesto hacia Rysn—. Yo hago. ¿Pruebas?

Rysn aceptó el cuenco y sintió la calidez a través de la madera. Estaba bueno. Era un guiso de pescado, con una particular mezcla de especias que había llegado a asociar con las comidas que preparaba la comecuernos. A los tripulantes, desde luego, les gustaba tenerla a bordo: su comida era una mejora sustancial respecto a la del anterior cocinero.

Rysn comió en silencio mientras Cuerda se sentaba en las piedras a su lado.

—¿Capitana? —preguntó Cuerda.

—No soy la capitana —dijo Rysn con delicadeza.

—Sí. Olvido palabra. Pero... brillante, cosa que vimos. ¿Cadáver, convertido cremlinos? Sé de esta cosa.

—¿Ah, sí?

—En Picos tenemos dioses —dijo Cuerda—. Y algunos son... Explico que esta cosa es... ¡Ah, estas palabras! ¿Por qué nadie habla palabras que funcionan?

—Los Picos Comecuernos están en Jah Keved, ¿verdad? —dijo Rysn, y entonces cambió al veden—. Podemos probar así, si te resulta más fácil.

Cuerda puso los ojos como platos y un asombrospren, con forma de anillo de humo en expansión, estalló a su espalda.

—¿Hablas veden?

—Por supuesto —respondió Rysn—. Es... —Se mordió la lengua antes

de decir que era muy parecido al alezi, y fácil de aprender una vez se dominaba el otro idioma. La facilidad era algo relativo, y en tiempos recientes Rysn era más que consciente de que lo que era fácil para alguien podía suponer todo un reto para otra persona—. Es parte de mi formación como maestra comerciante. Alezi, veden, azishiano. Hasta un poco de iriali.

—¡Oh, *mala'lini'ka*! —exclamó Cuerda, cogiéndole la mano—. Por fin alguien que habla una lengua como debe ser. Ojalá lo hubiera sabido antes. Escucha. ¿Esa criatura que hemos visto? ¿El santhid muerto? Es un dios, no-capitana Rysn. Un dios poderoso.

—Interesante —respondió Rysn—. ¿Qué clase de dios?

—Mi gente conoce bien a los dioses —dijo Cuerda, hablando deprisa, ansiosa—. Hay dioses a los que llamáis spren. Hay dioses que son como la gente. Pero algunos dioses... algunos no son nada de eso. El que hemos encontrado es de un grupo llamado los Dioses Que No Duermen.

—¿Y se esconden en desvanes? —aventuró Rysn—. ¿Y devoran a la gente que vive en las casas?

—*Tuli'iti'na*, habladurías tontas de llaneros. Escucha. Son un enjambre de criaturas, pero tienen una sola mente cada uno. Han viajado por nuestra tierra, siempre como un grupo de cremlinos furtivos. No son malvados, pero sí extremadamente reservados.

—Agradezco la información —dijo Rysn, pensativa—. ¿Puedes contarme algo más de esos dioses que no duermen?

—Tal vez —respondió Cuerda—. Sé que los llaneros no hacen caso a nuestras historias ni creen que sean ciertas, pero debes entender esto: esos dioses protegen tesoros. Unos tesoros poderosos, terribles.

—Esa parte suena alentadora —comentó Rysn.

—Sí, pero esos dioses son peligrosísimos, no-capitana. Se los asocia con *apaliki'tokoa'a* que llevan hasta el tesoro... y las historias hablan de orda-lías. Pruebas.

—¿Qué crees tú que deberíamos hacer? ¿Volver a casa?

—Yo... no lo sé —dijo Cuerda, estrujándose las manos—. No tengo experiencia personal. Quizá mi padre sepa más, si pudiera escribirle.

—¿Dónde está? —preguntó Rysn—. Te dejo usar mis vinculacañas, si llegan hasta él. Me interesa toda la información que encuentres acerca de esos seres, por insignificante que pueda parecer en un principio.

—Mi padre está en Urithiru —dijo Cuerda, cogiéndole la mano de nuevo

—. Gracias. Sí, me vendría bien. Él...

Dejó la frase sin acabar y alzó la mirada de golpe hacia el cielo.

—¿Cuerda? —dijo Rysn.

—Spren —respondió ella—. En el cielo.

—Yo no veo ninguno. —Rysn frunció el ceño y levantó la cabeza—. ¿Se ha movido alguna estrella?

—No, no son estrellaspren —explicó Cuerda—. *Apaliki'tokoa'a*. Lopen los llamó suertespren. —Frunció el ceño—. Están arremolinándose en el cielo, y no paran de correr hacia el océano y volver. No les gusta que nos hayamos retrasado. Quieren que continuemos la travesía.

—Un momento —dijo Rysn—. Alguna vez he visto suertespren volando con anguilas aéreas. Ahora mismo no hay ninguna en el cielo.

—¡Ah! —exclamó Cuerda—. ¿No lo sabías? Yo veo a los spren, hasta a los que no quieren que los vean. Es un don, en mi familia y en otros de los míos. —Señaló—. Cuento hasta doce suertespren.

—Qué interesante —dijo Rysn—. ¿Por eso te han traído los Radiantes?

—Bueno —respondió Cuerda—, creo que además Lopen quiere impresionarme. ¿Tal vez? En todo caso, sí. Al principio no lo veía claro, pero me convencieron. Los Radiantes y Rushu querían que buscara spren que quizá tuvieran algo que ver con Aimia. Así que aquí estoy. —Sonrió—. No te haces una idea de lo agradable que es hablar.

Bueno, un misterio resuelto. La presencia de Cuerda en el viaje por fin tenía sentido. Pero era otro secreto que Rysn no comprendía por qué querían guardar los Radiantes... salvo por el hecho de que trabajaban para los alezi. Parecía que esa gente guardaba secretos por pura cuestión de principios.

«Tú trabajas con los gremios thayleños —se recordó a sí misma—. Los alezi no son los únicos que utilizan la información como arma.»

—Cuerda —dijo al ocurrírsele una idea—, ¿podrías saberlo si alguien estuviera ocultándose tras una ilusión? ¿Si quizá no fuese humano pero fingiera serlo utilizando un tejido de luz?

—Eh... creo que no —respondió Cuerda. Volvió a mirar hacia el cielo—. Tenemos que seguir adelante, brillante no-capitana. Estos spren no son altos dioses, pero casi. Están metiéndonos prisa. Pero debemos ir con cautela...

Llegó una llamada desde la hoguera y Huio, que estaba ocupándose del estofado en ausencia de Cuerda, le hizo una seña para que volviera, así que la comecuernos se excusó y corrió hacia el fuego. Rysn removió su estofado

y le dio unas cucharadas, pero de pronto se descubrió incapaz de disfrutar del sabor.

En cierto modo extraño, se sentía entre la espada y la pared. Atrapada entre sus propias expectativas y la muy fundada inquietud de estar sobrepasada por la situación. ¿Estaba empeñándose en seguir con la misión para demostrar su valía, y poniendo así en peligro a todo el mundo? Era el peor momento posible para que Vstim se hubiera pasado a la política. Sus marineros lo necesitaban, y Rysn era una sustituta mediocre.

También estaba muy preocupada por Chiri-Chiri. Pero ¿estaba bien que arriesgara a tantos otros para salvar a un solo ser? Tanto la reina alezi como Cuerda la animaban a continuar, pero ellas no tenían responsabilidad sobre las vidas de los tripulantes del *Vela Errante*. Rysn sí.

Tenía que cuidar de ellos. Aunque no confiaran en ella ni la respetaran. Tenía que ser la mujer que Vstim creía que era. De alguna manera.

Sus reflexiones se interrumpieron cuando el Lopen, Huio y Rushu dejaron el fuego y caminaron hacia ella. Hasta el momento, sentarse apartada de los demás esa noche no había conseguido del todo su objetivo de soledad.

Rysn escondió sus vacilaciones tras una máscara de comerciante y les dio la bienvenida con un gesto de la cabeza. Estaban hablando en alezi sin levantar la voz mientras se aproximaban.

—De verdad que aún lo lamenta mucho —estaba diciendo el Lopen—. Pero yo ya me lo temía. Le he dicho: «Huio, siempre que te haces un bocadillo, pones sin querer el pan ácimo en el centro. ¿Cómo pretendes volver a montar un fabrial?».

—Cierto —reconoció Huio—. Pan en centro está bueno.

—¡Se te pringan los dedos! —exclamó el Lopen.

—Dedos pringados está bueno —dijo Huio.

Rushu no estaba haciéndoles caso y se arrodilló junto a la silla de Rysn. Era la más cómoda que tenía, acolchada y más espaciosa que la de las ruedecitas en las patas traseras. Era lo bastante amplia y recia para que Rushu pudiera mirar bien por debajo.

—Si no te importa... —dijo la fervorosa, y empezó a trabajar en la parte inferior del asiento sin esperar respuesta.

Rysn se sonrojó y se remitió la falda apretándose las piernas. Sí que le importaba. La gente no solía comprender en qué medida Rysn veía sus sillas como una parte de ella misma. Trastear con una era como tocarla a ella.

—De hecho —dijo Rysn—, preferiría que preguntaras primero, fervorosa Rushu.

—Ya he...

—Preguntar. Y luego esperar la respuesta.

Rushu vaciló un momento y salió de debajo de la silla.

—Ah. Mis disculpas. La brillante Navani ya me había advertido de cómo me comporto a veces. —Se sentó en cuclillas—. Tengo una cosa que me gustaría probar en tu silla. Con fabriales. ¿Puedo proceder?

—Puedes —respondió Rysn.

Rushu se echó hacia delante y volvió al trabajo. Nikli llegó también y lanzó una mirada a Rysn que parecía preguntarle si necesitaba ayuda. Ella negó con la cabeza. Todavía no.

—¿Fervorosa Rushu? —dijo el Lopen—. No puedo evitar fijarme en que no nos has explicado a mí ni a la brillante Rysn qué es lo que quieres hacer.

—Ya hablas tú más que suficiente por los dos, Lopen —replicó Rushu.

—¡Ja! —soltó Huio.

El Lopen sonrió y se llevó una mano a la cabeza.

—Hay que probar todas las palabras, sela, para ver cuáles encajan bien y cuáles no.

Rushu dio un gruñido por respuesta desde algún lugar debajo de Rysn.

—Las palabras son como las comidas —dijo el Lopen, sentándose en las piedras cercanas—. Tienen que probarse todas. Y las comidas cambian con el tiempo, ¿sabes? Su sabor. Su significado.

—La gente cambia —repuso Rushu—. Tus gustos cambian. La comida no.

—Qué va, es la comida —dijo el Lopen—. Porque yo sigo siendo yo, ¿sabes? Siempre he sido yo. Es lo único que puedo saber seguro, que yo soy yo. Así que, si el sabor de algo cambia, lo único que puedo decir sin equivocarme es que sabe diferente, ¿sabes? Por tanto, ha cambiado.

—Je —dijo Rushu—. Esto... ¿Lopen?

—¿Sí, sela?

—¿Has... hecho que alguien te lea las *Introspecciones* de Pleadix?

—Qué va —respondió el Lopen—. ¿Por?

—Porque eso que has dicho casi casaba del todo con...

—¿Casar? —preguntó él—. No estoy casado, sela. Sospecho que las mu-

jeres piensan que hay demasiado Lopen, al menos ahora por un brazo de más, claro, para ellas.

—Déjalo estar —dijo Rushu—. Rysn, es verdad que debería explicarme mejor. Me disculpo también por eso. Verás, hoy he hecho un descubrimiento alarmante.

—¿Cuando hemos visto el santhid? —preguntó Rysn.

—¿Eh? Ah, no, no. Estaba echándome la siesta cuando ha pasado eso. No, me refiero a que estos dos Corredores del Viento se han dedicado a jugar con mis vinculacañas esta mañana y...

—Corrección —la interrumpió el Lopen—. Huio estaba jugando con ellas. Yo estaba siendo un primo responsable y riéndome de él por hacerlo.

—Muy bien —dijo Rushu—. Pues entonces Huio es el único a quien culpar de esta genialidad de descubrimiento.

—Correcto, es... —El Lopen se detuvo—. ¿Genialidad?

—¿Genialidad? —preguntó Huio.

—Se ha dejado un trocito de papel de aluminio en el mecanismo —explicó Rushu—. Y ese trocito está interfiriendo con los rubíes parejos de una manera fascinante.

Salió de debajo de la silla de Rysn, se levantó e hizo un gesto hacia la lejanía.

La silla de Rysn se sacudió.

—¡Ah! —exclamó Rushu—. Esta es otra parte que debería haber explicado antes, ¿verdad? Cómo se enfadaría Navani conmigo. Los rubíes están conectados a una cadena y un ancla. ¡No al ancla principal, tranquila! No queremos enviarte a la estratosfera. Mira allí, hacia el árbol. ¿Lo ves? He pedido a los marineros que saquen un ancla de las pequeñas y la aten a unas cuerdas colgadas de ramas.

A lo lejos, un marinero levantó el brazo hacia ellos. Rysn alcanzó a distinguir un ancla pequeña que pendía de un árbol al lado del tripulante. Rushu levantó el dedo hacia el cielo, los marineros hicieron algo con la cuerda...

Y el asiento de Rysn se elevó de sopetón alrededor de medio metro en el aire. Rysn dio un grito y se aferró a los brazos de la silla. Chiri-Chiri por fin despertó del todo en su piedra, levantó la cabeza y trinó.

—La noto inestable —dijo Rysn—. ¿Debería bambolearse así?

—No —respondió Rushu, pero estaba sonriendo de oreja a oreja—.

Huio, ¿eres consciente de lo que has logrado?

—¿Hacer... bamboleos? —preguntó él. Entonces abrió mucho los ojos de golpe—. ¡Bambolea! ¡Bambolea... de lado a lado!

Profirió una exclamación en herdaziano que Rysn no comprendió y luego cogió la mano de Rushu, apenas capaz de contener el entusiasmo.

El Lopen, sentado, se cruzó de brazos.

—¿Puede alguien, por favor, explicarme por qué esos bamboleos son tan fascinantes? —Se giró sobre las caderas—. Están graciosos, eso sí. El Lopen aprueba los bamboleos.

—¿Me permites tocar tu silla, brillante? —pidió Rushu—. ¿Y empujarte un poco hacia el lado?

—Adelante —accedió Rysn.

Rushu dio un empujón suave a la silla de Rysn... y la silla se movió. Rysn se desplazó unos pocos palmos de lado.

—¡Esto debería ser imposible! —exclamó Rysn—. Decías que...

—Sí —confirmó Rushu—. En teoría, los rubíes parejos deben imitar los movimientos del otro con exactitud. Para moverte medio metro a la izquierda, deberíamos haber tenido que mover el ancla medio metro a la derecha, cosa que no hemos hecho.

Rysn se quedó allí flotando, intentando deducir las implicaciones.

Huio dijo algo en herdaziano, se dio una palmada en la frente y estallaron dos asombros pren seguidos detrás de él.

—Cambia... todas cosas.

—Bueno, puede que no *todas* las cosas —dijo Rushu—, pero sí, esto es importante. Rysn, el aluminio está interfiriendo con el mecanismo, volviendo asimétrico el emparejamiento. Los rubíes parejos todavía transfieren el movimiento vertical, pero no el lateral. Así que subirás y bajarás según el desplazamiento del ancla, pero luego podrás moverte en horizontal hacia la dirección que quieras.

—Necesito una pértiga —dijo Rysn, gesticulando—. Para ver si puedo hacerlo yo sola.

El Lopen encontró una rama para ella en un montón de madera caída. Rysn la utilizó para estabilizarse y luego, mordiéndose el labio, empujó contra las rocas.

Funcionó. Voló unos metros por el aire, como si estuviera flotando en el agua subida a su propia góndola personal. Tuvo que usar la rama para dete-

nerse, porque una vez empezaba a moverse no había apenas nada que la ralentizara aparte de la resistencia del aire.

Intentó dar la vuelta a la silla, pero se resistía al giro. Pudo lograrlo con cierto esfuerzo y después se empujó de vuelta hasta cerca de su posición original.

—Hum —dijo Rushu—. Has tenido que hacer girar el ancla para volverte. El mecanismo aún debe de tener conjuntada la rotación. Quizá podamos resolverlo experimentando con el aluminio. En todo caso, es un progreso increíble.

El Lopen se levantó.

—¿Estás diciendo que al romper tu fabrial, Huio también lo ha reparado?

—Tiene lugar más ciencia por medio de accidentes afortunados de la que creerías, Radiante Lopen —dijo Rushu—. Me lleva a preguntarme cuántas innovaciones asombrosas se nos han escapado porque buscábamos otra cosa y no hemos reparado en lo que estábamos haciendo.

»Es posible que no hubiera comprendido el valor de lo que ha hecho el Radiante Huio si no estuviera pensando específicamente en la silla de la brillante Rysn. Al estar haciéndolo, cuando me ha traído la vinculacaña rota, ha sido la curiosidad sobre su problema lo que... Brillante, ¿te encuentras bien?

Los dos miraron a Rysn, que había estado teniendo dificultades para guardar la compostura mientras ellos charlaban. Al final fracasó y empezaron a fluir las lágrimas. Chiri-Chiri trinó, se levantó de un salto y aleteó para ascender lo suficiente y poder agarrarse a la silla con la boca. Rysn la recogió con un brazo mientras seguía sosteniendo la rama con el otro.

—Estoy bien —dijo con toda la dignidad que pudo reunir entre las lágrimas y los alegrespren—. Es que...

¿Cómo podía explicarlo? Acababa de saborear la libertad, algo que se le había negado durante dos años. Todos los demás iban dando brincos por ahí sin preocuparse nunca de ser una carga para otros. No tenían que quedarse quietos, anhelando moverse, para no ser una molestia. No eran conscientes de lo que tenían. Pero Rysn sabía exactamente lo que había perdido.

—Eh —dijo el Lopen, sujetando el brazo de la silla para equilibrarla—. Esto te ha sentado bien, ¿verdad? Te lo mereces, gancha.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Rysn—. Nos conocemos desde hace solo unas semanas.

—Tengo buen ojo para la gente —dijo el Lopen con una sonrisa—. Además, todo el mundo se merece esto.

El Lopen le hizo un asentimiento y un pequeño vientospren con la forma de un joven manco surcó el aire hasta él. O quizá... No, no era un vientospren. Era otra cosa.

Un spren Radiante. Era la primera vez que uno se dejaba ver por ella, y aquel le hizo una inclinación que parecía muy oficial. Entonces se dividió en varias copias de sí mismo, todas las cuales levantaron la mano para saludarla.

—Disculpa a Rua —dijo el Lopen—. Es un poco raro.

—Eh... Gracias, Rua —dijo ella.

—De momento, tendré que retirar estas gemas de la silla, brillante —intervino Rushu—. Necesitaremos usar como mínimo tres para que se mantenga estable más adelante, y quiero reforzar los engarces. Después de eso, nos pondremos a diseñar un procedimiento para que ordenes que alcen o bajen el ancla en algún lugar del barco, y así puedas levitar o no a voluntad.

—Claro, cómo no —dijo Rysn.

Pero se abrazó a Chiri-Chiri mientras la obligaban a regresar al prosaico suelo, sus preciosas gemas arrebatadas. Podía soportarlo. Estaba por llegar algo mejor, no le cabía duda. Vio por delante la independencia, y era una sensación gloriosa. Aunque solo pudiera moverse por sí misma en la cubierta del barco, impulsándose en la regala, ya sería toda una mejora.

¿Y la gente que tanto la había ayudado por vinculacaña esos últimos meses? ¿La que le había regalado el equipo que había diseñado, animándola hacia la autosuficiencia? Pronto tendría la forma de compensárselo. Y tormentas, vaya si lo haría.

—Supongo que esto me dejará sin trabajo —dijo Nikli, acercándose.

Rysn tuvo una punzada de preocupación por él.

—De momento, esto solo servirá para moverme por el barco, si es que termina funcionando bien. Sospecho que todavía necesitaré tus brazos fuertes un tiempo más, Nikli.

Pero él estaba sonriendo.

—Nada me gustaría más que quedarme sin este trabajo, Rysn —dijo con suavidad. Entonces vaciló—. Es un descubrimiento importante para muchísima gente. Deberías apresurarte a transmitirlo por vinculacaña. Para que no se pierda si sucediera algo en esta expedición.

—Muy sensato —respondió Rysn, mirando hacia la hoguera, que perdía fuerza. Estaba haciéndose tarde. Pronto tendrían que regresar al barco para pasar la noche. Ese día no había tormenta, y en aquellas tierras extranjeras estarían más a salvo en el océano que si intentasen acampar en la playa—. De hecho, fervorosa Rushu, quizá deberías informar ya a más personas. No esperes a transmitir esta noticia.

Rysn dio la orden de volver al *Vela Errante* y todos empezaron a recoger. Rushu hizo lo que Rysn le había pedido mientras el Lopen explicaba a los marineros lo que acababa de suceder.

Nikli se arrodilló al lado de la silla.

—Brillante —dijo—, sé que no me corresponde entrometerme en los asuntos de los ojos claros, pero...

—Adelante —dijo Rysn.

—¿Te importa contarme lo que te ha dicho antes la comecuernos?

—Hemos hablado de los spren y de sus dioses. ¿Por qué?

—La otra noche —susurró él—, oí que decía algo sospechoso. Tenía muchas ganas de que la expedición siguiera adelante. Está demasiado deseosa. Hay algo que no me encaja, como si... No lo sé, brillante. Como si estuviéramos yendo hacia algún tipo de trampa.

—Creo que te equivocas con tus sospechas, Nikli —replicó Rysn.

—Tal vez, tal vez —dijo él, asintiendo con la cabeza—. Pero cuando hablabais, ¿te ha recomendado precaución o te ha animado a continuar?

—Me ha animado a continuar, pero con precaución —respondió Rysn—. En eso no se diferencia de la reina alezi, o de la reina Navani, o incluso de la reina Fen. Todas desean que tengamos éxito.

—Y sin embargo, guardan secretos, nos mienten —dijo Nikli—. Sé que no soy nadie importante, brillante. Pero si te trajera pruebas de que la comecuernos tiene malas intenciones hacia nosotros, ¿te ayudaría a darte cuenta de que algo anda mal?

—Supongo que sí —dijo Rysn, frunciendo el ceño.

¿Por qué estaba Nikli tan preocupado? Aunque... lo cierto era que Cuerda se había valido de unos spren invisibles que solo ella podía ver para demostrar que Rysn debía seguir adelante. Y lo cierto era que Navani le había ocultado una parte de la verdad. Sobre un aspecto de la misión, sin ninguna duda. ¿Era posible que también sobre otros?

Pero no tenía sentido. Cuerda estaba con los Radiantes, y ellos confiaban

en ella. ¿Por qué iba Navani a pedir a Rysn que emprendiera aquella misión y luego intentar sabotearla? A menos que los alezi estuvieran más divididos de lo que parecía.

O a menos que...

Se le había despertado la suspicacia.

—Gracias, Nikli —dijo—. Has hecho bien en acudir a mí con esto.

—Me preocupa que estén intentando jugárnosla, brillante —susurró él—. No me gusta que nos manipulen para cumplir los objetivos de los Radian-tes. ¿Quizá deberíamos regresar?

—Tráeme antes esas pruebas —respondió Rysn—. Y de momento, no cuentes a nadie lo que me has dicho.



RYSN se impulsó a lo largo de la regala de babor y su silla, que flotaba medio metro por encima de la cubierta, planeó con suavidad en respuesta. Llegó hasta la proa y allí liberó el mecanismo que Rushu y Huio habían instalado en su asiento. Estaba basado en una bandeja giratoria para servir platos y permitía que la parte superior de su asiento rotara mientras la parte de abajo, la que tenía las gemas, permanecía estática.

Rysn se giró hasta quedar encarada en dirección opuesta y luego regresó hacia donde estaba al principio. Al no haber ninguna resistencia digna de ese nombre una vez empezó, no tuvo que esforzarse mucho. Pero se mantuvo bien aferrada a la regala, ya que no podía evitar imaginar una situación en la que el barco virase y, de algún modo, a pesar del parapeto, terminara flotando allí fuera sobre el océano.

Tardó poco en llegar hasta donde estaba sentado Nikli, y los marcados tatuajes blancos que le cubrían la cara resplandecieron cuando sonrió.

—Ese júbilo en tu cara, brillante... —dijo, con un leve acento en la voz—. Creo que no lo había visto nunca antes en una persona.

Rysn le devolvió una amplia sonrisa y giró su asiento de nuevo, pero en esa ocasión lo fijó dando la espalda al ondulante océano para poder mirar a los marineros faenando. Cuando el barco se escoró por las olas, la silla amenazó con deslizarse de lado y Rysn tuvo que pararla agarrándose a Nikli.

Al mecanismo aún le faltaban algunos ajustes, alguna manera de sujetar el asiento a la borda cuando se detenía. Pero aun así, Rysn apenas podía contener el entusiasmo. Rushu había instalado un peso en el mástil, conec-

tado por medio de rubíes parejos, que permitía a Rysn izarse hasta la altura del alcázar si lo deseaba. Por desgracia, no podía hacer descender la silla de nuevo sin ayuda para levantar el contrapeso, pero de momento estaba disfrutando de más movilidad individual que nunca desde el accidente.

Era una sensación maravillosa. Tan buena, de hecho, que se volvió y empezó a empujarse de nuevo en la otra dirección. Y mientras lo hacía, reparó en que los marineros estaban mirándola. ¿Sería porque los asombraba su silla flotante? ¿O porque podía molestarlos en el trabajo, moviéndose entre ellos como lo hacía? Pero uno de ellos asintió al verla pasar. Y entonces otro levantó el puño hacia ella.

«Están... animándome», comprendió. En ese momento por fin sintió una conexión con los tripulantes. Un vínculo de comprensión. ¿Qué clase de persona buscaba trabajo en un navío? La clase de persona que anhelaba libertad, que no se conformaba con quedarse sentada donde le decían y quería ver cosas nuevas. La clase de persona que deseaba perseguir el horizonte.

Quizá Rysn estuviera imaginando demasiado, pero, fueran cuales fuesen sus motivos, otro marinero alzó el puño cuando ella pasó por delante. El gesto pareció impulsarla a terminar de recorrer la cubierta. Mientras pivotaba y empezaba a regresar una vez más, vio que Cuerda salía a la cubierta principal.

Había llegado el momento. Rysn hizo un asentimiento a Nikli, que se escabulló por la escalera. Rysn estaba a punto de ver confirmadas sus sospechas, y trató de no pensar en lo mucho que iba a dolerle.

Cuerda se quedó cerca de la proa. Sin hacer caso a sus brazos, que empezaban a dolerle por el esfuerzo de parar y empezar a moverse de nuevo, Rysn se volvió y tiró de sí misma en esa dirección hasta detenerse flotando al lado de la comecuernos.

La silla de Rysn la dejaba a una altura algo mayor de la que estaba acostumbrada. Si aquello funcionaba, ¿algún día podría mantener conversaciones al mismo nivel que todos los demás, aunque ellos estuvieran de pie? ¿Podría evitar sentirse como una niña entre adultos?

Cuerda tenía la mirada fija hacia el noroeste. Ya hacía unos días que tenían a la vista Aimia, una isla ventosa y grande, del tamaño aproximado de Thaylenah. Rysn había recibido información adicional de Vstim con todo lo que se sabía sobre la purga, tantos siglos atrás, y los datos confirmaban lo

que le había dicho Nikli. La baja temperatura del agua circundante y su exposición general a las tormentas habían hecho de Aimia una tierra baldía. A grandes rasgos, seguía deshabitada en la actualidad.

La isla más pequeña que creían que era Akinah estaba situada más arriba a lo largo de la costa, aunque su nombre no figuraba en las cartas. Hasta hacía poco, la mayoría de los eruditos suponían que era una más de las muchas islas apelotonadas alrededor de Aimia que habían pasado a ser solo eriales, nada más que crem y polvo. Y las frecuentes tormentas localizadas que había en la zona, sumadas a las traicioneras formaciones rocosas justo bajo la superficie del agua, habían hecho que a lo largo de la historia ningún marino tuviera muchas ganas de explorar la región.

Rysn distinguió nubes en el horizonte, la primera señal de que el barco se aproximaba a su destino, la zona del extraño patrón climático que, según creían, ocultaba Akinah. Cuerda estaba contemplando esas nubes, sujeta a la regala, con el largo cabello rojizo ondulándose a su espalda por el viento.

—La parte que viene ahora podría ser peligrosa, Cuerda —afirmó Rysn en veden—. El *Vela Errante* es un barco recio, de los mejores de la flota, pero ninguna embarcación está nunca a salvo cuando hay mala mar.

—Lo comprendo —dijo Cuerda en voz baja.

—Podríamos atracar en puerto —comentó Rysn—. Hay un pequeño puesto de guardia en la misma Aimia donde nuestra reina tiene a unos pocos hombres vigilando los mares cercanos en busca de patrullas de Portadores del Vacío. Podríamos hacer una parada allí para enviar mensajes por vinculacaña y dejarte en tierra.

—¿Por qué... yo? —preguntó Cuerda—. ¿Por qué me lo dices a mí?

—Porque la charla que mantuvimos me dio la sensación de que te obligaron a venir en este viaje —dijo Rysn—. Y quiero asegurarme de que te parece bien seguir adelante.

—No me obligaron —repuso ella—. Es verdad que no las tenía todas conmigo, así que te agradezco que te preocupes. Pero quiero seguir.

Rysn se sostuvo con firmeza, sus manos en la regala, observando el océano en movimiento. Y aquellas nubes tan funestas.

—A los Radiantes los comprendo. Les han ordenado hacer esto, igual que a mis marineros. Rushu tiene interés en la parte académica, y yo he venido por Chiri-Chiri. Pero tú no eres Radiante, Cuerda. No eres militar ni

erudita. Ni siquiera eres alezi. ¿Por qué participar en una excursión tan peligrosa?

—Necesitaban a alguien que pudiera ver a los spren —respondió ella, alzando la mirada hacia el cielo—. Ya van quince hoy, y...

—Comprendo por qué te enviaron —la interrumpió Rysn—. Pero no por qué viniste. ¿Tiene sentido lo que digo? ¿Por qué *querías* unirme a nosotros, Cuerda?

—Supongo que es buena pregunta —dijo Cuerda, apoyando los codos en la regala—. Tú eres mercader. Siempre buscas lo que motiva a la gente, ¿verdad? Bueno, cuando vivía en los Picos, me gustaba mi hogar. Mi mundo. No quería marcharme. Pero entonces lo hice, para reunirme con mi padre. ¿Y sabes lo que encontré?

—¿Un mundo?

—Un mundo aterrador —dijo Cuerda, entornando los ojos—. Es un lugar extraño. Y me di cuenta de que me gustaba.

—¿Te gustaba estar asustada?

—No. Poder demostrar que era capaz de sobrevivir a cosas aterradoras. —Sonrió—. Pero si preguntas por qué vine aquí, a este viaje... fue por los tesoros.

—¿Tesoros? —preguntó Rysn, con una mirada hacia atrás. Nikli aún no había vuelto—. ¿Eso es todo?

—Tenemos historias sobre este lugar, Akinah —dijo Cuerda—. Grandes tesoros. Quería una parte.

Parecía una respuesta muy mundana, pero Rysn supuso que tampoco debería sorprenderse. Las riquezas eran la gran motivación común a toda la humanidad. Habían formado parte de sus motivos para hacerse comerciante, para someterse a un aprendizaje.

Pero daba una sensación... errónea escuchar esas palabras en boca de aquella alta mujer comecuernos. Parecía tan meditabunda, tan solitaria... ¿De verdad era eso a lo que se limitaba? ¿A un deseo de riquezas?

—Bueno —dijo Rysn—, si de verdad encontramos tesoros, a nadie nos faltará el dinero.

Cuerda hizo un asentimiento brusco. Su postura era casi la de un mascarón de proa. Rysn volvió a echar una mirada atrás y por fin vio a Nikli subiéndole los peldaños. Nikli la miró a los ojos e hizo unos gestos urgentes.

Rysn se disculpó, dio la vuelta a su silla y se empujó hasta el hombre. Él

se inclinó hacia ella y se sacó algo del bolsillo. Un saquito.

—¿Qué es? —preguntó Rysn en voz baja.

—Ruinaoscura —susurró él—. Un veneno muy potente, si se prepara bien. Lo he encontrado escondido entre las cosas de la comecuernos. Brillante... creo que esto debe de ser lo que se usó para matar a la mascota del barco. El grupo de Urithiru no llegó al barco hasta después de que muriera, pero sí que estaban en la ciudad la noche anterior.

—¿Cómo puedes saber seguro que esto mató a Aullido?

—Ya había oído hablar de este veneno —respondió Nikli—. Se dice que oscurece la piel de la gente al matarla, y me enteré de que la piel de ese pobre Aullido había cambiado de color cuando lo encontraron. Brillante, ahora ya no hay duda. Los Radiantes están mintiéndonos. ¿Por qué querían esforzarse tanto en sabotear el viaje?

—Eso me pregunto yo —susurró Rysn.

Desdobló un pequeño pañuelo rojo de su bolsillo y lo hizo ondear. Kstled había estado esperando la señal y bajó corriendo del alcázar, mano en la espada, acompañado de dos de sus mejores soldados. El Lopen y Huio, que habían estado flotando cerca de la nave en vez de explorando alrededor como solían, se dejaron caer también a cubierta.

—¿*Rebsk*? —le preguntó Kstled—. ¿Es el momento?

—Sí —dijo Rysn—. Prendedlo.

Nikli no tuvo tiempo ni de gritar. Kstled lo tenía contra la cubierta en cuestión de segundos, con una gruesa soga impidiéndole mover las muñecas. El breve forcejeo llamó la atención de los marineros, pero los soldados les indicaron que volvieran al trabajo y ellos obedecieron, sabiendo que terminaría llegándoles una explicación. Las noticias tardaban poco en circular en unos confines tan limitados.

—¿Qué ocurre? —farfulló Nikli—. Brillante, ¿qué estás haciendo? ¡Acabo de revelarte quién nos ha traicionado!

—Sí que lo has hecho, sí —dijo Rysn.

Había podido prepararse para aquello durante días, desde que se había convencido de que Nikli era quien estaba creando los «augurios». Pero le dolió de todas formas. Condenación. Con lo auténtico que parecía.

Kstled terminó de atar a Nikli y lo levantó para dejarlo de rodillas. Nikli la miró y sus siguientes protestas murieron en sus labios. Parecía saber que Rysn no iba a creérselas.

—De toda la gente con la que he hablado, Nikli —dijo ella—, solo tú intentabas una y otra vez que diéramos media vuelta. Y cuando te diste cuenta de que no asumía los augurios, me viste buscar al culpable. Así que has creado una culpable para mí.

Nikli solo agachó la cabeza, sin responder.

—Cuando ayer pedí a Kstled que registrara el camarote de Cuerda a conciencia, no encontramos ni rastro de este saquito de veneno en sus cosas —prosiguió Rysn—. Pero tú has vuelto con uno por arte de magia. Además de afirmar que tenías conocimiento de cómo se usó para matar a la mascota del barco.

—Veo que has aprendido todas las lecciones de Vstim, brillante —dijo Nikli por fin.

—Que te traicione alguien en quien confías es un dolor inexplicable —susurró Rysn—. Pero eso jamás es motivo para fingir que no puede suceder.

Nikli flaqueó aún más.

—¿Por qué, Nikli? —preguntó Rysn.

—He... fracasado. No diré nada más, Rysn, salvo para suplicarte con toda sinceridad que des media vuelta.

—Yo puedo hacer que hable, brillante —dijo Kstled.

—Te aseguro, mi buen condestable —dijo Nikli ya sin la menor traza de acento en la voz—, que no hay nada que puedas hacerme para obtener las respuestas que deseas.

El Radiante el Lopen se acercó. Rysn no le había explicado su plan entero, pero le había informado de lo suficiente. Conocía por experiencia propia el peligro que suponían los Tejedores de Luz Fusionados y, si Nikli era uno de ellos, quería cerca a un Radiante preparado para enfrentarse a él.

A petición de Rysn, el Lopen recogió a Chiri-Chiri de su nido de tela en el alcázar y se la acercó. Kstled se levantó e hizo que Nikli se pusiera de pie también, atado. Rysn sostuvo a Chiri-Chiri en alto hacia él, y la larkin dio un trino letárgico.

—¿Hay algo? —preguntó Rysn a la larkin.

Chiri-Chiri dio un chasquido, pero no reaccionó más allá de eso. Rysn la apartó y le ofreció una esfera, cuya luz la larkin devoró encantada.

—No creo que Nikli esté ocultando luz tormentosa o del vacío —dijo Rysn a los soldados—, pero no puedo asegurarlo.

Rascó a Chiri-Chiri en la unión del caparazón con la piel. Si Nikli era un

siervo oculto del enemigo, Chiri-Chiri habría absorbido su luz.

A una orden de Rysn, Kstled envió a dos soldados a registrar las pertenencias de Nikli. Ella no dejó de observarlo, pero el prisionero no mostró ni el menor signo de tener poderes de Portador del Vacío. Se limitó a desfallecer en sus ataduras.

—Dime, Nikli —dijo Rysn—. Cuando busquemos en tu camarote, ¿qué encontraremos? ¿Pruebas de que tú eres quien envenenó a la mascota y puso los gusanos en nuestro grano?

Nikli se negó a mirarla a los ojos.

—Quieres que vire en redondo —siguió diciendo Rysn—. ¿Por qué? ¿Y cómo hiciste ese truco del santhid?

Cuando Nikli no respondió, Rysn miró al Lopen.

—No hay forma de saber si es un Fusionado, gancha —explicó él—. O por lo menos, yo no tengo forma de saberlo. La reina Jasnah, claro, podría hacerlo. Pero para Rua y para mí, parece una persona normal y corriente. Ni siquiera nos serviría hacerle un corte. A un cantor normal le saldría sangre del color que no es. Pero ¿un Tejedor de Luz? Bueno, podría cambiárselo.

—¿Podemos hacer que Cuerda lo inspeccione? —preguntó Rysn—. ¿A ver si encuentra algún spren extraño?

—Intentémoslo —respondió el Lopen, y se fue a buscarla.

Pero Rysn no esperaba gran cosa, por desgracia. Cuerda llevaba toda la travesía coincidiendo con aquel hombre. Si hubiese algo que ver, sin duda la joven ya se habría dado cuenta.

En efecto, al cabo de una breve revisión, Cuerda se encogió de hombros.

—No veo nada fuera de lo normal —dijo en veden—. Lo siento.

—Hemos apresado a su ayudante, brillante —informó Kstled en voz baja—. Por si acaso.

—Plamry no sabía nada de esto —murmuró Nikli.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Kstled.

En otras circunstancias, Rysn lo habría metido en el calabozo. Y a Plamry también, ya que no estaba segura de poder confiar en él. Pero su barco estaba aproximándose a una misteriosa tormenta. Atravesarla y luego explorar la isla al otro lado acapararía toda la atención de sus tripulantes. ¿De verdad quería tener a un posible Portador del Vacío en la bodega del barco?

Por desgracia, si de verdad era un Portador del Vacío, ejecutarlo no servi-

ría de nada: se limitaría a apoderarse de un cuerpo nuevo en la siguiente tormenta eterna. Y si no lo era, Rysn ardía en deseos de interrogarlo cuando hubiera concluido la misión.

—Cuerda, acompáñame un momento, por favor —dijo. Se apartó un poco a un lado y Cuerda la siguió. Rysn le susurró en veden—: Si Nikli fuera un siervo de esos... dioses de los que me hablaste, esos que protegen tesoros, ¿habría alguna forma de saberlo?

—No tengo ni idea —respondió Cuerda en voz baja—. Los Dioses Que No Duermen son poderosos. Terribles. No pueden morir. No se los puede capturar. Son eternos, sin cuerpo, capaces de controlar cremlinos e insectos. Estupendo.

—Radiante el Lopen —llamó Rysn—, ¿querríais Huio y tú llevar a nuestros prisioneros a la isla principal de Aimia? Coged unos grilletes y atadlos a lo que os resulte más conveniente. Dejadles comida y agua. Se quedarán ahí y los recogeremos después de haber explorado Akinah.

—Cómo no, gancha —respondió el Lopen.

No era una solución perfecta. Estaba casi segura de que Nikli habría encontrado la forma de escapar antes de que volvieran a por él. Pero al menos así no lo tendría en el barco. Fuese un Portador del Vacío, un dios o un simple traidor, aquel parecía el mejor modo de proteger a su tripulación. Informaría al puesto de guardia thayleño de dónde estaban. Plamry, por lo menos, podría ser inocente. No quería que se quedara allí solo si al *Vela Errante* le ocurría algo.

Llegó un marinero con los grilletes y Rysn observó, incómoda, cómo se llevaban volando a Nikli y Plamry. Tormentas, ¿tendría que sospechar que cada miembro de su tripulación pudiera ser un Tejedor de Luz enemigo?

Lo único que podía hacer era pedir a la capitana y a Kstled que interrogaran a todos los tripulantes, a ver si alguien no les encajaba. Kstled volvió al alcázar con la capitana Dlrwan, que estaba informada de antemano, por supuesto. Ella hablaría a la tripulación.

Al cabo de un rato, los marineros enviados a registrar las cosas de Nikli volvieron con otro saquito de veneno y, lo más curioso, un libro de recetas escrito en azishiano con anotaciones.

Rysn lo hojeó y encontró notas que decían cosas como: «Los humanos prefieren la sal en abundancia», o «Cocínalo más tiempo del que crees que hace falta, porque suele gustarles la comida pastosa». O la nota más alar-

mante de todas: «Esto encubrirá el sabor», en referencia a un plato muy especiado.

Las implicaciones de aquello la atormentaron. Si sus intentos de hacerlos desistir hubieran fracasado, ¿Nikli habría envenenado a la tripulación? Tenía una lógica aterradora, porque habrían necesitado un nuevo cocinero si encarcelaban a Cuerda, y Nikli había fanfarroneado de lo bien que guisaba. Rysn alcanzaba a vislumbrar un mundo en el que Nikli habría terminado al mando de la cocina del barco y los demás se habrían comido sin saberlo una cena letal.

Era el momento de tomar algunas precauciones adicionales. ¿Unas ratas que probaran cada comida antes de servirla a los tripulantes, quizá?

«¿Quién eres en realidad? —se preguntó mirando a la lejana figura—. ¿Y por qué tanto empeño en mantenernos alejados de esa isla?»

II



EL Lopen sintió un renovado respeto por los marineros thayleños cuando el barco se internó en la tormenta que rodeaba Akinah.

Había pasado las anteriores semanas sentándose con ellos en las comidas, trepando con ellos a las jarcias, fregando con ellos la cubierta o intercambiando historias mientras se mecían en sus hamacas por la noche. Hasta había aprendido un poquito de thayleño. Estaba viviendo en un barco que navegaba, así que supuso —claro— que la mejor manera de pasar el rato era imitar el ejemplo de Huio e intentar hacerse marinero.

Lopen los había oído hablar de lo aterrador que era afrontar el viento y la lluvia estando en el océano. En las tormentas no se navegaba, le habían explicado. Lo que se hacía era agarrarse fuerte, intentar manejar el timón y confiar en sobrevivir hasta el final. Lopen había percibido el tono temeroso en sus voces, pero Condenación, sintió algo diez veces peor cuando el *Vela Errante* entró en aquella extraña tormenta.

Él había volado dentro de tormentas, claro. Era un Corredor del Viento. Pero aquello era distinto. Algo primitivo en su interior se encogió de miedo mientras el viento arremolinaba el agua y la hacía espumear. Ese algo se quedó temblando mientras el cielo cada vez más oscuro pintaba el océano con nuevas y ominosas sombras. Era algo en lo más profundo de su corazón que decía: «Oye, Lopen, esto ha sido muuuy mala idea, mancha».

Rua, por supuesto, se lo tomó todo con una enorme sonrisa en la cara, después de adoptar la forma de una anguila aérea con rasgos humanos. Na-

daba por el aire en torno a la cabeza de Lopen mientras el barco empezaba a oscilar como el juguete de un niño en la bañera.

—¡Lopen! —llamó Turlm, que pasaba corriendo con una soga—. Es mejor que te metas bajo cubierta. ¡Esto de aquí va a mojarse mucho!

—¡No voy a desconcharme, hregos! —respondió Lopen a voz en grito.

Turlm soltó una carcajada y siguió su camino. Era un buen hombre. Tenía seis hijas, nada menos, allá en Ciudad Thaylen. Comía con la boca abierta, pero siempre compartía el bebercio.

Haciendo caso a la advertencia de Turlm, Lopen se agarró fuerte a la borda. Era raro ver el navío desnudo de casi todas sus velas, como un esqueleto sin la carne. Pero aquel barco, claro, era especial. Se suponía que unas bombas fabriales achicarían toda el agua, por mucha que cayera en la bañera. Y había unos estabilizadores que utilizaban fabriales atractores, capaces de mover el peso de un lado a otro en el casco —lo más loco de todo era que estaban contruidos *dentro* del casco— y evitar que el barco zozobrara.

A una orden de la capitana, armaron los remos. Se utilizaban sobre todo para afinar las maniobras a la hora de embestir a barcos enemigos, pero en esa situación servirían para recolocar el barco y que tomara bien las olas. Cuando se veían atrapados en un temporal, los barcos podían intentar «correr» la tormenta. Significaba poner rumbo en la dirección del viento, solo que de una manera específica que a Lopen le sonaba de lo más técnica. Al enterarse había asentido de todos modos, porque las palabras eran bastante interesantes, sobre todo viniendo de labios de hombres en general borrachos.

Pero allí no podían correr la tormenta sin más. Tenían que penetrar en ella, llegar a su núcleo. Así que iban a seguir la tormenta trazando un bucle en torno a Akinah, internándose poco a poco, muy despacio, cada vez más cerca del centro. Y necesitaban adelantarse a las olas, lo que a veces implicaba colisionar con las que hubiera delante. Iban a tener que «partir» esas olas: mantener el barco directo hacia ellas y romperlas con la proa. Los remos ayudarían a mantener la posición adecuada para hacerlo.

Parecía toda una heroicidad afrontar aquellos vientos con solo un pequeño tormentín manejado por unos pocos marineros aguerridos. Los demás estaban abajo, o bien a los remos o cuidando de los fabriales. Lopen no entendía cómo era posible que esa pequeña vela no los hiciera volar de un lado a otro, pero todos decían que funcionaría. También habían atado bolsas de

aceite al otro lado de la borda, con agujeros para que chorrearan, que según ellos evitaría que entrara tanta agua en cubierta.

La capitana se mantenía firme y vociferaba sus órdenes al viento, llevándolos derechos a las fauces de la bestia. Y por los mismísimos Salones que los marineros se lo tomaban con decisión y agallas.

El viento arreció, enviando rociadas de agua a la cara de Lopen. Huio no había querido subir, y decía que Lopen estaba loco por insistir en quedarse en cubierta. Y sí, el agua fría empezó a calar a través de su ropa interior y a darle picores. Pero tormentas, la vista era increíble. Los relámpagos hacían que el agua pareciera chispear, transparente, y enormes masas espumosas se alzaban por los aires. Una tormenta en tierra era todo un espectáculo, claro, pero una tormenta en el agua... era majestuosa. Y también horripilante.

—¡Esto es asombroso! —gritó Lopen, moviéndose aferrado a la regala para acercarse a Vlxim, el timonel de turno.

Había otros tres hombres cerca preparados para ayudar a Vlxim a forcejear con la rueda y controlar la pala. Era lo habitual en los barcos corrientes, pero aquel contaba con algún tipo de mecanismo que ayudaba al timonel, así que tal vez los hombres no fuesen necesarios.

—¡Pues no has visto nada! —bramó Vlxim. Era calvo como Huio, lo que daba a sus cejas un aspecto incluso más gracioso para Lopen, sobre todo mojadas como estaban. Pero tocaba la armónica de maravilla—. ¡Estamos entrenados para navegar al interior de una alta tormenta con este barco si hace falta! ¡Yo me he metido en una! ¡Unas olas altas como montañas, Lopen!

—¡Ja! —replicó Lopen—. Tú sí que no has visto nada. Una vez estuve en un sitio donde chocaron la tormenta eterna y la alta tormenta, y allí la roca fluía como el agua y, claro, había cachos enteros que rompían como olas unos contra otros. Tuve que subir corriendo por un lado y bajar resbalando por el otro. ¡Me destrocé los tormentosos pantalones!

—¡Ya basta! —gritó la capitana para hacerse oír por encima del viento—. No tengo tiempo para que vosotros dos comparéis tamaños. ¡Vlxim, un cuarto a babor!

La capitana echó una mirada a Lopen y él le hizo el saludo militar, porque estaban en su barco y allí superaba en rango hasta a quienes la superaban en rango a ella. Pero le dio la sensación de que la capitana era de esas personas que ya habían nacido siendo oficiales, las que salían de su madre

con sombrero en la cabeza y todo. Esa clase de gente no comprendía que las bravuconadas no se soltaban para hacerte quedar bien, sino para convencer al otro de que no tenías miedo, lo cual era completamente distinto.

Una ola cayó en cubierta y le barrió los pies del suelo, pero Lopen se agarró a la regala de popa y, empapado, sonrió a Vlxim cuando el timonel miró hacia allí. Lopen se enderezó con esfuerzo y pensó en las palabras de Vlxim. ¿Cómo podían las olas ser *más grandes* que aquellas? Subieron por la ladera de una que Lopen habría jurado que era demasiado escarpada para remontarla. Entonces abrieron brecha en la cima, como Punio abría brecha en las multitudes de camino al retrete después de una noche bebiendo.

Lopen aulló mientras se balanceaban y entonces el barco se precipitó por el otro lado de la ola. Rua daba vueltas a su alrededor como una cinta de luz, emocionado, bailando con los olaspreñ que salpicaban en las alturas cuanto topaban dos olas. Hacía una eternidad que no se lo pasaban tan bien.

Entonces a Turlm, el tipo que se había cruzado antes con Lopen llevando una soga, lo pilló desprevenido una ola que se lo llevó de la cubierta. Directo al océano, al abismo oscuro, para que lo reclamara el mar y lo estrangulara el agua.

Bueno, eso no podía ser.

Lopen estalló en luz, saltó por encima de la borda y se enlazó hacia el agua. Atravesó la superficie mientras absorbía tanta luz tormentosa que refulgió en el agua oscura, iluminando una silueta que forcejeaba contra las corrientes que se la llevaban. En fin, Lopen había pasado unos días practicando aquello mientras salía al océano para explorar. Los enlaces funcionaban bien bajo el agua. Y oye, ¿quién necesitaba respirar teniendo luz tormentosa?

Se enlazó hacia la figura oscura, con Rua guiándolo, y atravesó el mar como una especie de criatura subacuática diseñada para moverse por él con velocidad y destreza. O... bueno, como un pez. A esas cosas las llamaban peces, ¿verdad?

Lopen asió por la ropa a la forma que se revolvía y los enlazó a ambos hacia arriba. Rua le iba señalando el camino, porque podía ser un reto sorprendente distinguir las direcciones en la oscuridad submarina. Emergió del océano al cabo de un momento, cargando con un balbuciente Turlm.

Rua echó a volar por delante, llevándolo hacia el barco. Y menos mal, porque en aquella lóbrega tempestad, a Lopen le resultaba tan fácil distin-

guir los detalles como su propio trasero. Al llegar, empujó a Turlm por encima de la regala, cayó también a cubierta y enlazó al hombre al suelo para que no saliese despedido otra vez al mar.

—¡Tormentas! —exclamó Fimkn, que llegó trastabillando para ayudar al otro marinero. Fimkn tenía experiencia médica, y Lopen y él habían hecho buenas migas porque a los dos les habían dicho demasiadas tormentosas veces que se pusieran a hervir vendas—. ¿Cómo lo has...? ¡Lopen, le has salvado la vida!

—Viene a ser a lo que nos dedicamos —dijo Lopen.

Turlm tosió, escupió y entonces se puso a reír sin poder controlarse. Unos alegrespren como hojitas azules dieron vueltas a su alrededor antes de arremolinarse en el aire. Turlm cogió la mano de Lopen en gesto de agradecimiento. La antigua. Su mano del Puente Cuatro, no su mano de Caballero Radiante. Ya había subido un sustituto para ocupar el lugar de Turlm, así que Fimkn lo envió abajo y Lopen lo desenlazó. Tormentas, con qué velocidad había aparecido ese sustituto. Ya esperaban perder a gente. O por lo menos estaban preparados para ello.

Pero no ocurriría mientras Lopen estuviera allí. No se dejaba que los amigos se ahogaran en un océano sin nombre durante una tormenta gélida. Era, claro, una norma básica de la amistad.

Lopen volvió a subir al alcázar. La capitana y los demás que estaban allí tenían cabos para sujetarse, pero debían ser cortos y no valía el mismo truco para los demás marineros, que necesitaban mucha libertad de movimiento. Una cuerda larga atada a un hombre que salía disparado por la borda podía romperle el cuello o estamparlo contra el casco. Tenían mejores posibilidades, aunque siguieran siendo escasas, sin cuerda.

Lopen supuso que debería ser más cuidadoso de lo normal con la capitana, de todos modos. Con su permiso, le pegó un pie a la cubierta, para que pudiera moverse un poco pero tuviera un soporte muy firme del que valerse.

—¿Podrías haber hecho eso desde el principio? —preguntó la capitana—. ¡Antes te he visto pasarlas canutas para seguir de pie! Resbalabas de un lado a otro con las olas. ¿Por qué no te has pegado a ti mismo?

—¡No me parecía justo! —gritó Lopen por encima del ruido cada vez más fuerte de la tormenta—. ¡Tú mantén el rumbo, capitana! ¡Yo cuidaré de la tripulación!

Ella asintió y regresó al trabajo. Se dejaban llevar por el viento, pero, en

la medida de lo posible, manteniendo el control. Lopen tenía que confiar en que la capitana estuviera dirigiendo el barco en su rumbo espiral, gobernándolo siempre hacia dentro. Porque para él nada de aquello tenía ni pies ni cabeza. El mar parecía la mismísima Condenación, encarnada en forma de olas furiosas.

Lopen no perdió de vista a los marineros, pero envió a Rua a vigilar otra cosa. Un tiempo más tarde, después de atravesar una ola tras otra, el pequeño honorspren llegó volando hasta Lopen con la forma de una anguila aérea con la cola larguísima.

—¿Qué pasa, naco? —preguntó Lopen.

Rua señaló cerca en el agua y Lopen distinguió una forma en las profundidades, o al menos una sombra oscura. Era difícil determinar su tamaño porque no sabía a qué distancia de la superficie estaba la criatura, pero Rua insistió con sus gestos. Era uno de ellos. Los seres que devoraban luz tormentosa y habían drenado a los Corredores del Viento que habían tratado de investigar la tormenta en ocasiones anteriores.

—¿Está buceando? —preguntó Lopen, quitándose agua de lluvia de los ojos—. ¿Cómo estás tan seguro de que es uno de ellos, naco?

Rua lo estaba y punto. Y Lopen confiaba en él. Suponía que, claro, Rua sabría de esa clase de cosas, igual que Lopen sabía de chistes de herdazianos mancos.

Leyten y los demás no habían podido informar de mucho sobre aquellas criaturas. Creían que estaban vivas y que no eran spren, pero tampoco podían estar seguros. Los seres habían tenido que acercarse mucho a ellos, eso sí, de modo que Lopen supuso que aquel no podría quitarle la luz estando allí arriba en cubierta. Leyten decía que los había visto flotando a lo lejos en las nubes, desdibujados, hasta que se había vuelto y entonces habían llegado por su espalda para drenarlo.

Pero ¿serían la misma clase de criatura que la que Rysn tenía como mascota? Aquella del agua parecía mucho más grande. ¿Y más informe, tal vez? Lopen tendría que ir con cuidado al rescatar a otros tripulantes, porque si esa cosa lo drenaba mientras estaba allí abajo, sería una catástrofe. Tendría que aprenderse chistes de herdazianos muertos para contar en la ultratumba.

Siguieron navegando durante un tiempo largo y terrible. Lopen no dejó de vigilar en ningún momento, así que estaba preparado cuando Wvlan res-

baló. Lopen llegó a él antes de que saliera despedido del barco, y tiró de ambos contra la borda para dejarlos allí pegados, con el agua cayendo en cascada sobre ellos. Dio a Wvlan una palmadita y soltó una risotada, pero cuando se puso de rodillas para que chorreara el agua que lo empapaba, distinguió la sombra oscura en el agua justo al otro lado del casco del barco. Estaba manteniéndoles el ritmo.

Deseó poder sacar a Cuerda allí fuera para ver si había algún spren extraño cerca. Pero no se atrevía a hacerla subir a aquella tormenta. Sería...

El barco atravesó una última ola y el viento cesó de repente. Fascinado, Lopen se levantó con torpeza y se frotó los ojos de nuevo. Los marineros que estaban cerca se relajaron y aflojaron su agarre en las sogas que habían estado usando para... bueno, para hacer cosas de marineros con aquel tormentín.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Klisn—. ¡Tormentas, es como el cadencentro!

Un asombrospren estalló a su alrededor, y Lopen compartía el sentimiento. Las violentas olas y el viento se movían siguiendo un patrón circular justo detrás de ellos. Las nubes oscuras seguían tapando el cielo, pero el barco surcó unas olas más pequeñas y picadas hasta quedar reposando en paz sobre unas aguas que parecían menos tenebrosas, más del color del zafiro que las que habían cruzado para llegar.

—Oye, Klisn —dijo Lopen—, ¿podrías ir a buscar a Cuerda? Le he dicho que la traería nada más fuera seguro, pero tendría que ir a despegar a tu capitana de la cubierta. Sospecho que le estará gustando más o menos lo mismo que a Punio durante las semanas en que yo tenía un spren y él no.

—Eso está hecho, Lopen —dijo Klisn, y se marchó corriendo.

Era un tipo estupendo. Muy diestro como compañero jugando a las cartas, y además tenía un sentido del humor excelente. Y no solo porque pensara que los chistes de Lopen tenían gracia. También opinaba que los de Huio eran espantosos.

Lopen subió a toda prisa la escalera del alcázar, pero aflojó el paso mientras llegaba junto a la capitana y el timonel. Los dos tenían la mirada perdida en el mar, hacia algo que empezaba a vislumbrarse entre una neblina lejana. Una isla.

Estaba rodeada por enormes agujas de piedra que se alzaban del océano como si alguien hubiera construido una muralla sobre el propio mar. Pero

había un gran hueco en el que faltaba más de una docena, bien porque las hubieran retirado o porque no las colocaran desde un principio. A medida que el barco se aproximaba, las aguas se calmaron tan rápido que daba escalofríos. El hueco reveló una isla casi plana, tan pequeña que Lopen podría recorrer su perímetro en una hora, más o menos. Cerca del centro, distinguió lo que le pareció el muro de una ciudad, y tal vez unas pocas estructuras cerca de él.

—Vaya, que me envíen de una patada a Condenación —murmuró la capitana—. Existía de verdad.



YA estamos llegando, Chiri-Chiri —susurró Rysn mientras unos marineros la acomodaban en su silla del alcázar—. Mira, te he traído a casa.

Chiri-Chiri se acurrucó en sus brazos sin apenas moverse. Rysn la acunó contra su cuerpo mientras la capitana y su hermano conversaban cerca en voz baja. Tormentas, la isla tenía un aspecto... surrealista, con aquel océano demasiado en calma, aquella niebla en la lejanía y aquella empalizada de roca en el agua a su alrededor. La isla en sí era baja y llana, salvo esa parte cerca del centro. ¿Sería una muralla o una meseta natural?

La tripulación se había congregado en cubierta, entremezclada con expectaspren con forma de gallardetes rojos que ondeaban mecidos por un viento inexistente. Rysn estaba demasiado lejos para entreoír lo que susurraban entre ellos, y casi intentó impulsarse a lo largo de la borda para aproximarse. Habían bastado unos pocos días con la silla flotante para que ya casi dependiera de ella.

Pero si aquel lugar resultaba ser un baluarte enemigo, quizá tuvieran que poner pies en polvorosa. No quería arriesgar la silla flotante, así que había ordenado que la guardaran y llevaba las gemas en el bolsillo. Tendría que conformarse con su asiento del alcázar.

De modo que se quedó sentada en silencio, tratando de no sentirse abrumada. Por fin habían llegado. Rysn los había traído a todos hasta allí. ¿Cómo habría procedido Vstim a continuación? Rysn no lo sabía. Había aprendido de la sabiduría de su maestro, pero en esos momentos tendría que confiar en su propio instinto.

Eso le daba más miedo que nunca antes.

—Capitana —dijo volviéndose hacia Dlrwan—, ¿qué opinas? ¿Qué informes llegan del nido de anguilas?

La mujer fue hacia ella con paso firme.

—Tengo a tres hombres con catalejos buscando cualquier cosa sospechosa —dijo la capitana—. No hay señales de vida, aunque sin duda más al interior se alzan unas estructuras. Aquí no hay mucho viento, lo cual me sorprende, pero podemos maniobrar con la palamenta. Estas aguas tienen pinta de traicioneras, así que nos interesa avanzar despacio. Las profundidades que rodean Aimia suelen tener peligros ocultos bajo la superficie.

»En el supuesto de que todo vaya bien, podremos pasar por ese hueco y acercarnos a la isla. —Dlrwan titubeó—. *Rebsk*, los vigías han avistado lo que parecen ser gemas corazón en la playa. Allí tiradas, dejadas de cualquier manera entre los caparazones de bestias caídas.

Qué curioso. Rysn respiró hondo.

—Autorizo una aproximación lenta. Avísame si distinguen alguna otra cosa y, por favor, envía a alguien a pedir a los Radiantes y su grupo que vengan a hablar conmigo.

Lopen, Huio y Rushu estaban charlando en voz baja con Cuerda más abajo, en la cubierta principal. La capitana ordenó a algunos marineros que empuñaran los remos y al poco tiempo estaban deslizándose con cautela hacia el anillo de altas rocas que rodeaba la isla. A Rysn le recordaron a los obeliscos que erigían los nómadas deshi en sus paradas del camino.

Daba una sensación siniestra que los únicos sonidos fuesen los de los remos en el mar, en agudo contraste con los vientos enfurecidos y las aguas que habían dejado atrás. Mientras avanzaban, comprobando la profundidad a ambos lados del barco cada minuto o dos, los Radiantes y sus amigas subieron al alcázar.

—¿Qué ves, Cuerda? —preguntó Rysn en veden.

—Suertespren —dijo ella, señalando hacia delante—. Pero no se acercan a la isla. Hay docenas de ellos volando por aquí fuera. Lopen me ha enseñado la sombra de algo que estaba bajo el agua, y que cree que podría ser lo que drenó la luz tormentosa de los otros Radiantes, pero no he visto ningún spren. La sombra ha desaparecido enseguida, pero creo que debe de ser *toa*, no *liki*. Hum... creo que vosotros diríais físico, no... ¿mental? ¿Del mundo de la mente?

—Interesante —respondió Rysn, aunque no estaba segura del todo de comprenderlo.

—Oye —dijo Lopen—. ¿Hablas...? Eh... ¿Eso era...?

—Veden —dijo Rysn en alezi—. Sí que lo hablo.

—Creo que puedo hacer pasar el barco por ese agujero —dijo la capitana, acercándose—. ¿Cómo quieres proceder, *rebsk*?

—Llévanos tan cerca como te atrevas, capitana —ordenó Rysn.

Dlrwan gobernó el barco con pericia hasta el hueco y, después de volver a comprobar la profundidad, los llevó a través de la abertura. La capitana los aproximó a la isla lo suficiente para que Rysn pudiera distinguir carcassas blanquecinas en la costa, los restos de antiguos grancaparazones. Volvió a levantar a Chiri-Chiri, esperando que la larkin reaccionara de algún modo. Talik había dicho que aquel era su destino. Pero ¿qué debían hacer después de llegar?

Chiri-Chiri no parecía interesada en el lugar, aunque sí miró hacia el cielo y se desperezó trinando con suavidad. Rysn volvió a dejar a Chiri-Chiri con cuidado en su regazo, y la criatura no se movió mucho, aunque mantuvo la atención puesta en el cielo. ¿Sería porque veía aquellos spren invisibles, tal vez?

Kstled se acercó para ofrecerle un catalejo. A través de él, Rysn identificó con facilidad los restos de caparazón y también unas grandes gemas corazón de diamante que estaban dispersas por todas partes. Opacas, sin emitir luz, yacían como si hubieran caído en el punto exacto donde habían muerto las bestias. Algo en ese hecho se le hizo extraño.

—¿Órdenes, *rebsk*? —le preguntó la capitana.

Órdenes. Había llegado el momento de ponerse al mando. Trató de olvidar su corazón agitado y su inquietud por Chiri-Chiri.

—Radiante el Lopen y fervorosa Rushu, supongo que vosotros dos queréis dedicaros a vuestra misión secreta, ¿me equivoco?

Los dos se miraron, con el suficiente bochorno para atraer a unos pocos vergüenzaspren, manifestados como pétalos de flor que flotaban.

—Eh... sí, brillante —dijo Rushu—. Queríamos ir al interior, hacia esos edificios.

—Recomiendo dejar que mis hombres hagan un reconocimiento rápido antes de avanzar —dijo Rysn—. Kstled, llévate un grupo numeroso de ma-

rineros, dejando a los no combatientes en el barco de momento, y asegura la playa. Informa de cualquier cosa fuera de lo normal.

Kstled hizo una inclinación y fue a reunir a los marineros. Bajaron al agua las barcas de remos y el Lopen y Huio subieron a bordo. Rushu los imitó.

—¿Fervorosa Rushu? —la llamó Rysn—. Te sugiero esperar hasta que confirmemos que la playa es segura.

—¡Muy buena sugerencia! —respondió Rushu a viva voz—. Pero no te preocupes por mí, brillante.

Se sentó en el banco de una de las barcas.

Bueno, en teoría la fervorosa no estaba sometida a la autoridad de Rysn, así que podía hacer lo que quisiera. Cuerda tuvo el buen juicio de no marcharse y se arrodilló junto a la silla de Rysn, donde miró a Chiri-Chiri y luego hacia el cielo.

¿Existiría alguna relación entre los suertespren y Chiri-Chiri? Las anguilas aéreas eran la única otra criatura de su tamaño capaz de volar, y muchas veces iban acompañadas de suertespren.

Chiri-Chiri trino de nuevo, lo cual era buena señal. Rysn le dio una esfera para comer y luego volvió la mirada hacia la tormenta. La niebla se la tapaba casi del todo, pero en las zonas donde era menos densa Rysn alcanzaba a ver una extensa barrera de viento y tempestad. Como la muralla de una alta tormenta, solo que soplando en círculo.

—Deberíamos hacer esto tan deprisa como podamos —dijo Rysn a Dlrwan, que aún estaba cerca de ella—. Cuando estemos convencidas de que la costa es segura, que algunos marineros empiecen a explorar el perímetro de la isla. Podemos recoger cualquier artefacto interesante que encontremos y dar tiempo a los Radiantes para...

Chiri-Chiri se revolvió en su regazo. Rysn bajó la mirada mientras la larkin parecía animarse por primera vez en semanas, y entonces se levantó y aleteó. Seguía con la mirada fija en el cielo.

—¿Cuerda? —dijo Rysn en veden—. ¿Chiri-Chiri está viendo suertespren?

—Creo que sí —respondió Cuerda—. Han empezado a volar más bajo.

Rysn entornó los ojos y le pareció que podía verlos. Tenues siluetas de puntas de flecha que titilaban en el aire. Chiri-Chiri trino con más fuerza. Rysn notó que se le aceleraba el corazón y respiraba más rápido. Había em-

pezado a preocuparla que todo aquello hubiera sido en vano, que allí no hubiera nada capaz de ayudar a Chiri-Chiri.

La larkin echó a volar. ¡Tormentas, llevaba una eternidad sin hacerlo con tanto brío!

Los suertespren empezaron a moverse más deprisa. Rysn los perdió de vista y Cuerda dio un respingo. Al instante, Chiri-Chiri viró hacia abajo y se lanzó en picado al agua.

Rysn dio un grito, su emoción transformándose en pánico. Se volvió y se asomó por la borda, acompañada de Cuerda. Chiri-Chiri desapareció casi de inmediato entre las sombras, metiéndose bajo unas rocas y perdiéndose de vista.

—Ha seguido a los spren... —susurró Cuerda—. Está pasando algo. —Entornó los ojos—. Hay algo raro...

La capitana llegó hasta la borda.

—¿Sabías... que podía bucear?

Rysn negó con la cabeza, sintiendo una alarmante punzada de añoranza. ¿Y si...? ¿Y si Chiri-Chiri no regresaba jamás? ¿Y si al llevarla hasta allí, Rysn le había ofrecido la libertad sin saberlo... y la larkin la había aceptado? Bueno, Rysn intentó ver el lado positivo. Eso sería mejor para Chiri-Chiri que seguir enferma. Y si la criatura anhelaba la libertad, Rysn no iba a retenerla.

Pero al mismo tiempo, Rysn tenía muchas emociones entremezcladas con sus experiencias con la larkin. La lenta recuperación de su accidente, su año de melancolía, estar a punto de morir a manos de los Portadores del Vacío... Chiri-Chiri había estado con ella durante todo eso y, en aquel fugaz primer momento preguntándose si se había quedado sola, Rysn descubrió una sorprendente fragilidad en sus sentimientos. Un deseo de aferrarse a algo que amaba y nunca, *nunca* soltarlo.

¿Era egoísta por su parte? Un acuerdo comercial o un intercambio no podía ser satisfactorio a menos que ambas partes obtuvieran algo de él. Pero no todo en la vida eran intercambios y acuerdos comerciales. A veces a Rysn le costaba recordarlo.

—¿Rebsk? —dijo la capitana.

—Voy a... esperar aquí por si vuelve, capitana —respondió Rysn, tratando de guardar la compostura—. Por favor, infórmame de los hallazgos que haga el grupo de avanzada cuando terminen de explorar la playa.



LOPEN estaba de pie en postura teatral a proa de la pequeña barca, con un pie sobre el caperol, su lanza al hombro y Rua manteniendo la misma pose exacta en su otro hombro. Los marineros habían acorullado los remos a su espalda, ya que la barca había pasado a moverse por sí misma. ¿Para qué hacer trabajar a los tripulantes teniendo enlaces?

Además, Lopen veía una sombra bajo la superficie, moviéndose en paralelo a él. Aquellas aguas eran más someras, pero lo que fuese que estaba siguiéndolo se quedaba cerca del fondo y, con el cielo nublado, allí abajo estaba lo bastante oscuro para impedir a Lopen distinguir qué era.

Sin embargo, él seguía convencido de que aquella sombra era lo que podía alimentarse de luz tormentosa. Pero no una criatura pequeña como Chiri-Chiri. Aquello era más grande y tenía una forma distinta. ¿Más plana, quizá? Costaba saberlo a ciencia cierta. Lopen había confiado en que la criatura se acercaría a la superficie e intentaría robar la luz tormentosa que había infundido en la barca.

No lo hizo. Parecía... cohibida. Asustada de él, reacia a un enfrentamiento directo. Así que Lopen procuró no perderla de vista y pidió a Rua que hiciera lo mismo. Era difícil, teniendo en cuenta lo emocionante que iba a ser la siguiente parte.

Por delante, el agua terminaba en una playa de guijarros, cubierta de tormentosas gemas corazón como si fuesen rocabrotes. Los restos quitinosos de grancaparazones las vigilaban con sus ojos huecos, cavernosos. Las armaduras descartadas de bestias muertas mucho tiempo atrás.

La barca de Huio alcanzó a la de Lopen y redujo la velocidad para adaptarse a su avance perezoso por la bahía. El primo de Lopen iba agachado, sosteniendo la lanza en una postura tensa.

—¿Te lo puedes creer, primo mayor? —dijo Lopen—. Vamos a pisar una tierra que nadie había visitado antes.

—Aquí había una ciudad, Lopen —replicó Huio—. Era nada menos que una de las capitales de los Reinos de Época.

—Vale, sí —dijo Lopen—. Pero claro, tiene que haber alguna parte de ella que nadie haya pisado nunca, ¿verdad?

—Yo no estaría tan seguro —respondió él—, teniendo en cuenta el tiempo que perduraron los Reinos de Época y sus supuestos niveles de población.

—Muy bien —dijo Lopen, señalando heroicamente hacia delante, imitado por Rua—. ¡Adelante, pongamos pie en una tierra que nadie ha visitado desde hace siglos!

—Excepto la tripulación de ese otro navío —matizó Huio—, que debió de llegar a la isla, ya que no los encontraron en su barco. Y otros que cabe suponer que mataron a esa gente. Seremos los primeros exceptuando a todos esos.

Lopen suspiró y miró a Rua, que movió la cabeza rodando de un hombro a otro en gesto de irritación y luego hizo que se le cayera.

—Primo —dijo Lopen—, ¿sabes por qué la gente te deja pegado a la pared tan a menudo?

—Para evaluar la fuerza relativa de los Radiantes según su nivel de juramento, midiendo la duración de los enlaces contra la luz tormentosa invertida.

—Es porque eres un aburrido.

—Qué va, decidí hacerlo divertido. Colgar de la pared te da una perspectiva muy fresca sobre la vida.

Huio sonrió y entonces los dos se volvieron de sopetón. La sombra que los seguía bajo el océano había cambiado de rumbo y retrocedía hacia aguas más profundas. Al parecer no quería elevarse lo suficiente para dejar que le echaran un buen vistazo.

El enlace de Lopen se agotó justo mientras la barca raspaba contra las piedras y tomaba tierra por sí misma. Mientras se detenía de golpe, Lopen aprovechó el impulso para inclinarse hacia delante y bajar de un salto a la

costa. Eso sí que era estilo. Miró alrededor para ver si alguien se había fijado. Lástima que Cuerda siguiera en el barco, esperando a que los marineros hubieran explorado la zona.

Los tripulantes saltaron al agua desde las demás barcas de remos y tuvieron que vadear para llegar a la playa. Rua los observó con tristeza.

—Puedes ir a correr por el agua si quieres, naco —le dijo Lopen.

Rua lo miró, sentado todavía en el hombro de Lopen en su forma reducida, y ladeó la cabeza.

—Bueno, sí —respondió Lopen. Siempre sabía lo que quería transmitirle Rua. Las cosas eran así y punto—. Que yo tenga estilo por llegar a tierra con elegante dignidad y control no significa que a ellos les falte estilo al correr entre las olas. Ellos tienen estilo marinero y yo tengo estilo del Lopen. —Dio un golpecito a Rua en la nariz—. Que nadie te diga nunca que el estilo es limitado, como si pudiera agotarse igual que la luz tormentosa. El estilo es el mejor recurso que existe, porque podemos crear tanto de él como queramos. Y hay de sobra, claro, para todo el mundo.

Puso los brazos en jarras y contempló un momento la playa antes de ir corriendo para ayudar a Rushu a salir de su barca, ya que el estilo fervoroso, con todos aquellos papelotes, no incluía mojarse.

—Gracias, Radiante Lopen —dijo ella mientras se ponía su cuaderno bajo el brazo. Un marinero que saltó al agua tras ella llevaba su vinculacaña y el resto de su material—. Bueno, ¿qué opinas de esto?

—Hay dinero —respondió Lopen, señalando las gemas corazón de diamante con la lanza—. Tirado en el tormentoso suelo.

—Sí, es curioso —dijo Rushu.

—¿Lugar... muerto? —aventuró Huio—. ¿Lugar de muertos? —Susurró un reniego en herdaziano, buscando las palabras adecuadas en alezi.

—¡Oh! —dijo Rushu—. Seguro que este es un sitio al que vienen los grancaparazones a morir. He leído sobre estas cosas. Tendré que escribir a la brillante Shallan, que estudia los ciclos vitales de los grancaparazones.

Kstled llegó hasta ellos, con la espalda tan recta como el mástil del barco, una lanza serrada al hombro y una espada corta al cinto. Hizo un gesto en dirección a las riquezas de la playa.

—¿Debo suponer que están malditas y prohibir a mis hombres que se pongan a recogerlas?

—No digas bobadas —replicó Rushu, escribiendo algo en su cuaderno—.

Hemos venido a saquear la isla, condestable Kstled. Que los hombres arrien jarcias o lo que sea que hacen y adelante con ello. Esta noche quiero dormir en una cama de lucro sin fin.

—Pero ¿no eres... fervorosa? —preguntó Kstled—. ¿No tienes prohibidas las posesiones personales?

—Eso no significa que una dama no pueda tumbarse sobre un montón enorme de gemas —dijo Rushu—. Se habla mucho de eso en las historias. Siempre he querido saber lo incómodo que es. —Alzó la mirada de su cuaderno y los contempló a todos con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa? Hablo en serio. ¡Venga! ¡Recogedlo todo! Nos han enviado aquí para llevarnos artefactos de este lugar, y esas gemas desde luego cuentan como tales. Aunque sí que podrías recordar a los marineros que obtendrán su porcentaje tradicional de todo el salvamento, así que serán todos ricos a la vuelta... siempre que no intenten esconder nada ni robar a los demás.

—Asígname a unos pocos de tus mejores hombres, Kstled —pidió Lopen—. Cuando la brillante Rysn dé el visto bueno, me los llevaré junto con la fervorosa y exploraremos hacia el interior. A ver qué encontramos más allá de la playa.

Bueno, y a ver si localizaban la Puerta Jurada. Pero esa parte en teoría era secreta. Rushu decía que la reina quería que se hiciera con discreción, aunque por lo visto Rysn estaba al tanto.

Todo el mundo estaba preocupado por la presencia de una Puerta Jurada allí tan lejos, donde vete a saber quién lograría acceder a ella. Podían mantener cerrado el lado de Urithiru, claro, así que tampoco era un peligro inminente, pero aun así...

Lopen no estaba muy seguro de qué debían hacer con la Puerta Jurada si la encontraban. Él no tenía una hoja esquivada viva, y Huio tampoco. Había propuesto a Kaladin que enviara a Teft con ellos, y la respuesta había sido sorprendente.

«Yo también se lo sugerí a Navani —le había dicho Kaladin—. Y respondió que, si esa Puerta Jurada estaba en manos enemigas, no tenía muchas ganas de enviarles una llave. Tu misión es ver si está allí, averiguar si existe presencia enemiga y volver. Ya decidiremos si las dificultades de ocupar la isla merecen la pena cuando sepamos seguro si está la Puerta Jurada o no.»

Lopen se acercó a Rushu, que estaba haciendo unos bocetos rápidos de la disposición de los exoesqueletos y los lugares donde habían caído las gemas

corazón. Qué desierta parecía estar la isla. Vacía como un hogar sin primos. Pero después de un par de vuelos rápidos, Lopen comprobó que Huio tenía razón y en otro tiempo se había alzado una pequeña ciudad cerca del centro.

Tardó un poco en darse cuenta de que había otra cosa inquietante en aquel lugar, como si no bastara con los caparazones y todo aquel silencio antinatural. No se veía nada de crem. En todos los demás sitios que había visitado, se notaba cuando algo era viejo por la acumulación de crem. Con el tiempo, los edificios pasaban a ser simples bultos en el paisaje.

Pero allí no. Nada de lo que estaba en la playa, ni los caparazones ni aquellas gemas corazón, tenía costra. Ni polvo encima. Aquel lugar estaba, claro, más limpio que el catre de un soldado en día de revista. Descendió y recogió del suelo una pequeña gema corazón de diamante. Al igual que las otras, no brillaba. Debería haber comprendido antes lo que significaba.

«Aquí no cae agua de alta tormenta —pensó, observando las nubes oscuras—. ¿Será porque esos vientos tan raros las alejan?»

Se guardó la gema corazón en el bolsillo, paseó hasta Rushu y miró por encima de su hombro —irritando a la fervorosa, lo cual era divertido— los bocetos que había dibujado. Eran tormentosamente buenos, teniendo en cuenta la velocidad a la que los había hecho.

—Yo una vez me comí doce rollos de chouta en menos de dos horas —le dijo—. Viene a ser más o menos lo mismo, claro.

Ella lo miró perpleja. Quizá no le gustara el chouta.

—Punio se apostó tres clarochips conmigo a que no podía —explicó Lopen—. Así que era una cuestión de honor caballeresco.

Rushu le lanzó una mirada sufrida antes de enrollar sus dibujos y atarlos con un cordelito. Se los entregó a un marinero.

—Lleva esto a la brillante Rysn y dile que la playa es segura, así que nos gustaría seguir hacia la ciudad.

El marinero se fue corriendo, reunió a unos pocos compañeros y se pusieron a remar hacia el barco. Al poco tiempo se izó una bandera verde en el mástil que les daba permiso para continuar, así que Lopen reunió a los marineros que tenía asignados y echó a andar con Rushu tierra adentro.

Huio decidió quedarse con los demás en la playa, pero tenía una vinculaña. No podía usarla para escribir, por supuesto, pero de todos modos a Huio le gustaba utilizarlas. Cuando se activaba una vinculaña, la que estaba emparejada con ella emitía una luz intermitente, así que algunos oficiales

alezi la aprovechaban para indicar que habían recibido un mensaje, como si levantaran un banderín.

Pero Huio iba un paso más allá. Qué loco estaba ese chorlano. Había pensado que podía hacer que la vinculacaña se iluminara cierta cantidad de veces para transmitir distintos mensajes. En el caso que los ocupaba, después de confirmar la conexión, tenía un código. Una luz significaba «todo va bien». Dos significaban «estoy preocupado». Tres significaban «vuelve ahora mismo».

Venía a ser un poco como escribir, pero no pasaba nada porque eran números y nadie pensaba que los números fuesen indecorosos para los hombres. Lopen, claro, usaba los números para montones de cosas. Hasta se había inventado unos cuantos. Además, Dalinar podía escribir libros, así que desde entonces todo era distinto.

Lopen siguió mirando las nubes de arriba mientras caminaba orgulloso con Rua al hombro. Sí, era posible que la gente hubiera estado allí antes. Pero la mayoría de eso había sido mucho tiempo atrás, así que...

—¿Crees que podría decirse que estoy pisando un terreno por el que nunca antes había andado ningún herdaziano? —preguntó a Rushu.

—Sin duda —dijo ella—. Herdaz no existía cuando Aimia era un reino. Tu país es relativamente reciente, a fin de cuentas. Cabe suponer que hay muchos lugares que ninguna persona de nacionalidad herdaziana había pisado antes de que tú y los demás llegais allí. Toda la torre de Urithiru, por ejemplo.

—¡Ja! —exclamó Lopen, haciendo rodar su lanza—. Mira que es tonto ese Huio. Venga, naco, vamos a hacer historia.



RYSN estaba sentada en la silenciosa cubierta de su barco, sola a excepción de la capitana y un pequeño retén. Había un marinero de vigía en el nido de anguilas, vigilando por si había problemas, preparado para gritar una advertencia si algo peligroso se acercaba al equipo de tierra.

Rysn estudió los bocetos que había enviado Rushu. Carcasa apilada, los restos de enormes grancaparazones que habían muerto... y sus gemas corazón. Una riqueza incalculable.

Era demasiado perfecto.

Rysn alzó la mirada al oír pisadas subiendo al alcázar. ¿Cuerda?

—Creía que habrías ido a la costa con el bote de remos, ahora que sabemos que es segura —dijo.

—Debería ir —reconoció Cuerda—. Pero... —Miró el agua asomándose por la borda—. Están todos ahí abajo, en el mar, Rysn. Todos los suertes-pren.

—Bueno —dijo Rysn—, podrías ir a ayudar a recoger las gemas. Hay tesoro a montones en esa playa. Todos los participantes de esta misión van a volver a casa ricos.

Cuerda frunció el ceño.

—Sí, pero es el tesoro equivocado.

—¿Tú también te has dado cuenta? —preguntó Rysn.

—¿Darme cuenta de qué?

—Hay algo que no encaja en esto —dijo Rysn, señalando el dibujo.

—No —dijo Cuerda—. Es solo que... quería otro tesoro. Hojas y arma-

duras esquiradas, como las que tienen los alezi. —Cuerda apoyó los codos en la regala y miró hacia la playa—. Mi pueblo es orgulloso, Rysn. Pero también somos débiles. Muy débiles. No débiles como individuos, sino como nación.

»Pasamos años y años intentando conseguir esquiras. Eso nos costó a muchos de nuestros guerreros más valientes. Y hasta ahora, las únicas esquiras que tenemos pertenecen a mi padre... que se empeña en que no puede usarlas. —Cuerda negó con la cabeza—. Los alezi tienen esquiras. Los thayleños tienen esquiras. Los veden tienen esquiras. Pero en los Picos, no tenemos ninguna.

—No necesitáis esquiras, Cuerda —dijo Rysn—. Vivís en unas montañas apartadas de todos los demás. No pueden llegar hasta vosotros. Ni tampoco...

—¿Ni tampoco quieren?

—Bueno, sí —dijo Rysn—. No es que tenga nada contra ti y tu pueblo. Pero me gano la vida viajando a lugares difíciles para comerciar, y hasta mi *babsk* decía que intentar negociar con los comecuernos era una necesidad digna del séptimo loco. Seguro que tenéis cosas de gran valor, y tu gente parece maravillosa, pero el trayecto se hace tan arduo que el comercio es casi imposible.

Cuerda no dio señales de haberse ofendido. Se limitó a asentir.

—Así han sido las cosas durante muchos años. Nada por lo que el viaje merezca la pena... nada que la gente sepa.

—¿A qué... te refieres?

—Ahora los alezi lo saben —dijo ella—. Y el enemigo lo ha sabido siempre. En los Picos hay un portal, Rysn. Un acceso. Un camino al mundo de los dioses y los spren. —Miró a Rysn a los ojos—. Pronto lo sabrá todo el mundo. Y entonces *querrán* nuestra tierra. Un portal al mundo de los spren es lo bastante valioso para viajar hasta los Picos.

—No lo...

Rysn dejó la frase en el aire. No estaba segura de qué pensar de aquello. ¿Un portal hacia la tierra de los spren? Había oído hablar de Shadesmar, porque los rumores empezaban a extenderse por toda la sociedad. Pero si los comecuernos tenían una forma de llegar a ese lugar...

—Sois aliados de los alezi y el resto de nosotros —dijo Rysn—. Podemos protegeros.

—Perdona —respondió Cuerda—. Tengo amigos alezi. La reina alezi parece noble. Pero saben que los países fuertes toman de los débiles. Dirán que es por el bien de todos. Dirán que nos están protegiendo. Pero se instalarán donde estamos nosotros. Vivirán en nuestras ciudades. Por el bien de todos. —Asintió—. Así que debemos tener esquirlas, y muchos portadores de esquirlada. Y Radiantes, muchos Radiantes. Mi padre podría ser una cosa o la otra. Pero cree que la tradición es más importante que nuestra gente. Lo haré yo en su lugar. Encontraré tesoros. Tenemos que ser fuertes. Muy fuertes.

Rysn tuvo un remordimiento inmediato. Cuando Cuerda le había dicho que buscaba tesoros... bueno, Rysn había dado por sentado que la motivación de la comecuernos era simplista, común.

La gente hablaba de las riquezas y de que la avaricia era algo terrible, y era cierto que podía resultar peligrosa. Pero la ambición de quien no tenía nada por elevarse a una posición mejor no debería desestimarse con tanta facilidad ni considerarse simplista. Implicaba mucho más.

—Entonces, ¿por qué no te unes a la expedición que va hacia el centro de la ciudad? —preguntó Rysn—. Allí podría haber esquirlas.

—Si las hay —dijo Cuerda—, las reclamarán los Radiantes. Yo tengo que ir en otra dirección. Y los spren... —Negó con la cabeza y se volvió hacia Rysn—. Gracias, por cierto.

—¿Por... qué?

—Por no suponer que yo era mala —dijo Cuerda—. Ese hombre, Nikli, intentó... ¿Cómo se dice en veden? ¿Hacer creer a los demás que era malvada?

—Te tendió una trampa.

—Tender. ¿Como la ropa?

—Misma palabra, distinto significado.

—Ah. ¿Por qué, habiendo tantos sonidos, los llaneros hacéis palabras que se oyen igual pero significan cosas diferentes? De todas formas, gracias. Por no pensar que era malvada. Creo que hay mucha gente que rechaza a los extranjeros como yo. Siempre dan por sentado que son malos. Pero tú me creíste a mí en vez de a tu amigo.

—Un hombre muy sabio me enseñó a ver de otra manera el mundo —dijo Rysn—. Ya le darás las gracias cuando te lo presente.

Pero pensar en Vstim hizo que Rysn se diera cuenta de lo que no encaja-

ba en los bocetos de la costa. Señaló el dibujo donde se veían tantas gemas corazón.

—En una ocasión —dijo—, acompañé en una negociación a mi *babsk*, el hombre que me entrenó. La persona con la que hablamos había dejado esferas y gemas por todas partes, como si le dieran igual. Un signo de riqueza. Mi *babsk* negoció con esta persona de forma distinta a como lo había hecho en nuestras anteriores reuniones. Más duro, más al cuello. Eh... significa... bueno, es otra forma de decir «duro», supongo.

Cuerda cogió un boceto.

—¿Esta cosa es lo mismo?

—Tal vez —dijo Rysn—. Al terminar, pregunté a mi *babsk* por qué había actuado así. Y él me respondió: «La gente no deja el dinero a la vista porque sí. Lo hacen para que tú lo veas. O bien quieren fingir que tienen más del que en realidad tienen o...».

—¿O qué? —preguntó Cuerda.

—O quieren que pienses solo en él —dijo Rysn— y pases por alto alguna recompensa mejor. ¿Puedes pedir a algún marinero que venga? Tengo que enviar un mensaje a Rushu.



LOPEN se elevó muy alto, con Rua a su lado, para estudiar la isla. Desde allí arriba parecía muy pequeña.

La ciudad tenía una forma curiosa, como una flor con pétalos radiales. El resto de la isla era un aburrimiento: una playa grandota y larga. No había movimiento ni nada con aspecto sospechoso, lo cual en opinión de Lopen era precisamente como se comportaría un lugar que sí fuese sospechoso.

Descendió hacia el resto del grupo y encontró a Rushu bosquejando un grupo de edificios en las afueras de la ciudad. Estaban cubiertos de crem, que les confería esa familiar apariencia fundida que Lopen asociaba con las cosas viejas.

—Desde ahí arriba parece todo rocas —dijo—. ¿Por qué crees que aquí hay crem y en la playa no?

—Yo diría —respondió ella sin dejar de dibujar— que una parte de esto ya estaba cubierta de crem cuando las altas tormentas dejaron de llegar a la isla. Los caparazones y las gemas corazón de la playa son antiguas, sin duda, pero deben de ser más recientes que estas ruinas.

Lo que Lopen había confundido con una muralla cuando se aproximaban a la isla era en realidad una hilera de edificios. ¿Casas, tal vez? Se veían muy uniformes, y estaban agrupados formando las «puntas» de los pétalos de flor que había visto desde el aire.

Rushu terminó su boceto y pasó a otra página de su cuaderno, en la que había una especie de plano.

—¡Oye! —dijo Lopen—. ¡Eso es clavadito a la ciudad!

—Es un plano antiguo de Akinah —explicó ella—. Esperaba poder utilizarlo para demostrar sin lugar a dudas que estamos en el mismo lugar. Parece que acabas de hacerlo tú por mí.

—Encantado de ayudar —dijo Lopen.

Siguieron avanzando junto a su pelotón de ocho marineros con lanzas, dejaron atrás los edificios cubiertos de crem y se adentraron en el corazón de la ciudad.

Allí los techos estaban todos derrumbados, dejando solo columnas y algunos restos de paredes. Los encontraron cubiertos del suficiente crem para que las ruinas dieran la impresión de estar hundiéndose en el suelo, pero no tanto como para convertirlos en meros pegotes. El resultado daba al lugar una sensación casi de podredumbre, que recordó a Lopen los desechos que solía encontrar en los abismos junto al Puente Cuatro. Aquello eran los huesos, las ramas rotas y la carne marchita de lo que antaño había sido una ciudad imponente.

—Me la había imaginado más grande —comentó Lopen, volviéndose y señalando con la lanza hacia el extremo opuesto de la ciudad—. Podría cruzarla andando, claro, en menos tiempo del que Punio tarda en arreglarse el pelo cuando salimos a bailar.

—Las ciudades antiguas eran todas así —dijo Rushu—. Antes era más difícil construir cortavientos y acueductos, y no tenían una red comercial extensa para reabastecer de comida las ciudades. Así que lo construían todo a una escala mucho menor.

Lopen giró en redondo, agobiado por la sensación de que aquellos edificios derrumbados eran cráneos, con cuencas oculares hundidas por ventanas, chorreando crem endurecido. Rushu envió a los marineros a registrar algunas construcciones y Lopen se estremeció. ¿Por qué lo ponía tan nervioso aquel lugar?

—No... no creo que vayamos a encontrar nada útil aquí, Rushu —dijo, mirando alrededor—. Este sitio es más cascotes que ruinas.

—El hecho de que exista en un estado tan inalterado ya tiene una importancia monumental, Lopen —repuso Rushu—. Será de gran interés para arqueólogos e historiadores. Cuanto más descubrimos sobre la Traición, más nos damos cuenta de que nuestro conocimiento es dolorosamente incompleto.

—Ya me imagino —dijo Lopen mientras la fervorosa alzaba su pequeño

plano—. ¿Se te ocurre dónde podría estar la Puerta Jurada?

—Bueno, la ubicación óptima sería en el centro de la ciudad, para proporcionar un buen acceso radial —respondió Rushu—. O bien ahí, o bien cerca del puerto, para maximizar su uso mercantil. Por desgracia, a juzgar por las tres de Azimir, Kholinar y Ciudad Thaylen, las Puertas Juradas no se situaban de manera óptima. En vez de eso, las tres están a una cómoda y corta distancia de la clase dirigente.

—Tormentosos ojos claros —murmuró Lopen—. Siempre complicándonos la vida a la gente corriente.

—¿La gente corriente? —preguntó ella—. Pero si tú eres un Caballero Radiante.

—El más corriente de todos.

—No paras de decirme lo poco corriente que eres, Lopen.

—Solo es una contradicción si te paras a pensarlo.

—Yo... no tengo respuesta para eso.

—¿Ves? Ya lo vas pillando. Entonces, ¿dónde viviría la gente rica en esta ciudad?

—Imagino que en esos pegotes más voluminosos de ahí. Las Puertas Juradas suelen estar en plataformas grandes, y ese sector parece más elevado que su entorno.

Echaron a andar hacia las ruinas que había señalado Rushu. Mientras lo hacían, Lopen se descubrió aferrando su lanza con fuerza y mirando a su espalda cada dos por tres. Y tormentas, no era el único que estaba inquieto. Aquel lugar tenía algo perturbador, con esas nubes en el cielo, esa niebla a lo lejos, esa quietud.

Todo aquello, claro, era un mausoleo. Solo que en vez de ser para reyes y demás, era el de un pueblo entero. En otro tiempo aquello había sido una capital llena de vida, un núcleo comercial.

No eran solo ruinas. Eran ruinas solitarias, siempre cubiertas de nubes y sin ver jamás el sol, pero sin ver jamás tampoco la lluvia ni las tormentas. ¿Sería por eso por lo que el porteador de Rysn había puesto tanto empeño en mantenerlos apartados? ¿Para impedir que perturbaran la duermevela de aquel lugar? ¿O quizá Lopen habría escuchado demasiadas historias de Roca sobre espíritus y dioses a la luz de la hoguera?

Fuera como fuese, casi dio un salto hasta los mismísimos Salones cuando

llegó alguien doblando una esquina. Lopen profirió un grito y absorbió luz tormentosa, y entonces se sintió ridículo. Era solo Pluv, un marinero.

—Mensaje para la fervorosa Rushu —dijo el hombre—, de la *rebsk*.

Rushu aceptó la nota y la leyó mientras Lopen escrutaba las ruinas de nuevo. Localizó a los ocho marineros y una parte de él se sorprendió de que ninguno hubiera desaparecido misteriosamente. Tenía que decirles que no se separaran, por si acaso.

—Qué curioso —dijo Rushu, guardándose la nota.

—¿Qué decía?

—Es una advertencia —respondió Rushu—. Rysn cree que todo en este lugar es demasiado como esperábamos, demasiado perfecto. Un hueco en las piedras allá fuera, en el agua, que lleva a una playa ideal para desembarcar, ¿y con gemas tiradas por ahí para que se las lleve cualquiera, encima? Supongo que incluso estas ruinas son tal cual me las imaginaba...

—¿Y qué significa? —preguntó Lopen.

—No estoy segura. ¿Por casualidad has recogido alguna gema de la playa?

Lopen hurgó en su bolsillo en busca de la pequeña gema corazón que había guardado antes.

—Tengo una —dijo—. Iba a preguntarte qué pensabas de que no tuviera crem encima, pero entonces me he despistado.

Rushu la tomó de entre sus dedos, sacó una lupa de joyera y empezó a inspeccionar la gema.

—¿Llevas... un trasto de esos en el bolsillo? —preguntó Lopen.

—¿No lo lleva todo el mundo? —dijo ella distraída—. Mmm. No puedo estar segura porque no soy experta, pero creo... Lopen, creo que es falsa. Cuarzo, no diamante.

Lopen frunció el ceño mientras recuperaba la gema. El cuarzo no podía contener luz tormentosa, y podía crearse por moldeado de almas.

—¿Crees... que todas son falsas?

—Es posible.

Lopen dio un profundo suspiro.

—Y así, mi gran fortuna se evapora como la belleza de un hombre, erosionada en las duras costas del tiempo. Igual que aquella vez en la que, claro, estuve a punto de tener un abismoide por mascota que...

—Sí, ya me lo has contado —interrumpió Rushu—. Seis veces.

—Pero tengo un chiste nuevo para el final de la historia. Voy a terminarla diciendo: «Y por eso dejé que se me comiera el brazo». Tiene gracia, ¿eh? Bueno, ya se la verás. En algún momento. —Lanzó la gema corazón falsa al aire y volvió a atraparla—. Pero... ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué hacer que este lugar parezca tan rico?

—Eso mismo querría saber yo —dijo Rushu.

—¿Pretendían impresionarnos, a lo mejor? —propuso Lopen—. Igual pensaron que las riquezas nos distraerían tanto que nos quedaríamos embozados y confundidos. No sabían que yo estoy acostumbrado a tener unas vistas así de increíbles, ya que experimento algo incluso más impresionante cada mañana al despertar.

—¿Ah, sí?

—Cuando me miro en el espejo.

—Y luego te preguntas por qué sigues soltero.

—Ah, no me lo pregunto —dijo él—. Soy muy consciente de que hay tanto de mí que es difícil que una mujer sepa qué hacer con ello. Mi majestuosidad las confunde. Es la única explicación para que huyan tan a menudo.

Le dedicó una amplia sonrisa y Rushu lo sorprendió devolviéndosela. Lo normal era que la gente le tirase cosas cuando decía frases como aquellas.

Rushu lo llevó hasta la sección elevada de la ciudad, y era cierto que recordaba un poco a una plataforma de Puerta Jurada. La fervorosa señaló una estructura a cierta distancia que, por su aspecto, quizá podría haber sido un palacio.

—Si esto se parece en algo a Kholinar —dijo ella—, entonces...

Se volvieron y caminaron hacia una estructura aislada, de las pocas que conservaban el techo, cerca del centro de la plataforma elevada. Dentro encontraron lo que habían estado buscando. Más o menos.

Saltaba a la vista que en otro tiempo aquello había sido una cámara de Puerta Jurada. En el suelo estaban los restos del mismo fresco que las cámaras de otras ciudades, pero el mecanismo se había estropeado o deteriorado. No había hueco en el que introducir una hoja esquivada, ni manera de hacerla girar. Los elementos habían destruido la estructura. Lo único que quedaba era polvo y pedazos de metal herrumbroso.

Lopen frunció el ceño mientras recogía unos pedazos y los frotaba con el pulgar. Miró hacia Rushu, que estaba con los brazos en jarras y la frente

arrugada, pensando. Había algo en aquel lugar que le daba mala sensación. Como si... como si se le atascara en el gaznate al intentar tragárselo. Y no pudiera hacerlo pasar. Tuvo que volver a sacarlo fuera.

—Esto también es falso, ¿verdad? —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rushu.

—Bueno, la Puerta Jurada de las Llanuras Quebradas estaba allí desde hace miles de años, claro, y seguía funcionando cuando la encontramos. Este lugar está mejor protegido, ¿y aquí el mecanismo se ha desintegrado?

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Podría habérmelo creído, pero esas gemas... ¿Y luego encontramos esto al lado del palacio, igual que en Kholinar? Es demasiado obvio.

—Entonces, ¿dónde está la de verdad? —preguntó Lopen.

—Ve a traer a los marineros —dijo Rushu—. A ver si encuentran alguna escalera. O una trampilla. O cualquier cosa en estos escombros que nos permita descender.

A Lopen le pareció raro. La gente no solía construir hacia abajo, porque los sótanos tendían a inundarse. Pero Rushu era lista, así que se echó la lanza al hombro y se marchó a hacer lo que le había pedido. Reunió a los marineros y los envió por parejas a buscar peldaños.

No pudo sacudirse de encima aquella sensación errónea mientras los hombres empezaban a registrar la zona, ni tampoco dejaba de ver cosas con el rabillo del ojo. Aquel tormentoso lugar le ponía los nervios de punta.

Pero Rushu tenía razón. Los marineros no tardaron mucho en hallar una escalera oculta por unos cascotes en una de las construcciones menos impresionantes que circundaban la plaza central, a cierta distancia del palacio.

—Será un sótano para tormentas —dijo Lopen, siguiendo a Rushu hacia abajo con una gema levantada para iluminarse.

—Probablemente —convino ella.

—O podría ser... —dijo cuando llegaron abajo— un callejón sin salida.

En efecto, la escalera terminaba de golpe en una pared de piedra.

Rushu sacó de su cinturón una bolsa pequeña que tintineaba al moverla.

—¿Por qué querías que buscáramos escaleras, por cierto? —preguntó Lopen.

—No es raro que las ciudades antiguas terminen enterradas —dijo ella—. El crem se acumula. Las ciudades modernas lo van retirando para que no se las trague, pero muchas poblaciones más viejas están construidas encima de

las ruinas hundidas de otras anteriores. No es nada extraordinario descubrir un yacimiento arqueológico al excavar una mina, por ejemplo.

—Muy bien —dijo Lopen—. Y entonces...

—Y entonces, tengo otro motivo para creer que la ciudad de arriba es falsa —dijo Rushu—. Lo más probable es que la verdadera Akinah se hundiera en el crem hace años.

Extendió el brazo y su mano emitió un súbito e intenso fulgor. La fervorosa llevaba puestas unas gemas conectadas por cadenitas de plata.

—¡Tormentas! —exclamó él—. ¿Un moldeador de almas?

—Sí —confirmó ella—. A ver si me acuerdo de cómo se usaban estos trastos...

—¿Sabes usarlos?

—Pues claro —dijo Rushu—. Los fervorosos moldeadores de almas los usan a todas horas. Pasé por una fase en la que me apetecía mucho unirme a ellos, hasta que descubrí lo aburrido que era su trabajo. Bueno, tú tápate los oídos y contén el aliento.

—¿Por qué...?

Lo interrumpió el humo que llenó por completo la escalera, haciendo que le pitaran los oídos por la repentina presión, como si se hubiera zambullido a mucha profundidad bajo el agua. Lopen gritó y tosió. Entonces absorbió un poco de luz tormentosa.

Por delante de él, la pared de piedra había desaparecido. Rushu estaba limpiándose el hollín de la cara con un trapo y sonriendo.

—Estás loca —le dijo Lopen.

—Bueno, ya sospechaba que, si de verdad había una Puerta Jurada en Akinah, tendríamos que atravesar piedra para llegar a ella. No me esperaba que estuviera bajo tierra, sino más bien encontrarla cubierta, como la de las Llanuras Quebradas. En todo caso, pedí a Navani que me proporcionara una hoja esquirlada o un moldeador de almas para poder retirar la piedra. Por desgracia, se decantó por la opción menos emocionante. Pero de todas formas, me gusta tener razón. Hace que me cosquillee el estómago.

Lopen se puso a su lado y levantó la gema para iluminar lo que Rushu había abierto. Era una caverna subterránea, con una altura moderada de unos tres metros y medio, pero muy espaciosa. Como... un altiplano.

—Tormentas —dijo Lopen—. La Puerta Jurada sí que está aquí abajo.

—Debió de suponer un esfuerzo extraordinario ocultarla —dijo Rushu—.

Quienquiera que lo hiciese podría haberse limitado a enterrarla, pero querían que siguiera siendo funcional. Así que construyeron una cámara en torno a ella y dejaron que el crem se fuera acumulando con los años.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lopen, entrando y entornando los ojos. Su luz apenas revelaba el edificio de control en el centro. Sí, desde luego era una Puerta Jurada—. ¿Por qué esconderla y luego tomarse tantas molestias construyendo edificios falsos?

—Es evidente —respondió Rushu—. Querían que encontráramos la falsificación y nos marcháramos dando la Puerta Jurada por perdida.

Lopen se detuvo de sopetón. Absorbió las palabras. Esa idea sí que pudo tragársela, pero tenía un sabor horrible.

—Era como... un seguro —susurró—. Para que si alguien llegaba a la isla, no encontrase nada útil.

—¡Pero nosotros hemos sido más listos! —exclamó Rushu—. Tengo que acordarme de dar las gracias a la brillante Rysn por su oportuna nota. Es...

—Rushu —la interrumpió Lopen, sacando la gema que le había dado Huio. No estaba iluminándose—. Eres una lumbrera.

—Sin duda.

—Pero también eres una tormentosa pardilla. Reúne a los marineros, quédate aquí y procura que no te maten.

Dicho eso, corrió escalera arriba absorbiendo luz tormentosa. Despegó de inmediato y voló fuera de la ciudad hacia la playa.

Quien estuviera vigilando aquel lugar se había esforzado mucho en impedir que llegaran. Pero cuando ese plan se había desbaratado, lo más probable era que hubiera decidido permitir que la expedición recogiera unas cuantas gemas falsas y levantara anclas. Lo importante era que no descubriesen el verdadero secreto de la isla.

Pero Rushu y él habían hecho justo eso. Lo cual significaba que el grupo entero corría un grave peligro, aunque la gema de Huio no se hubiera iluminado. Tenía que llegar con los demás bien deprisa.

Se alegró de haber hecho caso a su instinto. Porque cuando llegó a la playa, encontró a Huio siendo devorado por un monstruo. Y esa no era la clase de acontecimiento que un primo debiera perderse.

La primera pista para Rysn llegó en forma de un sonido curioso. ¿Un chasquido, como de caparazón moviéndose?

Había estado esperando a que regresara alguna barca para llevarla a la costa con el equipo de exploración. Quería inspeccionar los restos de gran-caparazones que había en la playa, por si encontraba algo que le sugiriera cómo ayudar a Chiri-Chiri. Se volvió en su asiento del alcázar y miró hacia el origen del extraño sonido. ¿Habría regresado la larkin?

Pero no. El ruido que oía era demasiado fuerte para que lo hiciera una sola criatura. Era... el sonido de centenares de patas moviéndose a la vez.

Lo que vio en el agua hizo que se sintiera como si le hubiera caído un rayo. Había centenares de cremlinos, crustáceos más pequeños que su puño, saliendo del océano y trepando por el casco del barco. Y cada uno de ellos parecía cargar con un trocito de *carne*. Hasta vio uno con un globo ocular en el caparazón.

¿Aquellas cosas habrían hecho trizas a una persona? ¿Serían carroñeras? ¿Algo peor?

Rysn chilló, pero lo hizo una fracción de segundo demasiado tarde para servir de ayuda, porque llegó un grito desde el otro extremo de la cubierta. Los marineros que estaban de guardia empezaron a dar voces mientras el agua alrededor del *Vela Errante* bullía y escupía otros miles de cremlinos parecidos. Chasqueaban y chirriaban y se revolvían subiendo por los costados de la nave.

Unos miedospren de color violeta se acumularon a los pies de Rysn. Nunca antes se había sentido más atrapada por su incapacidad de andar. Cuerda murmuró algo en comecuernos y retrocedió. Rysn, en cambio, tenía que liberarse del cinturón antes de poder escapar.

Fue demasiado lenta. Sus dedos temblorosos no parecían capaces de forcejear con las hebillas. Los extraños cremlinos llegaron en tropel por encima de la borda.

Por fin logró quitarse el cinturón, pero llegado ese punto ya estaba rodeada de aquellos seres. No podía dejarse caer a la cubierta y huir arrastrándose. Se le echarían encima. Así que intentó recogerse en lo alto del asiento.

Sin embargo, en vez de empezar a treparle por las piernas y atacar, algunos cremlinos se amontonaron cerca de ella en la cubierta. Entonces, en un espectáculo grotesco, empezaron a encajar entre ellos. Como personas cogiéndose de la mano y formando una hilera, los cremlinos retorcieron las

patas para entrelazarlas, colocando los caparazones hacia fuera. Los trozos de carne y piel que llevaban se ensamblaron como las piezas de un puzzle.

Formaron unos pies de aspecto humano, y luego piernas. Por ellas treparon más cremlinos que se revolvieron juntos hasta crear un torso, y luego por fin la figura casi completa de un hombre desnudo, sin genitales. La cabeza llegó en último lugar y los ojos se colocaron cuando los últimos cremlinos se introdujeron en el «cráneo». Unas líneas tatuadas ocultaron las uniones de la piel.

Durante unos momentos, tuvo un aspecto nauseabundo: el abdomen palpitaba por las criaturas que se movían dentro. Unos bultos se convulsionaron en sus brazos. La piel de las piernas se separó como si la hubieran rajado, revelando los horrores insectoides del interior. Entonces todo pareció ajustarse y asentarse, y el ser cobró una apariencia humana. Una imitación casi perfecta, aunque las líneas del vientre y los muslos eran mucho más visibles que las de las manos y la cara.

—Hola, Rysn —dijo Nikli. Sonrió y la cara se le plegó a lo largo de líneas que Rysn sabía que no eran meras arrugas, sino divisiones en la piel—. Por desgracia, tu grupo ha demostrado ser muy insistente.

Tormentas. Nikli no era un hombre ni un Portador del Vacío. Era algo peor: un dios de las historias de Cuerda, un monstruo de los relatos de Jasnah. Una abominación compuesta de centenares de piezas diminutas que fingían ser una única entidad.

Cuerda puso una mano en el hombro de Rysn, sobresaltándola, y dio un deliberado paso adelante para situarse entre Nikli y Rysn. La comecuernos habló en su idioma musical y la criatura, para sorpresa de Rysn, respondió del mismo modo.

—¿Cuerda? —susurró Rysn, temblando—. ¿Qué ocurre?

—No sabía que... —respondió Cuerda en veden—. Que los Dioses Que No Duermen... podían aparecerse como personas.

—¿Sabes cómo combatir a uno de ellos?

—Ya te dije que no se puede —respondió Cuerda—. Lunu'anaki, el dios embaucador, nos advirtió sobre ellos en la época de mi abuela, cuando ella era la guardiana del estanque.

—No esperábamos encontrar a una de los Videntes en este viaje —dijo Nikli en veden—. Los tuyos han protegido desde hace mucho la Perpendi-

cularidad de Cultivación. Es lamentable que te unieras a esta expedición. No matamos a los tuyos a la ligera, Hualinam'lunanaki'akilu.

Algunos otros enjambres formaron individuos parecidos a Nikli en cubierta, aunque otros se quedaron como masas de cremlinos que correteaban. La capitana había reunido a la decena aproximada de marineros que seguían en el barco, pero enseguida los rodearon las extrañas criaturas. Tormentas. Los hombres empuñaban lanzas, pero ¿cómo se luchaba contra algo como aquello? Un marinero atacó a una criatura que se le acercó, pero la lanza la atravesó sin hacerle daño y entonces empezaron a salir cremlinos de la cavidad en el cuerpo que rodeaba el asta de la lanza.

—Detén esto —dijo Rysn, que por fin había recuperado la capacidad del habla—. Nikli, negociemos. Por favor, dime lo que quieres.

—Toda oportunidad de negociar se ha perdido —respondió Nikli en voz baja, apartando la mirada en un gesto muy humano de vergüenza—. Hiciste caso omiso a mis advertencias, y tus amigos de la isla no han picado en el anzuelo que les ofrecíamos. Esa era vuestra última oportunidad de escapar ilesos, y algunos de nosotros discutimos largo y tendido para ofreceros siquiera esa oportunidad.

»Pero sois insistentes, como decía. Algunos de nosotros ya sabían que esto terminaría así. Algunos que son menos idealistas que yo. Si te sirve de algo, Rysn, lo siento. De verdad disfruté de nuestro tiempo juntos. Pero es el mismo Cosmere lo que está en juego. Unas pocas muertes ahora, por muy lamentables que sean, evitarán la catástrofe.

Cuerda vociferó algo a Nikli en comecuernos y él profirió una réplica que sonaba enfurecida antes de darle la espalda para gritar hacia los otros que estaban en la cubierta.

—Eso era una distracción —susurró Cuerda a Rysn, volviéndose—. Prepárate. Contén el aliento.

—¿Que contenga el...?

Rysn dio un gañido cuando Cuerda la agarró por la cintura. La mujer se echó a Rysn al hombro, saltó sobre la silla y se arrojó con ella a cuestras por la borda del barco a las oscuras aguas.



POR un instante, Rysn estaba de vuelta en las islas Reshi.

Cayendo.

Cayendo.

Dando contra el agua.

Por un instante se encontró de nuevo en aquellas profundidades, tras haberse precipitado desde una altura tan increíble. Entumecida. Viendo desvanecerse la luz. Incapaz de moverse. Incapaz de salvarse.

Entonces los dos instantes se separaron. No estaba en las islas Reshi, sino en el gélido océano cerca de Akinah. El choque de frío hizo que quisiera dar una bocanada o chillar. Por suerte, mantuvo la boca cerrada mientras Cuerda, buceando sobre todo con las piernas, las impulsaba hacia abajo.

Más profundo.

Más profundo.

Rysn dejaba atrás una estela de miedospren como burbujas. Cuerda era una nadadora inesperadamente poderosa. Pero que la llevaran de aquella manera, que tiraran de ella hacia la oscuridad, hizo que Rysn montara en pánico. Le devolvió no solo el terror de su experiencia cercana a la muerte, sino también la indefensión de las horribles semanas que vinieron después.

Unos actos que antes habían sido cotidianos, como salir de la cama, ir al cuarto de baño o hasta prepararse algo para comer, de pronto se habían vuelto casi imposibles. El miedo, la frustración y la impotencia que acarreó aquello habían estado a punto de superar a Rysn. Había pasado días enteros

tumbada en la cama, pensando que debería haber muerto en vez de convertirse en una carga tan pesada.

Había podido superar esas emociones. Con mucho esfuerzo, y gracias a la ayuda de sus padres y de Vstim, terminó comprendiendo que aún había mucho que era capaz de hacer. Podía mejorar su vida. No era una carga. Era una persona.

Pero mientras el océano se la tragaba de nuevo, descubrió que sus viejos temores seguían vivos y coleando, enconados en su interior. Aquella abyecta sensación de incapacidad. Aquel terror de sentirse completamente a merced de otras personas.

Y entonces vio los spren.

No los miedospren, sino los suertespren con forma de puntas de flecha y cuerpos rechonchos, titilantes. Surcaban el agua alrededor de Cuerda y ella. Docenas. Centenares. La luz del cielo nuboso había desaparecido y a Rysn le dolían tanto los oídos que tuvo que compensar soplando con la nariz pellizcada.

Pero aquellos spren estaban centelleando, alumbrando el camino, animándolas a seguir.

«Os conozco, spren —pensó. Debería estar histérica, temiendo ahogarse. Pero en vez de eso, observó a los spren—. ¿Cómo pude caer desde tan alto y no morir? Todo el mundo dijo que era un milagro...»

Se retorció entre los brazos de Cuerda. Los spren estaban guiándolas hacia una luz centelleante que emanaba de unas rocas. ¿Podía ser un pequeño túnel?

Rysn por fin fue consciente de que empezaban a arderle los pulmones. Se separó de Cuerda, se volvió y empezó a empujarse siguiendo las rocas. Cuerda la siguió al interior y los spren se adelantaron más, guiándolas por las tenebrosas profundidades hasta...

Rysn asomó la cabeza al aire. Cuerda emergió al cabo de un momento.

Rysn respiró a bocanadas, temblando en la oscuridad. ¿Dónde había ido la luz? ¿Dónde habían ido los spren? De pronto había una negrura absoluta, aunque su respiración resonaba en unas paredes cercanas. Parecían haber salido a una especie de caverna situada bajo la isla.

Asió unas rocas a un lado del agua y se aferró a ellas con el brazo derecho mientras buscaba el saquito de esferas que llevaba en el bolsillo iz-

quierdo de la falda. Hurgó en él y sacó un brillante marco de diamante que sostuvo a través de la fina tela del guante de su mano segura.

La luz le reveló a Cuerda, con el cabello rojo pegado a la piel, agarrada a unas piedras cercanas. En efecto, estaban en una caverna, o más bien en un pasadizo que terminaba en un pequeño estanque.

Cuerda se izó sobre las piedras y ayudó a Rysn a salir. Se quedaron sentadas un momento, tosiendo y respirando hondo.

—¿Siguen aquí? —preguntó Rysn al cabo de un tiempo—. Los suertes-pren.

—*Apaliki'tokoa'a* —dijo Cuerda, señalando el aire, aunque Rysn no vio nada—. ¿Se han mostrado a ti?

—Sí —susurró Rysn—. Bajo el agua.

—Nos han guiado, nos han dado velocidad al bucear... —dijo Cuerda—. Mi padre siempre ha tenido las bendiciones de los spren. Le reforzaban el brazo cuando tensaba el Arco de las Horas en los Picos, pero yo nunca he recibido tales bendiciones. —Su dedo trazó un rumbo que llevaba túnel abajo—. Van hacia ahí.

—Las criaturas que han subido al barco... —dijo Rysn—. Nikli, sea lo que sea. Pueden nadar. Dudo mucho que aquí estemos a salvo.

—Quizá haya una salida —respondió Cuerda—. ¿Miro?

Rysn asintió, aunque no albergaba muchas esperanzas. En sus viajes con su *babsk* habían visitado el Lagopuro, donde Vstim la había obligado a leer un libro sobre la gente de la región. Había un capítulo entero que describía cómo drenaba el lugar durante las tormentas y, aunque Rysn no había sacado mucho en claro de la lectura, estaba bastante segura de que en una cámara a tanta profundidad no podía haber aire a menos que le fuese imposible escapar hacia arriba.

Lo cual significaba que estaban acorraladas. Rysn apoyó la espalda en una piedra, con las piernas estiradas por delante. Cuerda se marchó, chorreando y con una esfera para iluminarse. Rysn buscó en sus bolsillos. ¿Qué llevaba encima que fuese útil? ¿Unas pocas esferas más y unos rubíes de fabriles?

Al principio pensó que eran de vinculacañas. Pero no, eran los rubíes de su silla, en engarces de metal con correas para sujetarlos en su sitio. Estaban emparejados con otras gemas en el ancla que habían colgado del mástil del barco.

Se le hacía raro pensar en lo optimista que había sido tan poco tiempo antes. Antes de llevar a la tripulación entera a su perdición. ¿Los Radiantes Lopen y Huio podían salvarlos, tal vez?

«Entonces, ¿qué? ¿Vuelves a estar desvalida? —pensó—. ¿Vas a quedarte sentada y esperar a que alguien venga a cuidar de ti?»

Vstim la había puesto al mando por un motivo. Confiaba en ella. ¿No podía Rysn concederse el mismo honor a sí misma?

—¡Rysn! —llamó Cuerda, y su voz resonó en el pasadizo. La comecuerdos regresó al cabo de poco tiempo, jadeando, con los ojos como platos. Su silueta proyectó sombras enloquecidas en las paredes al mover la mano que sostenía la esfera—. ¡Tienes que ver esto!

—¿Ver qué? —preguntó Rysn.

—Tesoro —dijo Cuerda—. Armadura, Rysn. Armadura esquirrada. ¡Los dioses han oído mis plegarias y me han llevado hasta ella!

Se agachó para volver a cargar con Rysn al hombro.

—Espera —dijo Rysn—. ¿Qué tal si probamos con estos?

Levantó un rubí y lo activó girando una parte del engarce. Eso hizo que el rubí se quedara flotando en el aire.

Cuerda salió corriendo y volvió al cabo de un momento con un banco pequeño y una lanza anticuada. Servirían. Usando las correas de cuero de los fabriales, Rysn los ató a las patas del pequeño banco. Cuando Cuerda levantó el banco y Rysn activó los fabriales, el banco levitó en el aire. Subía y bajaba un poco con los movimientos del barco en la superficie, pero con lo calmado que estaba el océano en aquella zona, no era mucha variación.

Al poco tiempo Rysn ya estaba impulsándose por el aire con la lanza, flotando al lado de Cuerda. Aunque el lugar donde habían emergido era de piedra sin labrar, el siguiente tramo de túnel estaba tallado para abrir un pasadizo. En sus paredes encontraron unos extraños murales. Personas con las manos hacia delante, cayendo por lo que parecían ser portales y saliendo a... ¿una luz?

Poco más allá de ellos, llegaron a una pequeña sala cuadrada. Tendría unos cuatro metros y medio de lado, y los ojos de Rysn se fijaron de inmediato en el increíble mural que dominaba la pared del fondo. Representaba un sol que estaba fragmentándose en pedazos.

Cuerda le enseñó la armadura esquirrada, cuyas piezas estaban apiladas con cuidado en una esquina de la pequeña cámara, junto con algunas armas

ornamentadas y algo de ropa. Ninguna de las armas parecía ser esquirolada, pero... también había unos dispositivos moldeadores de almas, en unas cajitas junto a la pared. Cuatro estaban en un banco idéntico al que Rysn usaba para desplazarse y otros cuatro en el suelo, donde seguramente los habría dejado Cuerda.

Una puerta metálica incrustada en la piedra en el lado izquierdo de la sala estaba entreabierta. Rysn se empujó hacia ella y miró al otro lado, donde había un corredor incluso más largo, con el techo abovedado y paredes de piedra muy bien labrada. Brillaba una luz en algún lugar más al fondo, que iluminaba unos enormes cráneos de caparazón con cuencas oculares negras y profundas.

Rysn se sintió tentada de seguir explorando, pero la retuvo algo que había en el gran mural de la pequeña sala. Se impulsó hacia él mientras Cuerda intentaba activar la armadura esquirolada, lo cual no era mala idea dada su situación. Cuerda le pidió gemas y Rysn, distraída, le entregó su saquito de esferas.

Ese mural... era circular y, con sus incrustaciones de pan de oro, parecía emitir su propia luz. Tenía partes escritas que Rysn no reconoció. No había visto esas letras en ninguno de sus viajes. No era ni siquiera el canto del alba.

Las peculiares letras eran una forma de arte en sí mismas, curvadas en torno al exterior del sol que estallaba, dividido en partes casi simétricas. Eran cuatro pedazos, cada cual a su vez dividido en cuatro piezas más pequeñas.

La lanza se le escurrió de los dedos y cayó con estrépito al suelo. Rysn juraría que podía notar el *calor* de ese sol, ardiendo, inundándola. No estaba furioso, aunque Rysn sabía que lo estaban descuartizando como a una persona sometida a un horrendo aparato de tortura.

Sintió algo emanando de él. ¿Resignación? ¿Confianza? ¿*Comprensión*?

Este es el verdadero tesoro, pensó, aunque no sabía por qué. *Esas palabras. Ardiendo en la pared.*

¿Quién habría creado aquello? Rysn nunca había experimentado tanta grandeza. Siguió las partes del sol que se rompía con los ojos. Pan de oro en el interior. Una capa roja a lo largo de las líneas exteriores para darles profundidad y definición. Contó las esquirolas en su mente, una y otra vez, sintiendo una reverencia hacia el número. El sol la tenía retenida.

Te ha traído hasta aquí, se dijo, una Guardiana de los Antiguos Pecados. Pues claro que así era. Tenía todo el sentido del mundo.

Un momento. ¿Lo tenía?

Sí, pensó. Es lo que ha ocurrido. Ya quedan pocos de ellos. Y por eso los Insomnes se encargan ahora de la tarea.

Por supuesto. ¿Todas aquellas bobadas en la superficie de la isla? Distracciones. Pensadas para evitar que nadie buscara aquello.

Rysn se sacudió y arrancó su mirada del mural. Esos pensamientos parecían los de otra persona, introducidos en su mente. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué había soltado la lanza? Después de tanto trabajo para poder moverse por sí misma, ¿lo dejaba escapar sin más?

Estiró el brazo hacia abajo, pero estaba demasiado elevada en el aire. Al agacharse, sintió una presión en su mente. El mural. Llamándola.

Cerca de ella, Cuerda murmuró en voz baja. Rysn miró y encontró a la comecuernos con las botas de la armadura esquirolada puestas, intentando obligar al peto a aceptar sus esferas.

—Creo que necesitas gemas sueltas, Cuerda —dijo Rysn—, no recubiertas de cristal.

—No tengo bastantes —respondió Cuerda.

—Podríamos usar estas —propuso Rysn, señalando los rubíes de debajo de su banco.

Cuerda vaciló.

—Me parece bien —dijo Rysn—. Si logras que esa armadura esquirolada funcione, podrías ser capaz de defendernos.

Cuerda asintió y se acercó para ayudarla a bajar al suelo. Rysn se sintió... apesadumbrada. Cada vez que llegaba a saborear la libertad, ocurría algo que se la arrebatava.

Cuerda dejó a Rysn sentada en la fría piedra y sacó los cuatro rubíes de sus engarces. Los enganchó en las grebas de la armadura esquirolada, que luego se puso en las piernas. Las piezas se apretaron al instante, encajando en su sitio.

La comecuernos miró el peto.

—Necesitamos más.

Rysn señaló la puerta entreabierta al otro lado de la sala.

—He visto luz por ahí, en el túnel más grande. A lo mejor son gemas.

Cuerda fue corriendo y abrió la puerta del todo para mirar al otro lado de

los enormes cráneos de caparazón, hacia la luz distante.

—Hay spren —dijo, y echó a andar hacia allí, con las botas metálicas tañendo contra el suelo. Cargaba con el peto de la armadura, aunque parecía pesar muchísimo.

Rysn se volvió intentando no mirar la pared, que daba una sensación incluso más cálida. Por desgracia, al poco tiempo empezó a oír agua salpicando desde la dirección del estanque. Su enemigo las había encontrado.

Guardiana de los Antiguos Pecados, pensó. ¿Qué significaba? ¿Por qué se repetía la idea una y otra vez en su mente?

Sintió el mural cerniéndose sobre ella. Eclipsándola. Muy despacio, se volvió y alzó la mirada hacia el sol que estallaba.

Acéptalo.

Conócelo.

CAMBIA.

Se calmó, esperando. Esperando a que...

—Sí —susurró Rysn.

Algo se internó de golpe en su mente. Fluía desde el mural a través de sus ojos, abrasándole el cráneo. La aferró, la retuvo, se *unió* a ella. La luz consumió a Rysn por completo.

Un momento más tarde, se encontró jadeando en el suelo. Parpadeó y se llevó las manos a los ojos. Aunque le caían lágrimas de las comisuras, no tenía la piel en llamas y no se había quedado ciega. Levantó la mirada hacia el mural y vio que no había cambiado en nada. Solo que... ya no sentía ningún calor emanando de él. Era solo un mural. Hermoso, sí, pero ya no...

¿Ya no qué? ¿Qué era lo que había cambiado?

Sonidos de patas correteando. Centenares de leves pisadas en la piedra que llegaban desde atrás. Rysn giró la cintura y recogió la lanza que había estado usando para moverse, pero no era ningún soldado.

¿Qué era, entonces? ¿Una inútil?

«No —pensó, decidida a no volver a hundirse jamás en esa autocompasión—. No soy una inútil ni por asomo.»

Era el momento de demostrar que merecía la confianza de Vstim.



LOPEN voló directo hacia el gigantesco monstruo marino. Se parecía un poco a una larva enorme con la cara en afilado pico. Tenía unos brazos larguiruchos que le salían a lo largo de todo el cuerpo, se había levantado en una postura casi vertical y estaba usando sus puntiagudas extremidades para intentar empalar a los marineros de debajo.

Huio estaba por completo dentro de la boca de aquella criatura, manteniendo sus mandíbulas abiertas con una lanza y evitando a duras penas que lo aplastara. Gracias a eso, Lopen pudo elevarse, agarrar a Huio por el brazo y sacarlo de allí dentro. El ser cerró la boca de golpe tras ellos, partiendo la lanza con un crujido horrible.

Los marineros se habían refugiado en los cráneos de la playa, usando el caparazón para protegerse, empuñando lanzas y encogiéndose ante el monstruo. La criatura era alta como un edificio, rodeada por un enjambre de suertespren con forma de punta de flecha. Lopen se detuvo en el aire, sosteniendo a Huio. Los primos se miraron a los ojos.

Entonces Huio gimió.

—Esto vas a recordármelo toda la vida, ¿verdad?

—¡Ja! —exclamó Lopen—. ¡Se te iban a comer! ¡Iba a devorarte un monstruo gigante que parece algo que chafarías en temporada de gusanos!

—¿Podemos concentrarnos en el combate?

—Eh, ¿te había contado la vez que salvé a Huio de que se lo tragaran? Ya lo creo que sí. Iba a comérselo un monstruo más feo que las mujeres a las que corteja. Y yo volé *dentro* de la boca del bicho para salvarlo. Lo saqué

de encima de la lengua. Y luego fui muy humilde con la gesta tan heroica que había hecho.

—Esa última parte, mejor si te la callas —dijo Huio—. Revelaría a las claras que estás mintiendo. —Dio una bocanada, tomando prestada luz tormentosa de las esferas de Lopen—. Ten cuidado. Por aquí hay unos cremli-nos que roban la luz tormentosa.

—¿Son como la que llevaba la jefa?

—No, no tan grandes —respondió Huio, enlazándose para flotar en el aire—. Y de una raza distinta. No he podido verlos bien, pero creo que vo-laban formando un pequeño enjambre.

Huio descendió y recogió otra lanza del suelo. Lopen alzó la suya y lanzó una mirada a Rua, que había cambiado de forma para imitar la del mon-struo. Se puso a dar saltos y gruñir. El monstruo se volvió hacia ellos y dio una estocada con una extremidad que parecía una lanza, provocando una rá-faga de viento mientras Lopen esquivaba por abajo.

—¿Sabes? —dijo Lopen a Rua—. Sería muy buen momento para decidir que quieres ser una hoja esquivada.

Rua meneó un dedo de crustáceo en su cara. Era un gesto irritado que ex-presaba: «Ya sabes que eso tienes que ganártelo».

—Protegeré incluso a quienes odie —recitó Lopen—. ¿Lo ves? Puedo decirlo. —Esquivó de nuevo—. Es fácil.

Monstruo-Rua meneó otro dedo.

—¡Pero es que yo no odio a nadie! —protestó Lopen—. Y nadie me odia a mí. Soy el Lopen. ¿Como van a odiarme? ¡Estas normas, claro, no son justas!

Monstruo-Rua se encogió de hombros.

—Antes estabas de mi parte en esto, naco —gruñó Lopen—. Es por cul-pa de Phendorana, ¿verdad? No deberías hacer caso a sus lecciones.

Seguramente no era el momento de mantener una conversación como aquella. Tenían un monstruo al que derrotar. Lanza en mano, Lopen voló hacia el monstruo para evitar que atacara a un grupo de marineros.

Rysn dispuso su entorno con toda meticulosidad. Acercó el banco en el que había estado sentada y lo situó delante de ella. Era un poco demasiado

alto y estrecho para ser la mesa de acuerdos de una mercader thayleña, pero lo consideró una aproximación razonable.

Quienes querían cerrar tratos a la manera tradicional se sentaban sobre tapetes en el suelo, uno a cada lado de la mesa. Rysn consiguió que sus piernas quedaran cruzadas, con la espalda contra la pared del mural para ayudar a mantenerse erguida.

Puso las manos en la mesa con las palmas hacia abajo, en la postura formal de negociación, e intentó recordar sus lecciones.

Las criaturas llegaron por las paredes y el techo. Se amontonaron de la misma manera nauseabunda, un revoltijo de cremlinos encajando unos con otros para crear algo que imitaba a un ser humano, pero con inquietantes bultos moviéndose bajo la «piel».

Al poco tiempo Nikli estaba de pie delante de ella.

Rysn controló sus temblores lo mejor que pudo, haciendo caso omiso a los miedospren, y entonces volvió las palmas hacia arriba.

—Esto —dijo— es el gesto tradicional que invita a iniciar una negociación comercial entre dos mercaderes thayleños. No sé hasta qué punto llegaste a absorber nuestra cultura el tiempo que pasaste imitando a un humano.

—Absorbí lo suficiente —respondió Nikli, dando un paso hacia ella. Dejó atrás otras dos figuras. Una podía estar haciéndose pasar por varón y la otra por mujer, aunque costaba distinguirlo. Nikli recogió una túnica que cubría unas pocas lanzas donde habían encontrado la armadura y se la puso—. Soy joven entre los míos, pero he vivido ya bastante tiempo. Navegué con Ceño Largo, ¿sabes? Me caía bien, aunque se pasara de fanfarrón.

Tormentas. Ceño Largo llevaba muerto cuatrocientos años. Rysn hizo acopio de valor. «Oh, tormentas.» Estaba nadando en aguas demasiado profundas con mucho. Y aún notaba aquel extraño calor al fondo de su mente. La presión. El *Mandato*.

Señaló hacia el otro lado de la mesa.

—Siéntate. Negociemos.

—No hay nada que negociar, Rysn —replicó Nikli—. Lo siento. Pero tengo un deber con todo el Cosmere.

—Todo el mundo quiere algo —dijo Rysn, notando que le caía el sudor por los lados de la cara—. Todo el mundo tiene necesidades. Mi trabajo es conectar las necesidades con la gente.

—¿Y qué es lo que supones que yo necesito? —preguntó Nikli.
Rysn miró a aquella cosa a los ojos.
—Necesitas que alguien guarde tus secretos.



EH, Huio! —gritó Lopen—. Me equivocaba en lo de que este monstruo se parece a las mujeres que cortejas. ¡En realidad se parece a ti por las mañanas, antes de tomarte tu omachala!

Una pata hendió el aire como una lanza cerca de Lopen, haciendo saltar astillas de roca al golpear el suelo.

—¡Y también se comporta como tú! —exclamó Lopen, enlazándose hacia atrás.

Estaba dedicándose sobre todo a atraer la atención de la bestia. Quería que se concentrara en Huio y en él, no en los marineros. De hecho, gracias a los anteriores esfuerzos de Huio, parecía que solo había un hombre con heridas graves. Fimkn estaba intentando vendárselas mientras los demás empuñaban lanzas nuevas que habían traído desde las barcas de remos. Demostraron que eran diestros con las armas, arrojándolas para intentar clavarlas en los ojos de la criatura. Una estuvo a punto de alcanzar su objetivo, pero rebotó en el caparazón muy cerca de un ojo.

El monstruo rugió y se alzó de nuevo, un gigantesco y mortífero tubo de color rosa y blanco cubierto de caparazón. Aunque su docena aproximada de brazos parecían flacuchos en comparación con el cuerpo, eran gruesos como troncos de árbol. Alternaban entre intentar atravesar a Lopen e intentar derribarlo del cielo.

Lopen se secó la frente y ordenó a los marineros que retrocedieran más al interior. Por desgracia, aunque la criatura parecía acuática, tenía la suficien-

te movilidad en tierra para ser peligrosa, usando las patas para arrastrarse como una babosa.

El monstruo se volvió de nuevo hacia los marineros, así que Lopen, acompañado por Rua, se lanzó zumbando hacia él para llamar su atención. Intentó clavarle la lanza en la cabeza cerca del cuello, pero el arma rebotó. La criatura era bulbosa como una larva, pero mucho mejor acorazada.

Condenación. Lopen se enlazó y pasó entre los tajos que daban sus patas. ¡Ja! Por lo menos sí que era lento como una larva. Esa cosa apenas podía...

PAM.

Lopen acabó despatarrado contra un peñasco, bocabajo, con las costillas transidas de dolor al soldarse de nuevo con luz tormentosa.

—¡Radiante Lopen! —gritó Kstled, poniéndose a cubierto cerca—. ¿Estás bien?

—Me siento como un moco después de un estornudo —gimió Lopen. Se arrancó a sí mismo de la roca y se dejó caer al lado de Kstled—. Mi lanza no traspasa el caparazón de esa cosa.

—¡Necesitamos una hoja esquirlada! —dijo Kstled—. ¿No puedes invocar una?

—Me temo que no —dijo Lopen—. Es un tema político. —Allí cerca, Huio estaba llamando la atención del monstruo, pero se le terminaba la luz tormentosa. Lopen le gritó—: ¡Que no se te coma otra vez! ¡Pero si se te come, que no te estornude! ¡Es un horror!

—¿Un tema político? —preguntó Kstled.

—Tienes que pronunciar unas palabras —explicó Lopen—, y yo las he dicho, porque son buenas palabras. Pero el Padre Tormenta, claro, no tiene ningún sentido del estilo. —Miró hacia el cielo—. ¡Este sería muy bien momento, oh, gran ventoso! ¡Protegeré incluso a quienes odie! ¡Ya está hecho, especie de dios gancho den!

No hubo respuesta.

Lopen suspiró y se echó la lanza al hombro.

—Muy bien, pues Huio y yo intentaremos llevárnoslo tierra adentro. Entonces tus marineros y tú, claro, cogéis esos botes y os volvéis hacia el barco.

—¡No podemos dejar que nos siga al *Vela Errante*! —protestó Kstled—. ¡Un grancaparazón como ese podría hundir el barco!

—Ya, vale, pues entonces tenemos que retirarnos todos e intentar llevarlo

al interior. ¡A lo mejor podemos refugiarnos en los edificios del centro!

—¿Y si al vernos huir se le ocurre volver al agua y atacar el barco?

—Ya nos preocuparemos de eso si ocurre, ¿de acuerdo? Huio y yo lo distraeremos. Los demás, preparaos para replegaros hacia la ciudad caída.

Kstled titubeó un momento antes de asentir. Lopen se enlazó al aire y salió disparado hacia la criatura. Con un poco de suerte, si lograba acercarse mientras el monstruo estuviera concentrado en Huio, podría asestarle una buena estocada. Y también tenía que dar a Huio un poco más de luz tormentosa. Lopen tenía muchísima, claro, en sus saquitos.

Dio un rodeo por detrás de la larva gigante, pero parecía conocerse el truco. No dejó de moverse, manteniendo un ojo redondo y negro azabache en Lopen mientras descargaba las patas contra Huio.

Huio dio un grito que por suerte atrajo la atención de la criatura. «¡Ahora!», pensó Lopen, aprestando su lanza. Voló más cerca. Cuando el monstruo volviera a mirar hacia él, infundiría la lanza y la enviaría derecha a su ojo.

Lopen sintió un repentino helor.

Una gelidez afloró en su espalda, justo entre los omóplatos, y luego lo inundó por completo. Era algo tan frío que le crispó todos los músculos del cuerpo y lo aturdió. No pudo moverse mientras notaba que le extraían algo.

Su luz tormentosa.

Logró rodar en el aire en un intento de atacar descargando la lanza. Pero era demasiado tarde. Entrevió un enjambre de pequeños cremlinos volando detrás de él, distintos del que Rysn tenía como mascota. Eran más pequeños, quizá del tamaño de su puño cerrado, y más bulbosos, dos docenas de criaturas que apenas lograban mantener el vuelo. Pero había bastado con que se alimentaran de él para drenarlo.

Mientras caía a plomo por el aire, fue presa del pánico. Se habían llevado también la luz de sus saquitos. No le quedaba nada que absorber. Iba a...

Se estrelló. Fuerte. Algo se partió en su pierna.

El monstruo onduló hacia él, abriendo sus horribles fauces y mirándolo con aquellos ojos terroríficos. Parecía ansioso cuando levantó las patas para aplastarlo.

—Estabas presente cuando hablé con Navani Kholin —dijo Rysn a Nikli—. Sabes que no es de las que se dejan disuadir.

—La Madre de Máquinas. —Nikli lo dijo como un título distintivo—. Sí. Somos... conscientes.

—Intentasteis espantar a sus Corredores del Viento cuando investigaron esta isla —prosiguió Rysn—, así que ella envió un barco. ¿Qué crees que pasará si ese barco desaparece misteriosamente? ¿Crees que va a rendirse? Lo próximo que enviará será una flota.

Nikli suspiró y la miró a los ojos.

—Estás dando por hecho que no tenemos planes para esa posibilidad, Rysn —dijo. Daba una impresión muy genuina. Aunque por dentro estaba hecho de monstruos, parecía ser la misma persona a la que Rysn había llegado a conocer en sus viajes.

—Hasta el momento, vuestros planes no han funcionado —replicó ella—. ¿Por qué das tú por hecho que el próximo para asustar a los Radiantes lo hará?

—Yo... Ojalá hubierais mordido nuestro anzuelo —dijo Nikli—. Algunos de nosotros querían enviar a pique el barco en el momento en que atravesó la tormenta. Pero los demás los convencimos. Les aseguramos que os contentaríais con las gemas corazón. Se supone que también debíais encontrar un pequeño alijo de mapas y escritos muy antiguos. Nos habríamos asegurado de que dierais con él antes de marcharos.

»Cuando volvierais con la reina Navani, habríais descubierto que las gemas corazón eran falsas. Los escritos resultarían ser los restos de una antigua argucia de piratas, de los tiempos anteriores a que la isla estuviera rodeada por una tormenta. Habríais averiguado que esos piratas difundían leyendas de grandes tesoros para atraer a la gente a Akinah, que dejaban gemas falsas en las playas como cebo para hacer atracar a sus víctimas y distraerlas antes de lanzar su ataque.

»Habría sido todo muy limpio, muy sencillo. Al oír esas historias, todo el mundo descartaría las leyendas sobre grandes riquezas en Akinah. Nos dejarían tranquilos. No tendría que morir nadie. Solo que...

—Solo que aquí hay una Puerta Jurada —dijo Rysn—. Eso nadie va a dejarlo tranquilo, Nikli.

—Creerán que está destruida —respondió Nikli—. Después de... lo que lamentaremos mucho haceros a ti y a tu tripulación, algunos de nosotros se

harán pasar por marineros. Tu barco volverá renqueando a puerto, y nosotros contaremos la historia. Una tormenta que se cobró demasiadas vidas para atravesarla. Una lucha con un extraño grancaparazón. Una Puerta Jurada inutilizable sin remedio. Gemas corazón falsas. Después de eso sí que nos dejarán en paz.

Condenación. Podría funcionar.

Pero la voz calmada de Vstim pareció susurrar a Rysn desde el otro lado del océano. Aquel era su momento. El acuerdo más importante de su vida. ¿Qué era lo que querían aquellos seres? ¿Qué *decían* que querían?

«Tormentas, no estoy preparada para algo como esto», pensó.

Pero tendría que hacerlo de todos modos.

Respiró hondo.

—¿De verdad crees que podéis imitar a los marineros de mi barco lo bastante bien como para engañar a la gente que los conocía? Tú usas un cuerpo con tatuajes, imagino que para esconder las juntas de tu piel. No sabes muy bien cómo hacerte pasar por thayleño, así que imitas a un extranjero. ¿De verdad crees que ese subterfugio puede funcionar? ¿O quizá solo servirá para extender más misterio?

Nikli la miró a los ojos, pero no respondió.

—Ese ha sido vuestro problema desde el principio —continuó Rysn—. Cada mentira que contáis vuelve el misterio más atractivo. Queréis proteger este lugar. ¿Y si yo pudiera ayudaros?

La boca de Rysn se había secado. Pero sostuvo la mirada a la criatura. No, a *Nikli*. Tenía que verlo como el hombre al que conocía. Nikli era alguien con quien podía hablar, a quien podía convencer.

Quizá fuese una pesadilla salida de las profundidades, pero seguía siendo una persona. Y las personas tenían necesidades.

Los interrumpieron unos pasos en la puerta. Cuerda entró llevando puesto el peto, que por lo visto había logrado activar. En efecto, su puño brillaba por las gemas que había encontrado.

Por una parte, tenía un aspecto algo cómico llevando solo media armadura. La cabeza y los brazos descubiertos parecían de tamaño infantil con el resto de la armadura esquirlada puesta y en activo. Pero su expresión solemne, la forma en la que dio con la contera de una lanza contra el suelo a su lado... Rysn se descubrió apuntalada por la determinación que mostraba la joven.

Cuerda vociferó algo en su propio idioma.

—Podemos hablar en veden —dijo Nikli—, para que Rysn lo entienda.

—Muy bien —aceptó Cuerda—. ¡Te desafío! ¡Ahora debes batirte conmigo en duelo a muerte!

—Creo que averiguarás que no existe mortal capaz de derrotarme —dijo Nikli—. No sabes lo que estás pidiendo.

—¿Eso es un sí? —bramó Cuerda.

—Si insistes...

—¡Ja! —exclamó ella—. ¡Te he engañado, dios! ¡Soy Hualinam'lunana-ki'akilu, hija de Numuhukumakiaki'aialunamor, el Fal'ala'liki'nor, quien tensó el Arco de las Horas al alba del nuevo milenio, presagiando así los años de cambio! Si me mataras, estarías incumpliendo el antiguo Pacto de los Siete Picos, ¡así que ahora debes renunciar al combate!

Nikli parpadeó en lo que parecía una muestra muy humana de confusión absoluta.

—Yo... no tengo ni la más remota idea de lo que significa nada de eso —dijo.

—Eh... ¿Ah, no? —preguntó Cuerda.

—No.

—Disculpa. —Corrió hacia Rysn, haciendo resonar la piedra con cada paso. Se arrodilló—. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que podría esperarse —respondió Rysn—. Cuerda, creo que van a matarnos a todos para preservar su secreto.

—Parece que no saben nada de los antiguos tratados —susurró Cuerda—. Y la verdad es que esos tratados se hicieron con otros dioses. Esperaba que también obligaran a los Dioses Que No Duermen, pero ya no estoy tan segura. —Bajó la mirada—. No soy guerrera, Rysn. Deseo serlo, y he reclamado esta armadura esquivada, pero no estoy entrenada para luchar. Ni siquiera sé si contra estos dioses se *puede* luchar. En las historias, siempre tienes que engañarlos.

—Yo preferiría dejarlo en llegar a un trato —dijo Rysn, en voz lo bastante alta para que Nikli la oyera—. Seguro que es posible convencerlos.

—Tal vez —dijo Cuerda—. Los Dioses Que No Duermen son guardianes de la vida. Pretenden evitar su fin. Utiliza eso.

Rysn estudió a Nikli. Él y sus compañeros podrían haberla matado ya.

Pero esperaban, así que estaban dispuestos a hablar. Decían que no había solución posible. Pero si fuese cierto, ¿por qué seguía ella con vida?

—¿Cuerda está en lo cierto? —preguntó Rysn—. ¿Sois protectores de la vida?

—Hemos... —dijo Nikli—. Hemos visto el final de mundos, e hicimos voto de no permitir jamás que volviera a suceder algo tan horroroso. Pero estamos dispuestos a matar a unos pocos para proteger a muchos, si es necesario.

—¿Y si yo pudiera proporcionaros otra opción que no supusiera asesinar a nadie más?

—Ya lo hemos intentado —repuso Nikli—. Hicimos todo lo posible para espantaros. —Su piel se abrió por las grietas, como si estuviera agitado—. La tormenta protegió este lugar durante siglos. No ha sido hasta hace poco que se ha debilitado lo suficiente para poder cruzarse. Pero... nuestra intención es firme, Rysn. A estas alturas ya hemos matado a centenares.

—¿Y nunca os habéis parado a pensar si vuestro método puede ser defectuoso? Sí, podríais crear otra invención más. Pero ¿funcionará? ¿O seguirá revelándose más de la verdad? ¿Acabaréis con esta isla repleta de gente, aproximándose cada vez más a los verdaderos secretos? ¿Los que escondéis en estas cuevas?

»Afirmas que deseáis proteger la vida. Pero si seguís como hasta ahora, vais a tener que matarnos a Cuerda y a mí. Vais a matar a Caballeros Radiantes. Si de verdad lamentáis veros obligados a tomar unas medidas tan desesperadas, ¿acaso no os debéis a vosotros mismos, y al Cosmere, sentaros y por lo menos ver si existe alguna otra manera?

Volvió las manos hacia arriba, indicando de nuevo su deseo de iniciar una negociación.

Nikli miró hacia sus dos acompañantes. Una apenas hacía el menor esfuerzo por parecer humana: tenía la piel partida en amplias hendiduras y los cremlinos subían y bajaban por su cuerpo. Ninguno de ellos dio una respuesta que Rysn comprendiera, aunque el desconcertante zumbido que los rodeaba ganó intensidad.

Por fin, Nikli dio un paso adelante y, para inmenso alivio de Rysn, se sentó a la mesa.

Lopen consiguió por los pelos rodar para apartarse de la pata que iba a atravesarlo. Pero notó un dolor atroz en el pie, que pendía laxo y torcido al final de la pierna, haciéndole ver las estrellitas y parpadear para quitarse las lágrimas de los ojos. Había tantos dolores prentando a su alrededor que podría haber montado un tormentoso desfile.

—Por favor, dioses de los antiguos herdazianos —susurró Lopen—. No dejéis que me mate un monstruo tan ridículo. Por favor os lo pido.

Los marineros gritaban y arrojaban lanzas que rebotaban en la criatura, intentando distraerla para que dejara a Lopen en paz. Él intentó levantarse cargando el peso en una pierna para tal vez alejarse cojeando, pero le dolía demasiado. Apenas podía arrastrarse. Y tormentas, no se sabía ni un solo chiste de herdazianos cojos.

Se desplomó en las piedras mientras el monstruo rugía y se volvía del todo hacia él. De algún modo, sabía que un Radiante sería mejor banquete que aquellos marineros. O eso, o se había quedado cautivado por la majestuosidad de Lopen. Su majestuosidad de estar-tirado-en-el-suelo-todo-en-sangrentado-llorando-a-chorro. Así que tal vez no fuese eso.

Rua intentó alentar a Lopen tomando la forma de un sabueso-hacha. Dio unos brincos a su alrededor, preocupado. Huio descendió del cielo justo delante de Lopen, lanza en mano, pero su resplandor se desvaneció. ¿Lo habrían drenado aquellos seres o se le habría terminado la luz tormentosa sin más?

Lopen le hizo un gesto para que se marchara, para que huyera con los marineros. Pero Huio se mantuvo firme. El muy cerebro de chull se metió entre el monstruo y Lopen. Mientras la criatura se alzaba para descargar el golpe, Huio miró a Lopen a los ojos, se volvió de nuevo hacia la patalanza que llegaba y cuadró los hombros.

—¡Huio! —gritó Lopen.

Su primo estalló en luz. Una oleada de algo glacial inundó a Lopen, que se descubrió perturbando un gran símbolo de escarcha recién aparecido en el suelo, con forma de glifo.

Mientras la pata de la criatura se aproximaba a Huio, en la mano del hombre apareció una neblina... que se condensó formando el martillo esquirolado más impresionante y enorme que Lopen había visto en la vida. Huio lo descargó con todas sus fuerzas contra la pata del monstruo, y el caparazón se agrietó y se partió, salpicando las piedras de un pringue violeta.

Nikli torció el gesto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rysn.

—Tus amigos pelean muy bien —dijo él.

—¿Aún están vivos? ¿No los habéis matado?

—Tenemos presos a la capitana y los tripulantes que seguían en el barco —respondió Nikli—. He persuadido a los demás de esperar a sacrificarlos hasta que haya hablado contigo. —Movi6 las manos hacia delante—. ¿Cómo suele procederse en estos casos?

—Yo soy quien inicia la negociación —dijo Rysn—, así que me corresponde hacer una oferta.

—No tienes nada que queramos.

—Queréis encontrar la forma de evitar matar —dijo Rysn, manteniendo firme la voz—. En eso puedo ayudaros.

—Te equivocas —repuso Nikli—. Queremos evitar perder el control de una fuerza que podría destruir el Cosmere. Eso es lo que queremos, aunque es cierto que preferimos lograrlo con tan poco sufrimiento como sea razonable.

—Entonces puedo ayudaros —afirmó Rysn—. ¿Pretendéis crear una invención que otros vayan a creerse? Eso se me daría mucho mejor a mí que a vosotros. Tanto la reina Navani como el consejo thayleño responderán mejor si soy yo quien les dice que Akinah era una trampa que si se lo dijera alguien como tú.

—Solo que eso requeriría que te confiara un secreto demasiado peligroso para dejarlo escapar —dijo Nikli—. Además, los tripulantes que están en el barco han visto a los de mi especie. Los marineros tendrán que morir, aunque ahora lleguemos a un acuerdo entre nosotros.

—No —dijo Rysn.

—No estás en una posición desde la que...

—No renunciaré a las vidas de mi capitana ni de ningún miembro de mi tripulación. Eso no es negociable. Son mi responsabilidad.

Nikli levantó las manos a los lados, como sugiriendo: «Ya te he dicho que no había acuerdo posible». Fue muy perturbador que, al hacerlo, todos sus dedos se soltaran un poco, dejando a la vista las patas como de insecto por debajo.

Rysn no pudo evitar quedarse mirándolas.

—¿Qué... qué eres? —se sorprendió susurrando, aunque probablemente

debería haberse mantenido centrada.

—Soy como tú —dijo Nikli—. Tu cuerpo está compuesto por unas piezas individuales diminutas llamadas células. Mi cuerpo también está compuesto por piezas.

—Cremlinos —dijo ella.

—Dado que los míos y yo no somos nativos de este planeta, preferimos la palabra «hordinos».

—¿Y uno de ellos es tu cerebro? —preguntó Rysn.

—Muchos de ellos. Almacenamos los recuerdos en unos hordinos especializados, criados con ese propósito. Las capacidades cognitivas se comparten entre muchos miembros distintos del enjambre.

Meneó los dedos y de nuevo los pequeños cremlinos —no, hordinos— se separaron.

—A mi gente le costó trescientos años de cruzamiento selectivo conseguir unos hordinos capaces de imitar dedos. Y aun hoy en día, a la mayoría se nos da fatal hacernos pasar por seres humanos. Nos faltan las costumbres, las maneras de pensar.

»Yo soy más joven que los demás, pero más... hábil a la hora de usar estas cosas. —La contempló—. Con el tiempo, he comprendido un poco a los humanos, Rysn. Me gusta hablar con vosotros, estar con vosotros. Os tengo mucho aprecio, pero incluso yo estoy convencido de lo que debe hacerse. Nuestro dilema no puede resolverse.

—No —dijo Rysn—. Sí que hay una manera. —Se obligó a utilizar el tono cauto y razonable que su *babsk* le había obligado a practicar una y otra vez—. Dices que los marineros os han visto, pero eso puede jugar a nuestro favor. Las mejores invenciones son verdad en su mayor parte, y nos conviene contar con muchos testigos que corroboren mis palabras.

Nikli negó con la cabeza.

—Rysn, existen fuerzas en el Cosmere que apenas podemos identificar, no digamos ya seguirles la pista. Fuerzas malvadas, que destruirían mundos enteros si pudieran. Están buscando este lugar. Ahora que los Antiguos Guardianes de Akinah están casi extintos, debemos protegerlo nosotros, los Insomnes. Porque si nuestros enemigos acaban localizándolo, podrían provocar la muerte de miles de millones. —Señaló el mural—. La Esquirla del Amanecer es...

Se detuvo. Entonces entornó los ojos. Después se levantó de un salto.

Unos hordinos alados salieron reptando de su cráneo y volaron hasta posarse en el mural. Corretearon por él, junto con otros hordinos enviados por los otros dos.

—¿Qué has hecho? —bramó Nikli. Era inquietante verlo hablar con la cabeza partida en dos y un ojo trepando por su mejilla—. *¿Qué has hecho?*

—Yo... Lo único que he hecho es mirarlo y...

Nikli se movió de repente, abandonada toda conversación. Estiró los brazos sobre la mesa y aferró a Rysn por el chaleco. Cuerda dio un grito e intentó golpearlo, pero el cuerpo de Nikli se deshizo en piezas ante el ataque y los hordinos individuales empezaron a subir por los brazos de la come-cuernos y a meterse en su armadura.

Otros se abalanzaron sobre Rysn mientras el hombre se convertía en monstruo. Iba a matarla. Rysn no sabía qué había hecho, pero resultaba evidente que implicaba el fin de las negociaciones y el principio de su ejecución.

Y en medio de todo ello, un rugido atronador hizo temblar la caverna.



LOPEN se había quedado tan pasmado por la transformación de Huio que durante un momento pudo sobreponerse al dolor.

Huio. ¿Huio había llegado antes que él al Tercer Ideal?

¡A la tormenta con ello! Rua estaba vitoreando y... bueno, y Lopen también se alegraba por Huio y por su spren. Pero ¡a la tormenta con ello! Su primo ni siquiera tuvo la decencia de poner cara de vergüenza mientras esquivaba la siguiente pata, levantaba su martillo esquirlado, que se convertía en lanza obedeciendo a sus deseos, y arrojaba el arma. La lanza esquirlada voló recta y certera, como una línea de luz plateada, y alcanzó a la criatura en la cabeza. No en el ojo, pero tratándose de un arma esquirlada tampoco tenía tanta importancia. Atravesó el grueso caparazón y salió por el otro lado.

El gigantesco monstruo larvoso se tambaleó un momento y se derrumbó con un estruendo de chasquidos que recordaron a Lopen el hambre que tenía. No había nada como unas patas de cangrejo después de un duro día de recibir una buena tunda.

Huio resolló y fijó una mirada asombrada en sus manos mientras su martillo esquirlado cobraba forma de nuevo. Se volvió con una sonrisa estúpida en la cara. Entonces corrió para ayudar a Lopen a incorporarse.

Se quedaron los dos sentados, con una vista impresionante de la bahía, que entonces empezó a burbujear y a arremolinarse. Estaban alzándose otros seis monstruos como el primero.

—Condenación —murmuró Huio—. ¿Te queda algo de luz tormentosa,

primo?

—Nada. ¿Y a ti?

—No. He tenido un estallido al pronunciar el Ideal, pero se me ha agotado enseguida.

—Ya veo —dijo Lopen—. Cuéntame, ¿qué opinarías de, por ejemplo, llevar a tu maravilloso primo a cuestras mientras corres para ponerte a salvo?

El rugido fue tan potente que cayeron trocitos del techo de la cámara. Los hordinos que acosaban a Rysn y Cuerda se detuvieron. A Nikli solo le quedaba un mero atisbo de humanidad, con la cara y el pecho abiertos en dos y la piel colgando de los lomos de distintas piezas con patas que se retorcían, con sus entrañas revolviéndose y zumbando. Pero la mayoría de los hordinos se volvieron hacia el sonido.

La puerta lateral de la cámara se abrió más, revelando el pasillo más amplio con los cráneos de grancaparazones muertos. Rysn juraría que se habían girado para mirar hacia la pequeña cámara. Había seis a lo largo del pasillo, que iba estrechándose y permitía que cada conjunto de ojos muertos viera más allá de los que tenía delante.

Rysn notó que algo aleteaba a su alrededor. Unos spren blancos y resplandecientes, con forma de punta de fecha, moviéndose como peces en un arroyo invisible, arremolinados alrededor de Cuerda y ella. Aquel rugido reverberó en sus oídos, en su memoria. No se repitió, pero sí que llegó un grito más agudo resonando por el pasillo. Y entonces una pequeña figura dio un salto y subió a uno de los cráneos antes de batir sus alas y proferir un poderoso, aunque diminuto, rugido.

Chiri-Chiri había vuelto. No podía haber dado ella el anterior rugido, el que había hecho vibrar a Rysn hasta su mismo núcleo. Pero Chiri-Chiri hacía todo lo que podía y chilló de nuevo. Parecía... más bien minúscula encima de aquel cráneo enorme, como un niño con una espada de madera en una hilera de caballeros con armadura completa. Pese a ello, saltó del cráneo de caparazón y corrió dando brincos sobre la piedra, rugiendo y aleteando como loca para volar en la cúspide de cada salto. Chillaba a pleno y pequeño pulmón, más enfadada de lo que Rysn la había visto jamás.

La larkin llegó de un salto a Rysn y subió a la mesa para rugir con todas sus fuerzas a los tres Insomnes. Los hordinos de Nikli se retiraron al interior de su cuerpo y le confirieron de nuevo una forma similar a la humana.

Chiri-Chiri parecía estar mucho mejor. El color blanquecino de su caparazón había desaparecido y regresaba su tono entre violeta y marrón de siempre. No era precisamente una visión temible, dado su tamaño, pero hacía todo lo que podía, pobrecilla. Se situó entre Rysn y Nikli. Gruñó, soltó dentelladas y aulló en desafío.

—Antigua Guardiana —saludó Nikli a Chiri-Chiri, todavía hablando en veden, de pie al otro lado de la mesa—. Deberíamos haber anticipado que encontrarías la forma de llegar a esta cámara, pero ya no se te necesita para proteger el secreto. Al caer los tuyos, los míos tomaron el testigo.

—El secreto —dijo Rysn— que... de algún modo ha entrado en mi cerebro.

—Eso tiene fácil solución —respondió Nikli.

—Esas criaturas —intervino Cuerda— protegían este lugar en otros tiempos, ¿no has dicho eso? —Se estremeció y Rysn no podía reprochárselo, después de haber notado aquellos extraños insectos encima de su piel. Cuerda miró pasillo abajo hacia los cráneos y luego de nuevo a Chiri-Chiri—. Ella es de los suyos. Ha regresado para proteger el tesoro.

—¡Pura casualidad! —exclamó Nikli—. Lo único que pasa es que Chiri-Chiri ha alcanzado el tamaño en el que necesita vincular a un mandra para seguir creciendo.

—Otros de su especie no crecen en absoluto —dijo Rysn—. Chiri-Chiri sí. Ella me ha traído hasta aquí.

—Los spren nos han guiado —añadió Cuerda—. Esto ha sido la voluntad de los dioses.

—La fuerza que hay en mi mente me ha pedido que elija —dijo Rysn—. Quería que la aceptara, sea lo que sea.

—¡Qué va a hacer eso! —espetó Nikli—. La Esquirla del Amanecer no está viva. No *quiere* nada. ¡Tú la has robado!

Y Rysn supo, o al menos intuyó, que Nikli tenía razón en parte. Lo que había aceptado en su interior no era algo vivo. Era... otra cosa. Un Mandato. No tenía voluntad, y no la había llevado allí ni la había elegido.

Pero Chiri-Chiri había hecho ambas cosas.

—¿Los veis? —preguntó Cuerda, gesticulando hacia el techo de la caver-

na—. ¿Reuniéndose con nosotros, observándonos? ¿Veis a los dioses?

Rysn respiró hondo y volvió de nuevo las palmas hacia arriba.

—Parece ser —dijo— que sí tengo algo que queréis. ¿Retomamos las negociaciones?

—¡Eres una ladrona! —gritó Nikli, dejando caer hordinos de su cuerpo al avanzar hacia Rysn—. ¡No puedes negociar con mercancía robada!

Hizo ademán de agarrar a Rysn, pero Chiri-Chiri se puso a dos patas y soltó otro grito. Ese último fue distinto de algún modo. No era una rabieta, ni una mera advertencia. Era un ultimátum. Algo en su forma de resonar en la sala hizo vacilar a Nikli.

«Piensa, Rysn. Tienes que darle algo.» Muchos mercaderes intentaban colar a la gente «gangas» que no querían, pero ese no era el camino hacia una colaboración sostenible. Había que darles algo que de verdad necesitaran.

Nikli dio otro paso adelante. Chiri-Chiri gruñó.

—No creas que no mataríamos a un Antiguo Guardián si fuese necesario —le dijo Nikli.

—Afirmas que quieres proteger esto —repuso Rysn—, pero lo único que amenazas con hacer es destruir.

—Si supieras de lo que es capaz la Esquirla del Amanecer...

—Ahora está dentro de mí. Sea lo que sea.

—Por suerte, no serás capaz de emplearla —dijo Nikli—. Está por encima de tu capacidad. Pero en el Cosmere hay quienes podrían utilizarla para cometer actos terribles.

Rysn miró a los otros dos y reparó en lo consternados que parecían estar sus hordinos. Oyó una incertidumbre en la voz de Nikli. Y por primera vez los vio tal y como estaban en realidad.

Aterrorizados.

Se venían abajo. Estaban fracasando. Se aferraban a un secreto que estaba escapando por mucho que se esforzasen. Rysn hizo lo que Vstim le había enseñado y miró el mundo a través de los ojos de ellos. Sintió sus lágrimas, su pérdida, sus dudas.

—Qué bajo habéis caído —susurró—. ¿Estaríais dispuestos a asesinar a los mismos guardianes a los que veneráis? ¿Arrancaríais la Esquirla del Amanecer por la fuerza a su portadora? Así os convertiríais en aquello de lo que pretendéis defenderla.

Nikli se derrumbó en el suelo. Su piel se abrió, dándole aspecto de cascarrón.

«No les des lo que dicen que quieren —pensó—. Dales lo que necesitan.»

—Decís que combatís a unos enemigos ocultos que no podéis localizar —prosiguió—. Ellos podrían usar esta cosa, pero yo no. A mí me parece que el lugar más seguro para ella es en mi mente.

—¿Por qué? —preguntó Nikli con brusquedad.

—Vuestro secreto está saliendo a la luz, Nikli. Sabéis que no podéis retenerlo. La tormenta nunca deja de soplar y las paredes se agrietan. Os afanáis en taponar las fugas, pero la estructura entera se desmorona. Vuestras mentiras se socavan unas a otras.

»Ellos terminarán viniendo. Esos que teméis. ¿Cómo de valioso sería para vosotros poder observarlos y ver quiénes son? ¿Y si pudierais atraparlos a ellos, en vez de a inocentes tripulaciones de marineros?

—¿Inocentes? —preguntó Nikli—. Habéis venido buscando botín.

—Salvamento —corrigió Rysn—. Así suena más civilizado. Además, sabes que eso era solo una pequeña parte de nuestra misión aquí.

Nikli pensó un momento.

—Es demasiado peligroso —dijo—. Si los enemigos llegaran hasta aquí, descubrirían nuestro secreto.

—A no ser que no estuviera aquí —repuso Rysn—. A no ser que estuviera en algún lugar inesperado por completo, como en la mente de una mujer humana aleatoria. ¿A quién se le ocurriría que pudierais dejar marcharse a una de ellas con algo tan poderoso?

»Nikli, hay demasiada gente que, cuando obtiene algo valioso, se lo guarda y se lo guarda en previsión del negocio que harán con ello algún día. ¡Imaginan lo magnífico que será! ¡La enorme suma que ganarán! Y mientras tanto, comen mendrugos. ¿Sabes cuántos de ellos mueren con ese colchón para el futuro en las manos, sin gastarlo, sin utilizarlo?

»Lo que queréis, salvaguardar este misterio, es posible, pero tenéis que pasar a la acción. Necesitáis llegar a un acuerdo, forjar alianzas e identificar a vuestros enemigos. Quedaros aquí sentados, confiando solo en agarraros bien fuerte a lo que tenéis... no funcionará. Créeme, Nikli. A veces tienes que aceptar lo que has perdido y seguir *adelante*. Así es como puedes llegar a comprender lo que has ganado.

Nikli flaqueó, pero muchos hordinos la miraron. Era desconcertante, pero parecía prometedor.

—Nikli —susurró Rysn—, recuerda lo que te enseñé. Para conocer mejor a los marineros. Lo de la novatada. No es una solución perfecta...

—Sino una solución imperfecta —dijo él en voz muy baja— para un mundo imperfecto.

Él siguió siendo solo un cascarón, pero sus hordinos empezaron a zumbar a los otros dos enjambres. Al cabo de un buen rato intercambiando zumbidos, Nikli habló.

—¿Qué implicaría cerrar este trato? —preguntó.

—No mucho. Puedo contar la historia tal y como ha sucedido, pero callándome todo lo relativo a ese mural. Cuerda y yo llegamos aquí abajo buceando y terminamos encontrando la armadura esquirlada y los moldeadores de almas. Vosotros ibais a atacarnos para proteger esos tesoros, pero os quedasteis impresionados por Chiri-Chiri, una de los Antiguos Guardianes de este lugar.

»Su valentía defendiéndome hizo que os lo replanteais. Gracias al tiempo que habíamos pasado juntos y gracias a mi naturaleza persuasiva, te convencí de que no somos vuestros enemigos. Decidisteis dejarnos marchar.

—La gente oirá hablar de la Puerta Jurada. Eso no puedes ocultarlo. Vendrá todo el mundo a la isla.

—¡Exacto! —exclamó Rysn—. Es lo que queremos. ¡Dejad que abran la Puerta Jurada y que esto se llene de eruditos! ¿Y esos enemigos que tanto miedo os dan? ¡Se volverán locos registrando la isla en busca del secreto que ya no está aquí!

—Porque está en tu mente —dijo Nikli—. Cosa que jamás creerían que estuviéramos dispuestos a permitir. Nosotros, que protegemos planetas, dejando que ese poder entre en una mortal... Es una solución imperfecta, pero quizá... —La miró a los ojos—. Hay un fallo. Vuestra gente podría creer que os dejamos escapar sin más, pero ¿nuestros enemigos? Se empecinarán en averiguar la verdad.

—Entonces, necesitamos otra capa —respondió Rysn, asintiendo—. Un secreto para que ellos lo «descubran». Diremos a todos que nos dejasteis marchar porque estabais impresionados. O puede que algo más... mitológico. Cuerda, ¿cómo se desarrollaría un encuentro como este según las historias?

Cuerda pensó un rato y luego alzó de nuevo la mirada.

—Los suertespren. Hay leyendas en las que guían a la gente hasta los tesoros, ¿no? Pero siempre hay guardianes de esos tesoros. Y en las historias, superas sus desafíos y te llevas una recompensa.

—Pues contaremos eso a todo el mundo —dijo Rysn—, pero para nuestras reinas y otros dignatarios nos reservaremos una mentira más sutil, una muy próxima a la verdad. Que yo negocié con vosotros para obtener el tesoro, es decir, la armadura esquirlada y los moldeadores de almas, sin mencionar para nada lo que llevo en la mente. Quienes espíen y busquen secretos descubrirán eso.

—Seguiríamos necesitando un acuerdo comercial que sea creíble —dijo Nikli—. Algo que nuestros enemigos crean que podríamos intercambiar con vosotros. Pero mi pueblo apenas tiene necesidades, así que...

—Sí que las tenéis —replicó Rysn—. Tú mismo lo has dicho antes. Se os da fatal haceros pasar por humanos, así que a cambio os ofrecemos formación. Acepto llevar conmigo a algunos de vosotros y enseñaros cómo ser humanos. Os entrenaremos.

—Eso... —dijo Nikli—. Eso podría funcionar. Sí, esa mentira se la crearían. Los moldeadores de almas sirven de bien poco a mi gente. Los guardamos por reverencia, ya que fueron ofrendas realizadas a los Antiguos Guardianes hace mucho tiempo. Pero una de ellos está contigo, así que tiene sentido que te los ofrezcamos... y es cierto que necesitamos entrenamiento. Es algo de lo que nos quejamos a menudo. —Miró hacia Cuerda—. Ella conocerá nuestro secreto.

—Soy de los Picos —dijo Cuerda—. Guardianes del estanque. Sabes que soy de fiar.

Nikli zumbó con los demás de su especie y luego miró a Cuerda de arriba abajo.

—Si aceptamos este acuerdo, intercambiamos los moldeadores de almas con Rysn por formación y ayuda para imitar a los humanos. Sin embargo, esa armadura que llevas está reservada desde hace mucho para los guardianes de la Esquirla del Amanecer. Si pretendes ser su portadora, deberás portar esa carga también.

—Me... plantearé esa tarea —dijo Cuerda—. Tengo muchas lealtades que van antes que esto.

—Si terminamos aceptando, y no puedo prometer que lo hagamos porque

deben votar todos los Insomnes, esta mujer debe estar protegida. ¡Necesitará guardaespaldas!

—Tendré a la guardiana larkin de la Esquirla del Amanecer —dijo Rysn—. Que es su verdadera defensora, si me habéis contado la verdad. Aceptaría encantada más ayuda, pero recordad, la intención de todo esto es *no* dar pistas de lo que he hecho. Demasiada gente protegiéndome echaría a perder ese propósito. Supongo que vuestros hordinos podrán tenerme observada con discreción. Tampoco sería capaz de impedirlos y, la verdad, preferiría saber que estáis ahí.

—Además —añadió Cuerda—, eso ayudará con la mentira: si vuestros enemigos os ven cerca de Rysn, creerán que estáis entrenando, según el acuerdo al que hemos llegado.

—El acuerdo que estamos *considerando* —dijo Nikli—. Todavía no está cerrado. Ni siquiera sabes lo que has hecho, Rysn. No comprendes qué es lo que ahora llevas en la cabeza.

—Pues... ¿me lo explicas?

Nikli se echó a reír.

—Las meras palabras no bastan para explicarlo. Las Esquirlas del Amanecer son Mandatos, Rysn. La voluntad de un dios.

—Siento que lo que dices es correcto, pero... siempre había imaginado las Esquirlas del Amanecer como armas, igual que las míticas hojas de Honor.

Lo cierto era que apenas había oído las palabras «Esquirla del Amanecer», pero estaba bastante segura de que siempre las había identificado con las hojas de Honor.

—Las formas de potenciación más poderosas trascienden la tradicional comprensión mortal —dijo Nikli. Su cuerpo empezó a reconstruirse a medida que los hordinos reptaban de vuelta a su sitio—. Todas sus aplicaciones mayores requieren Intención y un Mandato. Son requerimientos de tal nivel que ninguna persona podría lograrlos en solitario. Para hacer esos Mandatos, debe poseerse el raciocinio, la amplitud de comprensión, de una deidad. Y de ahí, las Esquirlas del Amanecer. Los cuatro Mandatos primordiales que crearon todas las cosas. —Se detuvo un momento—. Y luego, más tarde, se utilizaron para deshacer al mismísimo Adonalsium...

Cuerda susurró algo en su idioma.

—Conque sí que lo sabes —le dijo Nikli.

—Hay canciones... —dijo Cuerda—. De hace mucho tiempo. De cuando este... Mandato llegó a través del estanque.

Susurró de nuevo en su lengua, algo que sonó como una oración.

Rysn estaba observando a varios hordinos que se habían situado cerca de ella. Guardaban un parecido asombroso con Chiri-Chiri, solo que en miniatura.

—Hace tiempo creíamos —dijo Nikli, reparando en su atención— que el último de los lanceryn había muerto, y los pocos hordinos que habíamos criado por cruzamiento con ellos eran lo único que quedaba. Linajes inferiores, aunque nos conferían la capacidad de anular algunas aplicaciones de la luz tormentosa. La tuya es el tercer larkin que ahora sabemos que sobrevivió, pero la única que ha madurado lo suficiente para regresar aquí.

Chiri-Chiri se había acomodado en la mesa, pero vigilaba a los tres Insomnes y dio un chasquido de advertencia.

—¿Por qué has... dicho que necesitaba regresar? —preguntó Rysn—. ¿Volverá a ponerse enferma?

—Los grancaparazones más grandes necesitan vincularse con mandras, lo que vosotros llamáis suertespren, para que su propio peso no los aplaste y los mate. Los mandras de este lugar son especiales. Más pequeños, pero más potentes, que las razas comunes. No es tarea fácil hacer que vuele una criatura tan pesada como un lancer, o un larkin, como se llaman ahora. Chiri-Chiri tendrá que regresar cada pocos años hasta que haya crecido del todo.

—¿Crecido del todo? —repitió Rysn, volviéndose de nuevo hacia aquellos cráneos—. Ay, tormentas...

—No deberíais haber venido —dijo Nikli—. Tendríais que haberos dejado disuadir. Pero... no podemos negar que lo que has dicho es cierto. Te han traído aquí las necesidades de una Antigua Guardiana. Y por desgracia, lo demás que has dicho también es cierto. Nuestro secreto se filtra al mundo. Esta Esquirla del Amanecer ya no está a salvo. Debo confesar... que no preveía que se me pudiera hacer cambiar de opinión al respecto.

—El trabajo de un maestro comerciante es percibir una necesidad y satisfacerla —respondió Rysn.

Sentía la extraña presión al fondo de la mente. ¿Era un Mandato? ¿Cómo podía haber estado en el mural y pasar a invadir su cabeza? Rysn no había

podido leer la escritura. ¿Qué clase de Mandato no estaba escrito, sino que *infundía* a un sujeto como la luz tormentosa en una esfera?

Nikli se levantó mientras sus hordinos terminaban de encajar entre ellos. Se ajustó la túnica.

—Debemos debatir. —Detrás de él, los otros dos se desintegraron por completo, convertidos en montones de hordinos—. Luego votaremos. No nos llevará mucho tiempo, ya que los otros han estado informando de nuestra conversación a todos los enjambres. Nos comunicamos más rápido que los humanos.

—Nikli —dijo Rysn—. Cuando hables con ellos, tengo una petición para ti. Entre los míos, durante las negociaciones de tratados importantes, es costumbre que ambos grupos lleven a un testigo de integridad. Alguien que certifique la catadura moral de los diplomáticos involucrados. Dime, ¿eres la misma persona que ha viajado conmigo estos meses? ¿No reemplazaste de algún modo al auténtico Nikli?

—Soy la misma persona que contrataste —respondió él—. Al principio tenía como tarea vigilar a la Antigua Guardiania y determinar si se estaba cuidando bien de ella o no. Al margen de eso, teníamos la suposición informada de que no tardaría en llegar aquí una expedición a bordo de un barco thayleño. Y el tuyo es el mejor de toda la flota. Introducirme en la tripulación del *Vela Errante* fue una decisión obvia.

—En ese caso, has navegado conmigo —dijo Rysn—. Me conoces. Cuando hables con los demás, quiero que les digas con sinceridad lo que opinas de mí.

—No sé si...

—Lo único que te pido es sinceridad —insistió Rysn—. Háblales de mí y explícales qué clase de maestra comerciante soy.

Nikli asintió y se deshizo en hordinos, como si una persona se hubiera congelado en los fríos vientos sureños y se hiciera añicos.

Cuerda se arrodilló junto a ella.

—Lo has hecho bien —susurró—. Tan bien como cualquiera en las canciones, cuando trata con dioses peligrosos. Pero no lo has engañado.

—Confío en que esto sea mejor —respondió Rysn, también susurrando.

Cuerda asintió, pero entonces se puso de inmediato a trabajar en la armadura esquirlada para activar sus últimas partes. Era evidente que quería estar preparada por si acaso.

No bastaría con eso. Rysn esperó, tensa, viendo cómo los hordinos piaban y se movían, como si cada una de las muchas piezas fuesen al menos un poco autónomas. Nikli había dicho que su conversación con los demás no duraría mucho, pero a Rysn la espera se le hizo casi insoportable.

Al cabo de unos cinco minutos, Nikli se recompuso.

—Ya está.

—Y... ¿cómo ha ido? —preguntó Rysn.

—Han... escuchado. Los demás creen que la idea que sugieres es prometedora, y aprecian la naturaleza dual de las mentiras, formando capas para engañar a nuestros enemigos. Pero los míos insisten en establecer dos condiciones adicionales. No debes vincularte jamás a un spren para convertirte en Radiante.

—Eh... dudo mucho que Chiri-Chiri estuviera dispuesta a compartirme —respondió ella—. No me lo había planteado, al menos no en serio.

—Tampoco deberás contar nunca a nadie lo que te ha ocurrido —dijo Nikli—. Sin preguntarnos primero. Les he... explicado que muchas veces los humanos necesitan personas con las que sincerarse. Han señalado a Cuerda para cumplir esa función, pero les he sugerido que quizá hagan falta más. Si vamos a guardar este secreto y colaborar con los humanos para proteger la Esqirla del Amanecer, podríamos necesitar a otros. Nos lo consultarás antes de hacer nada parecido, y solo podrás contarles lo que acordemos permitirte.

—Acepto esas condiciones —declaró Rysn—, siempre que prometáis que nadie de mi tripulación saldrá herido por vuestra mano. Siguen... vivos todavía, ¿verdad?

—Lamentablemente, se ha producido un conflicto en la playa con algunos de nuestros hordinos más... especializados —respondió Nikli—. Los Radiantes se han llevado a los marineros a la ciudad para esconderse, y creo que tres de ellos han muerto. Los del barco se han mantenido intactos, a petición mía.

Rysn notó que se le revolvía el estómago por aquellos a los que había fallado. Pero a la vez, la había preocupado que murieran muchos más. Aquello era mucho mejor que lo que se había temido.

—Y tú... —dijo Nikli a Cuerda—. ¿Protegerás la Esqirla del Amanecer y lucharás en su defensa?

—No —respondió Cuerda, levantándose con el yelmo bajo el brazo.

—Pero... —empezó a protestar Nikli.

—No soy soldado —dijo Cuerda, con voz más suave—. No soy guerrera. Debo entrenar si quiero servir para algo. Iré a la guerra y aprenderé a utilizar este presente. Combatiré el Vacío, cosa que mi padre rechaza hacer. Cuando haya logrado ese objetivo, pensaré en tu petición.

Nikli lanzó una mirada a Rysn, que se encogió de hombros.

—En fin, razón no le falta, Nikli.

—Bien —dijo Nikli, con un suspiro muy humano—. Pero Cuerda, jurarás por el honor tanto de tu madre como de tu padre que guardarás este secreto y no se lo revelarás a nadie. Ni siquiera a los parientes de sangre.

—No pensaba que conocieras tan bien a mi pueblo —respondió Cuerda—. Hago ese juramento —añadió, y a continuación lo repitió en su propio idioma.

—¿Hemos llegado a un acuerdo? —preguntó Rysn, esperanzada.

—Sí —dijo él—. Habrá detalles menores que resolver más adelante. Pero aceptamos tus condiciones, Rysn Ftori bah-Vstim. Tu vida a cambio de ser honorable. Estos moldeadores de almas y la armadura esquirlada a cambio de la promesa de entrenarnos y ayudarnos.

Rysn tuvo una abrumadora sensación de alivio. Cuando atendía a las lecciones de Vstim, nunca habría imaginado que tal vez un día iba a necesitarlas para negociar por su propia vida. Y quizá por más que eso.

—Entonces, ¿ahora Rysn es portadora de esquirlada? —preguntó Cuerda—. ¿Es... portadora de Esquirla del Amanecer?

—No —dijo Nikli—. Rysn no es portadora de nada. Ahora ella es la Esquirla del Amanecer. Es así como funciona. —Hizo una inclinación a Rysn—. Volveremos a hablar.

Rysn se apoyó en el banco y le devolvió la inclinación.

«Tormentas —pensó—. ¿Qué he hecho?»

Lo que necesitabas hacer, pensó otra parte de ella. Te has adaptado. Te has Rehecho a ti misma.

Fue entonces cuando alcanzó a captar, en una minúscula parte, la naturaleza del Mandato que llevaba en su interior. Era la voluntad de un dios para rehacer las cosas, para exigir que fuesen mejores.

El poder de cambiar.

EPÍLOGO



LOPEN dio unas palmaditas cariñosas a las piedras.

—Nunca os olvidaré —les dijo—. Ni a vosotras ni el tiempo que hemos pasado juntos.

Rushu guardó su cuaderno, al parecer después de terminar de bosquejar la ciudad destruida. Estaban haciendo una última ronda por el lugar, unas horas después de la batalla.

—Lo que habéis hecho ha sido muy valiente —dijo Lopen a las piedras—. Aunque sé que solo sois piedras y no podéis escucharme, porque estáis muertas o en realidad nunca estuvisteis vivas, debéis oír que agradezco vuestro sacrificio.

—¿Podrías ser... tal vez un poco menos raro? —preguntó Rushu—. Por un día, aunque sea. Por probar. Por experimentar el mundo como los demás.

—Ya has visto lo que han hecho estas piedras.

—He visto tropezar a un monstruo —dijo Rushu—, si te refieres a eso.

Habían logrado llegar a las ruinas de la ciudad, Lopen subido a la espalda de Huio, antes de que los monstruos les dieran alcance. Lopen recordaba acurrucarse con los demás en un edificio caído, porque Rushu les había encontrado uno con techo, y esperar a que llegara el final. Y entonces uno de los monstruos había dado un traspié.

Por supuesto, claro, cinco minutos más tarde todas las criaturas habían dado media vuelta y regresado al océano. En el momento Lopen no lo sabía, pero era porque la brillante Rysn había negociado la paz. Aun así, ese trope-

zón del monstruo en las piedras les había ganado como mínimo diez segundos.

—¿Tu primo no te ha salvado literalmente la vida? —preguntó Rushu, empezando a regresar a la playa con Lopen.

—Sí que lo ha hecho, sí —dijo Lopen.

Dar las gracias a Huio iba a ser más difícil que dárselas a un puñado de piedras. Así que Lopen había querido practicar.

En la playa los esperaba Kstled con dos botes de remos para llevarlos al *Vela Errante*. De algún modo, habían pasado de estar al borde de la muerte a marcharse con un botín exorbitante. ¿Armadura esquilada, una montaña de gemas, reales en esa ocasión, y unos cuantos moldeadores de almas?

—Recuérdame que nunca me ponga a malas con la brillante Rysn —dijo Lopen—. No sé cuáles son esos retos que ha superado, pero no puedo creer que todo haya acabado con nosotros así de ricos. Y así de... bueno, vivos.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Rushu—. Es verdad que hay algo raro en todo esto, ¿a que sí?

La fervorosa se dio unos golpecitos con la pluma en los labios, luego sacudió la cabeza y bajó por la playa para subir a una barca. Zarpaban con rumbo a Thaylenah. Les habían ofrecido quedarse, ya con las misteriosas pruebas concluidas, pero nadie tenía muchas ganas. ¿Para qué tentar al destino?

En la playa, Lopen hizo un asentimiento a Kstled, que subió a la barca con Rysn, dejando a Lopen y Huio solos en la otra. A Huio pareció sorprenderlo, pero era como Lopen lo había organizado. Se sentó y empezó a remar. No era muy complicado, siempre que uno tuviera dos brazos.

—No puedo creer que podamos marcharnos —dijo Huio, mirando cómo iba alejándose la isla—. ¿Qué crees que ha pasado en esa caverna subterránea?

—No es asunto nuestro, creo yo —respondió Lopen.

Huio gruñó.

—Sabias palabras, primo pequeño. Claro. Sabias palabras.

Se quedaron un tiempo en silencio, Lopen llevando la barca hacia el *Vela Errante*.

—Conque el Tercer Ideal, ¿eh? —dijo Lopen por fin—. Enhorabuena, primo mayor.

—Gracias.

—Ese es... el ideal en el que aceptas proteger a quienes odias. O al menos fue así para Kaladin, Teft y Sig.

—Ajá —dijo Huio.

—Y tú me has mirado a mí —dijo Lopen en voz baja— antes de alcanzarlo.

—No tiene por qué significar lo que estás pensando —repuso Huio—. Ya lo oíste cuando Teft nos habló de su juramento. Para él significó darse cuenta de que no podía seguir odiándose a sí mismo.

—¿Para ti fue eso también, entonces? —preguntó Lopen, remando despacio. Una brazada tras otra. Al ver que Huio no respondía, añadió en voz más baja—: No pasa nada, Huio. Puedes decírmelo. Necesito oírlo.

—Yo no te odio, Lopen —dijo Huio—. ¿Quién podría odiarte? Habría que tener una clase especial de amargura en el alma.

—Esa afirmación, igual que el propio el Lopen, suena a que llega con un añadido bastante espectacular por detrás.

Huio sonrió y se inclinó hacia delante. Qué solemne se ponía siempre el primo mayor de Lopen. Tenía la complexión de un peñasco y también se daba un aire a ellos, con esa cabeza casi calva. Todo el mundo malinterpretaba a Huio. Quizá incluso también el propio el Lopen.

—De verdad que no te odio —dijo Huio—. Pero debo añadir que a veces puedes ser un incordio, primo pequeño. Para mí, para Punio, para Fleeta y hasta para Mamá Lond. En ocasiones, esas bromas tuyas pueden hacernos daño.

—Bromeo con la gente a la que quiero. Es mi forma de ser.

—Sí, pero ¿tiene que serlo? —preguntó Huio—. ¿Podrías, claro, chingar un poco menos?

—Eh...

Tormentas. ¿Sería verdad? ¿Era eso lo que pensaban de él? Lopen se obligó a sonreír y asintió mirando a Huio, que pareció aliviado de que la conversación hubiera ido tan bien.

Llegaron al barco y Rua se quedó flotando alrededor de su cabeza mientras Lopen reía con los marineros que iba encontrando, pero se dirigió poco a poco hacia el camarote que compartía con Huio. De momento, su primo estaba dejándole espacio para que entrara. Se sentara. Y mirara la pared.

—¿Hay... más gente que se queja de mí? —preguntó Lopen a Rua, que aterrizó en la mesa—. ¿Mis bromas... de verdad hacen daño a la gente?

El pequeño spren se encogió de hombros. Luego asintió. A veces sí hacían daño.

—Padre Tormenta —susurró Lopen—. Yo solo quiero que la gente sea feliz. Es lo que intento hacer. Que sonrían.

Rua asintió de nuevo, muy serio.

Lopen notó un repentino y agudo dolor en el pecho, acompañado de verguenzaspren esparcidos a su alrededor como pétalos rojos. Amenazaba con extenderse, con abarcarlo del todo. Le daba ganas de acurrucarse y no pronunciar jamás otra palabra. A lo mejor eso les gustaría. Un Lopen callado.

«A la tormenta con eso —pensó—. No. No, esto tengo que afrontarlo en plan Puente Cuatro. Flecha directa al corazón, pero puedo arrancármela y sanar. Huio podría haberse callado la verdad y zanjado el tema con unas risas.» Pero había confiado a Lopen aquella herida.

—Lo haré, pues —dijo Lopen levantándose—. Tengo que proteger a la gente, ¿sabes? Hasta de mí mismo. Tengo que volver a dedicarme a ser el mejor Lopen posible. Un Lopen mejor, perfeccionado, extraincreíble.

Rua levantó el puño al aire. A continuación, el menudo spren se derrumbó a un lado cuan largo era.

—¿Rua? —dijo Lopen, agachándose—. ¿Me estás gastando una broma, naco?

Rua se esfumó. Entonces una pequeña daga plateada apareció en su lugar. ¿Qué narices estaba pasando? Lopen la recogió. Era física, no insustancial. Era...

ESAS PALABRAS SON ACEPTADAS.

Una oleada de escarcha y poder estalló en torno a Lopen.

—¡A la tormenta conmigo! —gritó Lopen, mirando al techo—. ¿Me has vuelto a hacer *lo mismo*? ¿He estado a punto de morir ahí fuera y tú vas y aceptas las Palabras *ahora*?

ES EL MOMENTO ADECUADO.

—¿Dónde está el dramatismo? —exigió saber Lopen al cielo—. ¿El sentido de la oportunidad? ¡Esto se te da fatal, peñito!

ME OFENDE OÍRLO. ALÉGRATE POR LO QUE TIENES.

—¡Ni siquiera sabía que lo estaba diciendo! —rezongó Lopen.

A la tormenta con todo. Estúpido juramento. Pero Lopen probó la daga y la hizo convertirse en una buena espada plateada, bonita y ornamentada. Había esperado encontrar un pequeño grabado de Rua haciendo un gesto

obsceno. Y por supuesto, tal y como lo pensó, apareció justo eso en la hoja. Caramba.

Aquello le ofrecía un buen montón de posibilidades para...

No, no, no. Iba a ser mejor persona. Nada de bromas pesadas. O... bueno, menos bromas pesadas. Eso podía hacerlo. Proteger a la gente de sí mismo. ¿Quién había oído hablar nunca de un juramento como ese?

Pero en fin, él era el Lopen. Las cosas debían ser distintas para él.

—¡Eh, Huio! —gritó mientras abría la puerta de un tirón—. ¿A que no adivinas lo que acaba de pasar?

Rysn no se permitió relajarse hasta que los vientos por fin dejaron de soplar y entró una apacible luz solar por la portilla de su camarote. El barco había rebasado la tormenta que rodeaba Akinah.

De verdad les habían permitido marcharse.

Aunque no la habían dejado sola. Unos pocos hordinos la acompañaban en secreto. Representantes de los Insomnes, que entrenarían con ella y le harían de centinelas. Con toda probabilidad, durante el resto de su vida.

Pero el acuerdo estaba cerrado y los detalles estipulados. La mentira era del mejor tipo que existía, ya que en realidad requería mentir muy poco. Casi todo lo que debían decir era verdad y, de entre la tripulación, solo Rysn y Cuerda estaban al tanto de todo el secreto.

Chiri-Chiri trinó cerca, desde unas toallas con las que se había hecho un nido. Qué satisfecha parecía, qué llena de color. Se había pasado lo que llevaban de travesía dando brincos y cabriolas por todo el camarote, y luego volando cerca del techo. Tan llena de energía como Rysn la hubiera visto jamás.

¿Conservaría Chiri-Chiri la capacidad de volar cuando se hiciera grande como un abismoide? Las palabras de Nikli sugerían que sí. Vientos tormentosos. ¿Cómo lidiaría Rysn con ello? ¿Cuánto tardaría en suceder?

Bueno, ya se ocuparía cuando llegara el momento. Se notaba menos confiada respecto a la otra carga, la que tenía en la mente. Llevaba toda aquella misión preguntándose si su lugar estaba allí, en ese barco. Y para colmo, estaba entrando en un territorio que ningún *babsk* podría haberla entrenado jamás para recorrer.

Pero desde luego había practicado mucho a sentarse erguida esos últimos años. Y en cierto modo, descubrió que se sentía reconfortada. Si nadie había recorrido antes ese camino, entonces no tenía por qué compararse con nadie, ¿verdad? No tenía por qué ser Vstim. No para aquella tarea.

—¿Por eso me escogiste a mí? —preguntó a Chiri-Chiri—. ¿Porque sabías que sería capaz de soportar esto?

La larkin dio un trino alentador. Y fue increíble lo mucho que mejoró el ánimo de Rysn al oírlo. Usó los brazos para deslizarse su cuerpo por el banco y se sirvió un poco de té. Por fin se notaba lo bastante relajada para leer las respuestas que le habían enviado los monarcas. En su mayoría eran confirmaciones de que habían recibido sus mensajes. Querrían hablar con ella en persona para enterarse de los detalles. Sería entonces cuando Rysn les explicara en confianza la segunda media mentira. La de que había aceptado entrenar a los Insomnes.

Tormentas. ¿Era cosa de ella o aquel té sabía de maravilla? Lo inspeccionó y luego miró la luz del sol que entraba por la portilla. ¿Estaba... más brillante de lo normal? ¿Por qué de repente los colores del camarote le parecían tan excepcionalmente intensos?

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, y dio otro sorbo a aquel té tan estupendo.

La capitana Dlrwan entró y le hizo una inclinación. Fuera, Cuerda seguía apostada guardando la puerta de Rysn... con su armadura esquirrada completa puesta.

—¿De verdad vas a dejar que se la quede? —preguntó Dlrwan en voz baja mientras enderezaba la espalda.

—Cuerda es quien la ha encontrado —dijo Rysn—. Es tradicional permitir que quien reclama en primer lugar una esquirra se la quede. —El Mandato latió con calidez mientras pronunciaba esas palabras—. Además, Cuerda me ha salvado la vida.

—A los alezi no les hará ninguna gracia —respondió Dlrwan—. Tienen fama de hacer reclamaciones dudosas, pero impuestas con fuerza, sobre las esquiras.

—Pues les tocará soportar el dolor de perder esta —afirmó Rysn—. Se llevan tres moldeadores de almas, al fin y al cabo.

Dlrwan sonrió al oírlo. Los otros cinco nuevos moldeadores de almas irían a Thaylenah. Durante años, los alezi habían gozado de un monopolio

casi absoluto sobre los moldeadores de almas creadores de comida, pero Thaylenah pronto poseería dos, además de uno que podía crear metales, otro que creaba humo y otro especializado en madera, a juego con el que la ciudad llevaba una eternidad utilizando para fabricar las mejores embarcaciones.

Era una auténtica riqueza que beneficiaría a Thaylenah durante generaciones enteras. Y con las gemas halladas en las cavernas, la tripulación tendría su fortuna prometida, en compensación por el peligro que habían enfrentado.

Rysn seguía lamentándose por los tres hombres que había perdido. Tenía la sensación de que habían muerto sin necesidad, cuando habían llegado a un acuerdo tan poco después. Se preguntó si los generales se apenaban en alguna ocasión por las últimas personas que morían antes de firmar un tratado de paz.

La capitana Dlrwan se sentó en la silla que había junto al escritorio. Estuvo callada un momento largo, mirando al otro lado de Rysn, hacia la luz del sol que llegaba por la portilla.

—No creía que fuésemos a ver el sol nunca más —dijo Dlrwan por fin—. No después de que llegaran esas... cosas. Hasta después de que volvieras tú, esperaba que hicieran que algún monstruo enviara a pique el *Vela Errante* mientras nos íbamos y luego echaran la culpa a la tormenta.

—Reconozco —dijo Rysn— que se me han pasado por la cabeza esos mismos temores.

—¿Qué son, Rysn? —preguntó la capitana—. ¿Qué son en realidad? Parecen unos monstruos salidos de las pesadillas y del Vacío.

—Casi todas las personas que son diferentes de nosotros asustan al principio —dijo Rysn—. Pero una cosa que me enseñó Vstim fue a no dejarme cegar por mis propias expectativas. En este caso, significaba no dejarme cegar por la que asumía que era la definición de persona, y ver la humanidad y el miedo en lo que daba la impresión de ser una pesadilla.

—Antes de irse me han contado lo que has hecho —dijo la capitana.

Rysn se alarmó y la taza se quedó a medio camino de sus labios. ¿Cómo era posible? ¿Habían hablado de la Esquirla del Amanecer, después de todo aquello?

—Cuando los que estaban en el barco iban a marcharse —explicó Dlrwan—. Antes de que tú volvieras. Me han dicho que tenías la oportunidad

de negociar por tu propia vida. Y que te has negado a toda negociación que no incluyera la seguridad de toda la tripulación.

Ah. Esa parte. La ansiedad de Rysn se desvaneció.

—He hecho lo que haría cualquier *rebsk*.

—Disculpa —dijo la capitana—, pero has hecho lo que haría un *rebsk* bueno. Un *rebsk* merecedor de su tripulación.

Se miraron y Rysn asintió en agradecimiento.

—Cuando soltemos amarras para nuestro tercer viaje —añadió Dlrwan levantándose—, sería bueno para la tripulación verte gobernar la nave un ratito, ¿no crees?

—Sería un honor para mí —respondió Rysn, y se le trabó la voz al hacerlo—. Un verdadero honor.

Dlrwan sonrió.

—Esperemos que la próxima sea una travesía más... tradicional.

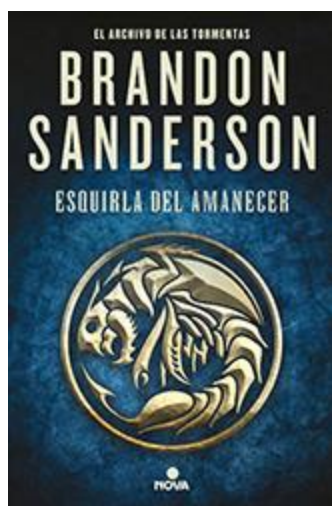
Los ojos de Rysn se desviaron un instante hacia un hordino púrpura escondido en la pared, cerca de donde se juntaba con el techo, en la sombra. Era raro que pudiera ver el contraste de las sombras con mucha más claridad que antes. Y... ¿por qué la voz de Dlrwan sonaba más musical?

—Me parece —dijo Rysn— que escogeré la expedición comercial más aburrida y prosaica que pueda encontrar, capitana.

Eso satisfizo a Dlrwan. Rysn se reclinó mientras un glorispren se disipaba por encima de ella y meditó sobre esas palabras. Prosaica. Aburrida. Tuvo la corazonada de que ninguna de ellas volvería a describir con exactitud su vida nunca jamás.

Esqirla del Amanecer es una historia que forma parte de la decalogía El Archivo de las Tormentas y está ambientada entre *Juramentada* y *El Ritmo de la Guerra*. Sigue la estela de Danzante del Filo y permite que brillen unos personajes que suelen quedar eclipsados.

Brandon Sanderson es el gran renovador de la fantasía del siglo XXI, con diecinueve millones de lectores en todo el mundo.



Tras el descubrimiento de un barco fantasma, cuya tripulación al parecer murió intentando llegar a la isla de Akinah, rodeada por tormentas, Navani Kholin deberá enviar una expedición para asegurarse de que la isla no haya caído en manos enemigas. Los Caballeros Radiantes que vuelan demasiado cerca de Akinah se encuentran de pronto con su luz tormentosa drenada, por lo que la travesía debe realizarse por mar.

La naviera Rysn Ftori perdió el uso de las piernas, pero ganó la compañía de Chiri-Chiri, una larkin alada que se alimenta de luz tormentosa y pertenece a una especie que se creía extinta. La mascota de Rysn ha enfermado y la única esperanza de que Chiri-Chiri se recupere podría encontrarse en el

hogar ancestral de los larkin, Akinah. Con la ayuda de Lopen, el Corredor del Viento que antes era manco, Rysn tendrá que aceptar el encargo de Navani y navegar hacia el interior de la peligrosa tormenta, de la que nadie ha vuelto con vida. Si su tripulación no logra desvelar los secretos de la isla oculta antes de que caiga sobre ellos la ira de sus antiguos guardianes, el destino de Roshar y de todo el Cosmere penderá de un hilo

Brandon Sanderson (Lincoln, Nebraska, 1975) es el gran renovador de la fantasía del siglo XXI y el autor más prolífico del mundo. Desde que debutara en 2006 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a diecisiete millones de lectores en treinta lenguas con el *Cosmere*, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Sanderson es autor de la brillante saga Nacidos de la Bruma (Mistborn), formada por *El Imperio final*, *El pozo de la ascensión*, *El héroe de las eras*, *Aleación de ley*, *Sombras de identidad* y *Brazales de duelo*. Tras *El aliento de los dioses*, una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* una magna y descomunal decalogía, *El Archivo de las Tormentas*, que continuó con *Palabras radiantes*, *Juramentada* y *El Ritmo de la Guerra*. Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el *Cosmere* se convertirá en el universo más extenso e impresionante jamás escrito en fantasía épica. Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.



Título original: *Dawnshard*

Edición en formato digital: marzo de 2021

© 2020 by Dragonsteel Entertainment, LLC

© 2020 by Dragonsteel Entertainment, LLC, por las ilustraciones

Ilustraciones de Ben McSweeney

© Brandon Sanderson®, The Stormlight Archive®, Mistborn®, Cosmere®,

Reckoners®, Dragonsteel Entertainment® y los logos son

marcas registradas de Dragonsteel Entertainment, LLC

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2021, Manu Viciano, por la traducción

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares
e incidentes son producto de la imaginación del autor o son imaginarios

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1803-724-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: penguinlibros

Twitter: @NovaCiFi

Instagram: @PenguinLibros

YouTube: [penguinlibros](#)
Spotify: [PenguinLibros](#)

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

Esquirla del amanecer

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Brandon Sanderson

Créditos